

La Venganza del Mutante

©Walter Alejandro Iglesias 2005

PROSPECTO

No sé cómo escribir novelas. Especialmente porque no acostumbro leer novelas, soy más propenso a leer ensayos, como mucho cuentos. Por otro lado, las circunstancias del ritmo actual me han vuelto escéptico con respecto a los oficios; el día que me considere ‘escritor’ sabré que es tiempo de buscar otro medio para expresarme. Sobre todo me interesa que llegue lo que tengo para decir; la historia, bonita o no, bien lograda o no, completa o trunca, para mí es apenas un marco. Otros se esforzarán por encontrar fórmulas para enganchar al lector; este tipo de especulación me recuerda mi adolescencia, cuando la inseguridad me llevaba a plantearme cómo entablar conversación con una chica. Lo que uno es, hace, dice, escribe, cae bien a éste y mal a aquél, no hay fórmulas para esto. No obstante puedo evitarle la molestia a más de uno sólo aclarando lo siguiente: si usted es “amante de la literatura”, si es de los que busca deleitarse en la misma estructura y corrección del relato tire este libro por la ventana y corra a lavarse las manos con abundante agua y jabón. ¿Está ahí todavía?

He escrito tres obras, cada una independiente aunque parte de una misma historia. Roquesor es el protagonista de las dos primeras a las que por descarte (aforismos, poesías y relatos truncos mezclándose con la trama) supongo se las puede considerar novelas. La tercera conserva la historia de Roquesor pero protagonizada por su hijo, Praezar, aunque sólo como marco a una serie de cuentos que pretenden ser auto biográficos pero que no dejan de ser relatos de ficción.

No me puedo quejar porque algunos me malinterpreten desde el momento en que conscientemente busco generar cierta confusión. Utilizo esto como recurso, quiero detonar el juicio ético en el lector. Un párrafo de ésta, mi segunda novela, hablando del protagonista dice: «*Se convertirá en la sombra o, quién sabe, en el espejo del mundo*». Teniendo en cuenta que la imagen que ese espejo devuelve supera con creces y en todos los sentidos a la más dura crítica en la ficción, ¿qué clase de sensibilidad ostenta el que ante la crudeza de una obra literaria o un film dice sentirse herido en su sensibilidad? No hay paradoja en esto, no por nada la gente menos sensible es la más propensa a esgrimir este tipo de comentarios. Ahora bien, con esto del espejo no pretendo lavarme las manos detrás de una objetividad ideal. Basándome en que para conocer el término medio (que generalmente es el aconsejable) es necesario primero determinar los extremos, utilizo el tono hiperbólico y dogmático de Roquesor como ‘marco’ a mi opinión, la que, en contraposición, dejo entrever en forma de tendencias, en pos de equilibrar fuerzas dentro de un contexto.

Sólo me queda señalar como última pista que las vacunas (esto supongo que ya lo sabe todo el mundo, sólo queda apelar al sentido metafórico del lector) son dosis del mismo microorganismo que se pretende combatir.

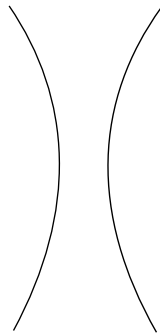
De todos modos, ante cualquier duda consulte a su médico o farmacéutico.

El Autor

Así, el hombre, preñado de sentido,
respiró el aire, vomitó palabras,
mitificando, adueñándose
de lo inconcebible,
de su suerte,
de sí;
E inventó el fuego,
y vio que estaba bien,
y se hizo astronauta, viajó,
perdiéndose en su propio vientre:
«¿Quién soy? —gritó desde lo profundo—,
¿Qué soy?»

*A mis extraños,
a mis conocidos-desconocidos:*

LA VENGANZA
DEL
MUTANTE



I

DEO IGNOTO

En la Plaza del Centro

«No vengo a abolir ninguna ley.

»La especie que hace tres siglos habitaba este planeta era soberbia comparada con lo que ahora contemplo. ¡No existe ni ha existido el dios que pretendéis! ¿Qué gusto encontráis en vivir lamiéndoos como gatos, en mirar por debajo de vuestros sobacos? Ni siquiera lográis ser simples o espontáneos, mucho menos “humildes” (de lo que tanto os jactáis). ¿Os empeñáis en dar lástima?

»Tampoco vengo a hacer cumplir ley alguna, aquila non capit muscas. Vengo a destruir. Arrasaré el planeta, lo libraré de vuestros hábitos. ¡Voy a mataros a todos!»

Roquesor 1, 2261 (III d. V.)

«Mito es manifestación de voluntad, intuición profunda, deseo profundo de prolongar, engrandecer y dar sentido a la existencia. Esto no es sinónimo de eternidad. Podemos recolectar escombros de mitos muertos, recurrir a la mitología como refugio ocultando recuerdos de vida, de poder, bajo la sombra de viejas catedrales. Pero, ¿por qué apostar a la agonía?»

»Mito es hipótesis. El deseo separa nuestro intelecto, lo sublima, lo extiende como brazo acaparador, atrayendo los astros ante nuestros ojos curiosos. Tarde o temprano nacerán nuevos mitos, como soles y lunas; algunos para dar, otros para envidiar y fingir luz. Y la carne volverá a triunfar como siempre lo ha hecho; ¡se solidificarán y serán herramientas, armas en nuestras manos! Primero los titanes, más tarde los dioses, luego el hombre: cogito, ergo sum. ¡Somos fuertes, somos dueños, somos la creación y el creador!

»Y no es mi destino disputar los intestinos de Zeus con los buitres. Os señalaré un futuro no imaginado, desde lo oscuro de mi biónico corazón os intimo: ¡despertad, vivid, MATAD A LOS DIOSSES!»

Roquesor 2, 2125 (II d. B.)

EL PRECIO DE LA FAMA

Roquesor 2, 2125, siglo II d. B.

¡Es el hijo de Dios!, gritaban las multitudes, ¡El Hijo de Dios, de nuevo entre los hombres!... ¡Tal como la Biblia lo predijo!

—No entienden. Nada tengo que ver con eso.

—¿Cómo explicas los milagros? —gritó uno.

—¿Qué milagros?

—¿Cómo puedes ver lo que va a suceder?

—Una parte de mí se encuentra lejos y me habla desde lo profundo. Los maobac, por ejemplo, en algún lugar de mi mente los conocía, sabía que vendrían. Entiendan, aunque alguno de nosotros sobreviva en el futuro la Tierra no será nuestro hogar. De hecho, ya tenemos que compartirla. Vendrán más maobac y quién sabe cuántas otras razas extraterrestres. Y no crean que las hostiles son las peores.

«¡Racista! Los maobac son buena gente. ¡Eres amante de los conflictos, Roquesor de Pórlan!», inquirió uno.

«Recuerda cómo Jesús criticaba a los fariseos —gritó, otro fanático—. ¡Es el Hijo del Hombre! ¡Enséñanos el camino, Roquesor!»

¡Sí, es él, es el hijo de Dios!, volvió a gritar la multitud.

No quería salir volando, los iba a enardecer y sumir más en su mentira. Intentó abrirse camino entre la gente pero era inútil, todos querían un pedazo de él. Tuvo que hacerlo, a duras penas comenzó a

elevarse, «Un poco más, un poco más...», se decía, esforzándose en lo que hacía mucho tiempo no practicaba.

Un vehículo lo recogió en el aire. Éstos circulaban por carriles magnéticos, generados desde torres utilizando “letonita”, un mineral traído a la Tierra por los maobac.

—Usted no entienda Roquesaur, fuéramos una raza pacífica. Usted tuviera acceso a los medios y hablara todo el tiempo mal de nosotros, Roquesaur. ¿Usted no creyera que, si somo como usted piensa, Roquesaur, no lo matásemos ya? ¿A quién le pudiera importar usted está muerto o usted siga viviendo para hablase pavada por la tele y por la radio? Entendiera que no lo queramo matar, queramo dia-lo-gar.

—Lo único que quiero de...

—Queramo dialogar, pero ute quisiese tendría la razón siempre.

—Pero yo dig...

—Nosotro sabemos lo que dijiese, Roquesaur. Hablase niñería.

—Cuando lle...

—¡CALLASE LA BOCA, no entendiese, así no fuéramo a conclusionamos nada! Usted fuera un niño. Fuéramos tolerantes con ute, tiene suerte de que fuéramos un pueblo pacífico, “democrático”. Pero supiera usted: la próxima vayamos a ir a conversar a la Estrella 22.

Concluido el diálogo con el jefe de relaciones exteriores maobac, uno de los guardias abrió la puerta del vehículo e invitó al Mutante a retirarse de un empujón. En caída libre, desde mil metros de altura, el Golondrino trataba de recordar cómo volar. Perseguido por humanos y maobac, el angustiado Golondrino volvió a su refugio, en el océano.

ROQUESOR BAJA A LA TIERRA

Roquesor 1, 2261, siglo III d. V.

Yardía: —¿Seguro no quieres que bajemos contigo?

Roquesor: —En principio iré solo. Ya te avisaré.

—¿Será bueno que te encuentres con él?

—Voy a averiguarlo. Debo saber qué paso.

—Es difícil creer que de aquí hayas salido tú.

—Desde hace tiempo que me es difícil simplemente creer.

El Biónico, dejando a su mujer y a su hijo de meses en el Narval IV descendió al que en teoría había sido su planeta natal.

LA VIRGEN DE LOS MIL ROSTROS

Su savia lucha por escurrirse entre los poros de la madera. Cuando las últimas gotas gelatinosas cobren independencia desde el suelo de piedra se verá a sí misma yacer de pie, parida por enésima vez entre las rocas y las sombras.

La Virgen de los Mil Rostros se auto canoniza, no tiene antes ni después filosófico. Si algún día su cuerpo logra hacerse carne los angelotes reconstruirán su sexo. Pero no será fácil desprenderse del pesado marco que una y otra vez la ha visto nacer y la sustenta; la madera, la piedra...

*«¿Cuál de estas rocas oculta a mi Ariadna?
¿Bajo qué roca vive?
¿Cultura, es lo que celosamente resguardáis?
¡Escombros difíciles de remover! Pues os advierto,
llegarán vientos más fuertes, ¡llegarán!
El guerrero aguarda latente entre los escombros de eso
que llamáis cultura.
Y no es embrión común. Os revelaré, no es humano.
¿Dónde?,
¿Bajo qué piel vive mi Ariadna?
¿Podré llegado el momento rescatarla de entre los escombros?
¿Vive aún disimulada bajo la delgada piel del arte?
Ay de mí, de mi destino,
debo volverme más fuerte que el Sol,
los tiempos no esperan... Ya viene.
Debo ser capaz de soplar, incendiar, inundar,
más fuerte que la naturaleza, limpiar
hasta la última roca, el último esperpento.
Os diré más, el guerrero ha nacido.
¡Ariadna!, ¡ARIADNA!, ni mil gritos alcanzan expresar mi dolor,
mi transformación;*

*¿se cubrirá mi cuerpo de pelo?, ¿de púas?,
¿de tentáculos?...*
*Seré animal hermoso y fuerte,
como ningún otro haya habitado este planeta,
mi aliento caldeará el espacio, mi alarido retumbará en el cosmos.
Mi naturaleza, mi deseo, dragón interminable,
pide a gritos tu carne;
Ariadna, he nacido, ya soy, te ordeno,
hazte carne en mí.*

»Y a vosotros os digo, no entenderéis mi lengua pero sabréis alimentarme; humanos, no descansaréis sobre mi lomo, ¡seréis mis esclavos! El guerrero ha nacido ya. Soy el guerrero.»

Miedo, hábito, especialización

Hay quienes se cagan en los pantalones al instante de haber comido. Su demonio es lo rígido, lo estructurado, lo delimitado. Viven en un medio líquido. En el otro extremo, los hijos de la rutina viven estreñidos, sincronizando sus pasos con los segundos. Miedo, hábito, especialización.

Lo que pierde su forma se convierte en inasible, lo inasible es placenta. Puede ser refugio para los temerosos, o aventura para el audaz. La cultura es útero. Las formas sirven como refugio, o espada para el creativo. Cuanto más arraigado un prejuicio más peso y autoridad dramática posee. No por nada pequeños símbolos han sido la punta de lanza de grandes desplazamientos de ideas. Y muchas muertes masivas causadas por dichos “desplazamientos”.

El nudo entre lo estructurado y lo oceánico se manifiesta en un símbolo. El miedo humano encuentra útero en el símbolo que recuerda subliminalmente a la madre de las incertidumbres, el nudo entre lo estructurado y lo oceánico: la muerte. En un pequeño símbolo como una cruz o una marca registrada se resumen todos los significados posibles, evidentes y ocultos. Estos pequeños grandes símbolos cobran fuerza después de largos períodos de estabilidad; al mismo tiempo, retroalimentan el deseo de estructurarse a quienes viven en lo oceánico y de zambullirse a quienes en la rutina. Desplazamientos de ideas; para vivir es necesario matar, para crear es necesario destruir, para obtener

es necesario renunciar. El devenir de la humanidad ha sido cíclico y al principio y final de cada frase, cada motivo, cada melodía, cobró fuerza un pequeño símbolo, un pequeño nudo entre nuestros padres, lo estructurado y lo oceánico. Miedo + hábito + especialización = cultura.

EL DEVENIR DE LAS ESPECIES

(2261)

Roquesor 1: —Desde aquí ya no se ven las estrellas.

Roquesor 2: —Y ésta es de las mejores noches.

—Tampoco veo gente. Creía que a estas alturas la Tierra iba a estar superpoblada.

—Duermen.

—¿Dónde?, ¡hay más ruinas que ciudad! ¿Hubo guerra?

—No se sabe si fue un fenómeno natural o algún experimento de los maobac.

—¡¿Esas inmundicias aquí?!

—Traían dinero, tecnología. El gobierno los dejó entrar.

—Ni en el microorganismo me los aceptan. ¡Ni para comida sirven!

—¿Micro qué?...

FSSSHHHHHHSFFFFF

—¿Qué fue eso?

—Será mejor que volvamos. De noche salen las palomas.

—No entiendo.

—Por eso no se ve nadie en la calle de noche.

Tres pares de ojos fluorescentes caminaban por el medio de la Plaza. La débil luz del farol recortó el perfil: patas largas que sostenían un ave del tamaño de un pollo flaco, con cuello alargado, cabeza semi lampiña y pico que degeneraba entre el de una gaviota y un buitre.

»Se han vuelto carnívoras. Ya no se encuentra comida tirada en la calle como antaño. Esas que ves ahí son corredoras pero las pequeñas como la que antes pasó vuelan y ven de noche mejor que una lechuza. Ahora que están entretenidas con el cadáver del perro, si caminamos lentamente hasta la entrada del subterráneo podremos refugiarnos.

—¿Refugiarnos?

Antes de que el Roquesor de la Tierra pestañease el Roquesor recién llegado del espacio había matado una por una las palomas.

—¡Asombroso! Entonces, ¡el convertidor de masa a ti te funcionó!

—Hace tiempo que no lo utilizo, aprendí mucho allá arriba. Asombroso es ver mi planeta tan cambiado y al mismo tiempo tan parecido a mis premoniciones.

¿Animal exuberante o animal de costumbres?

¿Qué sentido tendría la creatividad sin la monotonía de lo creado? No todos nacimos para analizar la vida sólo por su estética. Nada es sin su contexto para los ojos del entendimiento, éste, como la visión del reptil, ve sólo lo que se mueve, lo que vive. Es el intento de la lógica, vincular. El ocio en sí anula, también la rutina en sí.

La creatividad de ciertos animales exuberantes nace de la interacción entre ambas estéticas. Deberíamos ver más como los reptiles, ver lo que se mueve.

Los Payasos matan para Roquesor

Roquesor 2: —No obstante, como ves, las moscas y las cucarachas siguen conviviendo amablemente con la gente.

Roquesor 1: —¡Más mugre que antes! Dudo sobre qué hacer. Podría limpiar este planeta en cuestión de horas y venderlo a muy buen precio. ¿Puedes creer?, tengo nostalgia, hasta siento que los quiero. ¡Lo que puede la imaginación y la distancia!

—Me hubiera gustado ver lo que viste, viajar.

—¿Qué pasó contigo?

—La nave no despegó.

—¿Qué dices?

—Tiré de la palanca y no funcionó.

—¿Y en las pruebas preliminares, con Tatú?

—¿Quién es Tatú?

—Esto se está poniendo más difícil de lo que creía.

—Espera... —se detiene cruzando el brazo en el pecho de su compañero—. ¡Vienen los payasos!

Un grupo de quince jóvenes corría por la avenida ancha que lindaba con la Plaza. Con sus rostros deformados, maquillados con colores y vistiendo andrajos, aullaban y reían como hienas.

»Vienen por mí. Me conocen. La última vez me costó horas desembarazarme de ellos, tuve que correr kilómetros.

—¿Qué fue de tus alas?

—Perdí la habilidad hace años. He perdido todo. No sabes lo triste que ha sido mi vida estos siglos. A nadie conozco, soy un fantasma entre fantasmas, pero, ya te contaré luego, ahora ayúdame, volemos lejos de aquí, ya reconocieron mi vibración, ¡vienen a matarme!

—No es necesario despegar ni un pie del suelo por esas inmundicias. ¡Conque en esto degeneró mi antiguo enemigo!, ¡de entre las rocas y el mármol nacieron estos bichos! No te preocupes, ahora ellos matan para mí —palmeándole el hombro—. Y para ti, por supuesto.

Dicho esto, el Roquesor llegado del espacio miró fijo a los payasos. Enajenados, los jóvenes comenzaron a gritar, correr en círculos y matarse entre ellos. Pasada la agitación, lentamente caminó el Mutante hasta donde yacía semiconsciente el último sobreviviente de la pelea.

»Duerme —susurró, acariciando el rostro moribundo—, duerme...

Y el payaso dio su último alarido al sentir la pezuña fría clavándose en su ojo derecho.

»¿Probaste esto? —ofreciendo al Roquesor de la Tierra el ojo izquierdo de la víctima.

—Me das miedo de mí mismo.

—Bah, con razón tu nave no despegó, te falta confianza. Cuéntame, ¿qué fue de nuestro padre?

VENDO UNA VERDAD

«Vendo una verdad soporífera. ¿Quieres ser feliz?, ¿vivir en armonía?, es tuya, bajo su efecto nada romperá tu sueño.

»Vendo una verdad todopoderosa, refrescará tu verano, arropará tu invierno. Obvia, accesible, cómplice de tus suaves sentidos. Te resguardará de lo desagradable, de lo malo, del dolor.

»También tengo una mentira pero ésa, podría matarte.»

Papá

Roquesor 2: —En el fondo del océano.

Roquesor 1: —Pero, falleció en Pórlan, supongo.

—Hoy Pórlan yace bajo el mar. Voy ahí todos los días. A veces vi-sito su tumba.

—No parece haberte ido bien.

—Mi vida ha sido difícil. Los humanos me persiguen porque me creen una deidad. Los maobac, porque les molesto, y no me matan porque no les conviene. Es más cómodo para ellos mantener a los hu-manos en su hábitat y costumbres. Sólo han reducido a esclavos a los trasladados a yacimientos de letonita. Les oí mencionar la Estrella 22 que es adonde llevan a la mayoría.

—¡Dominados por los maobac! ¿Sabes qué lugar suelen ocupar los maobac en otras civilizaciones?

—...

—El de los mendigos. No pienso mover un dedo, ¡que la naturaleza siga su curso!

—Arribaron primero en naves pequeñas, decían que su planeta había sido invadido, se los admitió como refugiados.

—Típico.

—Llegaron más y más naves. En cierta medida fueron necesarios, a principios del siglo pasado las carreteras estaban atestadas de vehícu-los, ya era imposible circular. La novedad de la letonita fascinó a to-dos, solucionó el problema del transporte y la polución. En los yaci-mientos de petróleo abandonados ahora hay villas. El motor a explo-sión lo usa el pobre, clandestinamente, porque prohibieron su uso.

—Es lo malo de vivir tantos años. Ves la historia plagiarse a sí mis-ma hasta el asco.

—Psé.

—Algo no entendí. Me dijiste que vas a Pórlan cada día. ¿No es que está sumergido?

—Por eso perdí mi habilidad de volar. Como ves hoy mi refugio no puede ser el aire. Vivo en el océano.

—Veo que no soy el único que ha cambiado. Me muero por volver a ver Pórlan. Pero no sé respirar bajo el agua.

—Adapté una nave maobac abandonada. Hice un submarino.

—Ajá. Las discusiones con nuestro padre fueron violentas y desagradables pero quizá hicieron de nosotros lo que somos.

—Yo también lo extraño.

La mayor crueldad

«Padre, padre mío, ¡te odio! La herida que has abierto en mí es peor que eterna, la herida de la vida, la misma que abriré en mis queridos hijos.

»Ser padre es la mayor traición, la mayor crueldad. Seremos padres crueles de hijos desvalidos por el mundo, como brazos de nuestras frustraciones, pretendiendo alcanzar la Nada. Fuimos hijos de lo desconocido y seremos padres de la oscuridad. ¡Cuánta maldad hay en el mundo!, ¡cuánta maldad hay en la paternidad!

»Sólo un padre es capaz de amar; nuestros hijos amarán a los suyos y así el cruel devenir del mundo. Somos la creación y el creador.»

REALIDAD = CONCIENCIA

«Ismo, ¡perdón!

¡Enarbólate ante mí!

Ismo espada, ismo pluma, ismo palabra,

¡Líbrame!

¡Líbrame de estos bichejos!

Ismo, ismo, ismo,

Cortaré cabezas con tu filo,

Voy a utilizarte.

¡Voy a matar!...

La realidad de cada uno termina donde su conciencia. El límite de ambas es el mismo. De la pretendida refutación de esto viven los psicólogos.

La conciencia determina la calidad y belleza de la percepción. Consciente, subconsciente e inconsciente son uno. Imágenes, palabras, símbolos, son una misma cosa. El no cimentar las estructuras en lo profundo, lo oceánico, lleva a ciertos individuos a creer en la

realidad como algo ajeno. Por esto es necesaria la revisión de la propia historia; mover el “foco de atención” de pies a cabeza, proyectar lo profundo de nuestra personalidad al cosmos puede cambiar, amalgamar y al mismo tiempo volver más flexible la realidad.

Hay un determinante fundamental en la calidad y belleza de lo que se percibe: el miedo. Hubo culturas que concibieron dioses a imagen del hombre, luego investigadores que crearon historia a partir del calendario. ¿Puede concebir historia el mismo criterio que juzga lo inmediato? De la amplitud de visión depende la realidad y ésta última se puede amalgamar a partir de cualquier código, cualquier imagen. En términos generales, ¿cómo refutar que la realidad es la conciencia?

¿Existe el afuera?

Entender la realidad como algo externo alivia de mucha responsabilidad. La aventura, la expansión de la propia realidad es indefectiblemente una experiencia personal. Tanto hacia dentro como hacia fuera, hay mucho Yo desconocido.

No podemos explicar nuestra conciencia a partir de la materia sino basándonos en la manipulación de la energía que es lo que nos distingue como seres vivos. Podemos sentir, ver, ser conscientes por ejemplo de nuestro brazo o nuestro estómago, de nuestra vida, gracias a que somos también energía. Cada individuo es, como decía el poeta, un afluente al gran mar. El cuerpo físico no define al individuo, es el intercambio de energía con el medio lo que define al ser.

Viéndolo de este modo es aún más difícil distinguir entre fuera y dentro y responder la pregunta oculta detrás de toda especulación de poder: ¿existe el afuera?

Ismo

*»Ya no necesito vuestra comprensión. Lejos de vuestra inmunda la-
situd, de vuestras miradas bobinas, de vuestro quejumbroso vacilar
que pretende ser palabra, vuelo más allá de la imaginación, con alas
de hereje, inconstantes, salvajes, reconstruidas por mi silencio. No
necesito vuestra comprensión.*

»Según los años pasan más me convenzo; ismo, ismo, ismo. Resignado me rindo ante la falta de interés, enemigo invencible que sólo reconoce órdenes: realidad = conciencia»

Los últimos serán los primeros

Roquesor 1, 2261.

—Conque, vosotros sois “los últimos”.

—Hemos visto tus milagros. Sabemos quien eres. Por favor, ¡sálvanos!, oh, Todopoderoso. Tú sabes que hemos sido justos, buenos. ¡Danos tu bendición, oh Señor, Padre Celestial!

—¿Así que vosotros sois los rezagados, los últimos? Seréis los primeros entonces, vuestro será el anhelado Reino...

Con un destello de su láser, el Mutante del Espacio cercenó los cuerpos de los veinte fanáticos ante la mirada atónita de los maobac.

Venganza

»Humano

¿Querías tapar mi boca?

Pues la has amplificado

¿Querías inmovilizar mis manos?

Ojos le has dado

Herramientas divinas son

Arando el inconsciente.

¿Querías ridiculizarme?

Abriste canales en mi frente, en mis sienes, en mi nuca.

Engrandeciéndome, más allá de tu comprensión.

Y mírate,

Por más que grites

Nadie responderá.

Pide.

Nada te será dado.

¡Golpea!

Nadie te abrirá... Humano,

El peso de mi espada no podría hacerte

Más de lo que tú mismo te has hecho

*Pero sí su brillo. Puedo vengarme
Con sólo mostrarte,
Reflejar lo que eres.»*

II

EL ABISMO

*«¡Que el viento caiga en cuña sobre mi pecho! Necesito el frío.
¡Que el rocío acaricie mis labios!, ¡que las gotas se condensen sobre
el metal pulido de mi corazón!*

*»Necesito más de mí mismo, de mi abismo, verme reflejado en él.
Necesito mi soledad...*

Más allá de la maldad

—¿Algún proyecto te carcome *my friend*?, ¿alguna meta elevada?, ¿deseos ahí en tu cabecita?, ¿ilusiones? ¡Mentiras!, haz con la puntita de tus dedos que es la única posibilidad de salvarte. Y es lo que el mundo necesita, cosas hechas con la puntita de los dedos. Mira como toco mi flauta suavemente a los que pasan y la calle me da de comer. Olvida tus emotivas metas, *my friend*, sólo te atormentan. Toca aquí cada día, ¡muere aquí tocando!

Así aconsejaba el Gnomo de la Plaza a un joven acucillado frente al banco que el astuto usaba de tarima. Habiendo seducido el crédulo espíritu del muchacho con reblandecidas melodías ahora intentaba adormecer sus deseos.

»Con la puntita de los dedos, my friend —repetía con risa sarcástica—, con la puntita de los dedos...»

—¡Mátalo! —gritó Roquesor al ver la escena—. ¡MÁTALO!

El Gnomo se encogía de hombros. Temblando, sólo atinaba a reír emitiendo soniditos entre dientes, única arma del cretino. El joven preguntó sorprendido.

—¿Por qué me pides que haga eso? Es buena persona.

—¿Has oído decir aquél es mala persona? Pues mejor que ése y no éste te aconseje. Mejor aún si lo matas, hasta te ha hecho creer que es persona cuando es sólo un gnomo, un farsante que disfruta desencantando a la gente. De tal forma justifica su inútil existencia. Mátalo, o seguirá engañando a otros como tú. Especial envidia tiene de jóvenes con posibilidades y futuro. Míralo, ¡hiena frustrada!, de sí mismo se ríe, su cobardía no le permite otra cosa. ¡Mátalo!

—Pero no llevo armas.

—No hacen falta.

Roquesor tomó al gnomo de los pelos y lo ató a un árbol con el cordón de su propio zapato.

»Hazle cosquillas hasta que muera. Qué se ahogue en su propio sarcasmo. Luego lávate las manos, que su mugre no impregne la punta de tus jóvenes dedos.»

Malos son los olores

«Podría matar al más cínico de vosotros con la mirada sólo. Realmente me aburrís. Pero un amigo me aconsejó: No es ser un mata-moscas tu destino. Lo único malo en vosotros, hombres, es vuestro hedor...»

La meta del hielo

»Si hay un paraíso ése es mi témpano, mi glaciar. Si hay una deidad, es mi océano, mi paladar por lo desconocido. Si hay creación hay una vagina y ésta, mi preciada, onírica vagina, es el cosmos.

»Cálida madre de las estrellas, frío congelado del espacio, posa tus extravagantes ojos oceánicos en mí; ¡soy tu falo, aquí me tienes, tiéntame a lo peor!«

GUERRA

Roquesor 1, planeta Catán, 2250, III d. V.

—¿Usted dice poder trasladar el planeta?

—Hay que elegir un sistema solar adecuado. En eso consiste la dificultad más que en el traslado, hallar el lugar puede llevarme meses. Necesito dinero adelantado.

—Es que no hay tiempo, los gloss van a atacar en cualquier momento. Existe la posibilidad de ganarles pero ¿a qué precio? ¿Estaría usted dispuesto a ayudarnos?

—¿A pelear con los gloss? No. Tengo por premisa modificar lo menos posible el equilibrio ecológico de los planetas que visito.

—¿Eh?

—Me trae con el cuento del traslado para acabar usándome de mercenario.

—Pero, ¡quién se cree que...! ¡No sea insolente!

—Usted es el insolente. E hipócrita como buen político.

—¡Guardias!

Veinte guardias murieron pretendiendo reducir al Mutante. La cabeza del gobernante acabó en la alfombra del salón. Al tiempo, varios estruendos se oyeron en las cercanías.

—*¿Vas a tardar mucho? Hay veinticinco naves de guerra flotando aquí arriba. No paran de enviar tropas* —avisa telepáticamente Yardía desde el Narval IV, fuera de la atmósfera del planeta Catán donde se hallaba el Golondrino negociando.

—*En minutos termino* —responde Roquesor.

—*La comida está lista. ¡No tardes!*

La guerra había comenzado. Naves más pequeñas provenientes de las que estaban en órbita golpeaban contra el suelo del planeta vomitando carros blindados que transportaban soldados armados de a cientos. La artillería local abrió fuego. Destellos, explosiones por doquier. En segundos, el planeta entero era infernal campo de batalla.

El Mutante, habiendo decapitado hasta el último de los gobernantes catanos, salió del edificio del congreso y en forma de luz avanzó tranquilamente entre los láser, bombas, gases y fuertes luchas cuerpo a cuerpo, dirigiéndose al carro gloss más próximo. Al verlo venir cinco subordinados corrieron a atacarlo; tenían la cabeza cuadrada con ojos

grandes y desorbitados que se salían del cráneo y su cuerpo, incluido el rostro, cubierto de pelo. El de alto rango no sólo se diferenciaba por su uniforme más liviano que las toscas armaduras de los soldados; más estilizado, caminaba erguido y sus ojos eran más pequeños y centrados en su rostro lampiño. Cuando el Mutante llegó hasta él, tanto el líder como su tropa habían entendido que intentar derribar al Golondrino era esfuerzo inútil.

—Tú no eres catano.

—No soy de aquí. Vine por negocios.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me interesan las mujeres jóvenes y los niños del planeta.

—A nosotros la letonita. Puedes quedarte con el resto.

—Voy a ayudarles con el trabajo. Así, cada cual obtendrá más rápida y eficientemente lo que desea.

—¿Y de qué manera piensas ayudarnos?

—*Yardía.*

—*Sí, ya sé. No vendrás a comer.*

La autenticidad

La suspicacia lastima, hiere la inteligencia cuando carece de su trasfondo. Su mal habida victoria es hueca, infructuosa.

En el otro extremo, la verdad irrefutable no existe. Su victoria es tan ficticia como la más infantil mentira del suspicaz.

Autenticidad es extenderse en la búsqueda. Consiste en unir en un solo haz el sinnúmero de intenciones que conforman nuestra condición de individuos inmersos en un medio. El resultado de cada parcial victoria sobre la vida es la herida irreversible que provocan a ésta las filosas puntas de nuestras intenciones confraternizadas en la estructura lógica que es nuestro intento de “ser”. Nuestra mutable personalidad.

A pelear

—Me conformo con cien ejemplares. Voy a ir seleccionándolos mientras los alivio de un par de ejércitos.

—¡Un par de ejércitos! —sonriendo el gloss.

Sin contestar, Roquesor volteó hacia el árido paisaje, rodeado de ruinas de edificios. A un kilómetro, se acercaban cientos de soldados catanos: tropa, caballería montada sobre monovehículos magnéticos similares a motocicletas, y extraños tanques equipados con cañones láser; amenazaba una batalla más difícil y sangrienta que la que minutos antes había tenido lugar. Los gloss fueron testigos de la mutación. El cuerpo de Roquesor cambió de forma y color. De su piel ahora azul escamada crecían protuberancias como pólipos que mutaban en tentáculos y cambiaban de lugar. Con voz algo distorsionada advirtió al oficial gloss: «Que tus hombres no avancen, pase lo que pase.»

Ante tal espectáculo, el joven gloss ni intentó contradecir. Amarillos de furia sobre el fondo negro de su rostro los ojos del Golondrino miraban fijo el objetivo. No tenía alternativa de usar métodos más contundentes, debía pelear a la antigua. Comenzó a trotar hacia el ejército catano aumentando poco a poco la velocidad de la carrera. De aquí en más su tiempo fue otro, su cuerpo incandescente abrió mutilando soldados senderos caprichosos entre las tropas. Triplicando la velocidad de la luz sus manos eran espadas cercenando cráneos, sus puños atravesaban cuerpos, sus garras destrozaban la carne como si de barro seco se tratase. Treinta, cincuenta muertos en centésimas de segundo; cien, doscientos cadáveres regando el campo de batalla. Los soldados catanos eran arrancados como por un viento nuclear de sus monovehículos, sus tanques derretidos. En minutos, pedazos de carne y metal cubrían homogénea, surrealísticamente hectáreas de campo abierto y ruinas aledañas a una de las más importantes ciudades capitales del planeta.

Los gloss contemplaban sin entender; a la distancia, sólo se veía caer inexplicablemente hombres de a decenas, explosiones aquí, allá, efectuadas por las mismas víctimas en su desesperación al verse carcomidas por una fuerza extraña e invisible. El ejército entero yacía ahora corroído como por un cáncer instantáneo. La figura del Mutante comenzó a hacerse visible, aproximándose a pie, respirando profundo, mirando al suelo y silbando La Felicidad, de Palito Ortega para distraer su mente después de la excesiva concentración. Al llegar hasta los gloss levantó su vista ya vuelta a la normalidad al igual que el resto de su fisonomía. El oficial gloss aún no entendía qué había pasado.

—Pero, ¿qué fue lo que hiciste?

—Mientras se conserva esta calma voy a meterme en la ciudad a buscar lo que me interesa. Debo hacerlo con cuidado, enteros los vendo a mejor precio.

OCÉANO

Pórlan yace bajo el mar

De pie sobre las escasas tablas sanas de un muelle abandonado el Mutante llegado del espacio y su doble de la Tierra contemplan en silencio el discreto vaivén del agua. Los plateados y rojos del ocaso parpadean sobre la coraza cilíndrica que a pocos metros asoma sobre la línea de flotación.

Roquesor 1: —¿Es la nave maobac de que me hablaste?

Roquesor 2: —Ahora sirve de submarino.

—¿No han venido a reclamarla?

—Creen que sigue abandonada. El planeta es un gran basurero, todo pasa desapercibido, incluso la gente.

—Ya desde niños preferíamos pasar desapercibidos.

—¡Si uno pudiera conservar esa claridad de visión! Ver las cosas como son sin esforzarse, como en la niñez.

—Si lo piensas bien fue una suerte que el océano se haya tragado nuestro barrio natal.

—Claro. El diamante en bruto de nuestros deseos sigue ahí en el fondo.

—¡Sumerjámonos!, ¡vamos al viejo Pórlan de nuestra infancia!

El Roquesor de la Tierra abre la escotilla en la parte superior del cilindro flotante e invita al Roquesor del espacio a entrar.

»¡Esto está muy bien! —sorprendido, el Mutante del espacio.

—Mi hogar.

A diferencia de lo que podía uno imaginar al verlo desde fuera el interior era espacioso y confortable; paredes con revestimiento acústico, iluminación tenue, sillones y por si fuera poco rodeando casi la totalidad del fuselaje amplios ventanales con cristales cóncavos de aleación especial permitían ver el océano.

—Tu propio *Nautilus*. No te puedes quejar.

—Vamos a la sala de mando.

Entraron a una sala más pequeña con un tablero de control. El Roquesor de la Tierra presionó un par de botones y tras emitir un suave zumbido el aparato ya estaba en marcha.

—¿Te costó trabajo armar esto?

—Cirujeando. Algunas cosas las tuve que robar; el purificador de agua para la cocina y el baño por ejemplo.

—Justo te iba a preguntar por el baño.

—La puerita al lado de la torpedera.

—Permiso.

¿Replicación o dualidad?

Al desplazarse mar adentro la expectativa y curiosidad del Roquesor del espacio iba en aumento.

—Quién iba a creerlo, después de haber viajado y conocido el extremo del universo emocionarme como un niño curioso bajo el mar de mi planeta. La novedad alberga mi pasado.

—La novedad abriga el pasado.

—Estoy aprendiendo cosas maravillosas de ti.

—Y sin haber puesto un pie fuera del planeta.

—Aunque esto no es del todo nuevo. Seguro has sentido y tomas conciencia de lo que yo; de alguna manera todo este tiempo hemos estado conectados.

—Tal vez desde incluso antes de tener uso de razón.

—Es cierto... —pensativo el Golondrino del espacio— pero cuando éramos niños, supuestamente...

—Fíjate qué pez más raro —interrumpió el Roquesor de la Tierra señalando la ventana.

—Ajá.

—Esto no es nada. En el fondo hay adaptaciones milagrosas.

Parásitos

«¿Buscas pureza,

Perfección,

Naturaleza,

*Amor?
Más pequeñas que tú
Microscópicas deidades se alimentan
En medio de tus más naturales actos.
Y ni las notas.
Especial festín para ellas, “seres vivos”,
Tus actos de amor.
Son parte del juego de la naturaleza.
Y tal vez
Merezcan más que tú vivir.
Humano,
Mírate,
Examínate a conciencia,
¡Tú eres el parásito!»*

Aceptar el poder

Roquesor 1 y los maobac (2261)

En la Plaza del Centro, multitud de feriantes maobac espantados rodean al Golondrino del espacio junto a los cuerpos mutilados de los veinte fanáticos humanos. Llega una patrulla maobac de la que bajan dos hombres, uno con uniforme policial y otro de traje.

—¡Mataste a los de tu propia especie! —envalentonado uno de los feriantes—, ¡qué harás con nosotros, bárbaro!

—No lo he decidido aún —responde el Golondrino después de sonarse la nariz.

—Desde siglos —grita otro delgado, de expresión sufrida—, hemos sido desterrados del nuestro y otros cientos de planetas. No nos han bien recibido ni en el último rincón del universo.

—Conozco vuestra historia.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —mirando los cadáveres humanos regados por la calle.

—Tengo mi propia escala de valores. Ese grupo de fanáticos buscaba la muerte.

—Los maobac también tenemos profundas creencias religiosas —gritó el viejo del puesto de fruta.

—Normal —Roquesor con indirecta a los policías—; una de las tantas manifestaciones de poder en las culturas. La religión educa soldados.

—¡Ignorante! —una mujer, indignada—. Nuestra religión no predica violencia.

—Lograr poder a través del comercio como lo hacéis vosotros es una alternativa. ¡Sois un ejército de comerciantes buscavida!

—Sin imponer nada a nadie —retruca un joven feriante.

—Y, ¿Qué me decís de los esclavos que tenéis trabajando en los yacimientos de la Estrella 22?

Los maobac enmudecieron. Los de la patrulla sin imaginar que su presencia entraba en los planes del monstruo le dieron debate para hacer tiempo.

—¿Y tú qué buscas? —increpa el gordito de traje.

—¿Aquí? —el Mutante con gesto displicente—. Perdería el tiempo explicándotelo. No me entenderías.

—No haces otra cosa que sugestionar a la gente —sigue el gordo—. Usas la religión como herramienta de poder. No eres diferente a los humanos o a nosotros.

—¿Sugestionar? Al contrario, intento limpiarlos. La cultura humana ha sido un continuo intento de negación de los instintos para lograr poder. La religión es el ejemplo más elocuente. Medita sobre esto: ¿quién genera la unificación teórica del poder?, ¿quién reduce al hombre a sólo una pieza de un supuesto aparato social? ¿Las ideas de un líder?, ¿las ideas de uno solo?, o ¿es la misma masa que toma del animal la parte menos deseada, la menos noble? ¿Qué poder obtendría yo sometiendo a los humanos? ¡Sería yo el sometido!, me volvería su sirviente o peor, su payaso.

Y llegan los refuerzos esperados por el gordo. Desde el aire baja un carro blindado del que descende un grupo de soldados dirigidos por uno con algo parecido a una sotana. El gordo astuto le sigue la corriente.

—Viéndolo desde ese punto, sí. En nuestra cultura ha habido una tónica similar.

—Entonces —Roquesor enfervorizado—, ¿habéis probado el poder de aceptar lo que sois? Utilizad la religión como herramienta de poder y terminaréis siendo líderes de fanáticos y no sólo negar al animal,

negar la vida en el amplio sentido. Es más franco esclavizar. Si tuviera que elegir entre este planeta y la Estrella 22, destruiría La Tierra sin dudar.

—Señor Roquesor —poco consciente del peligro el gordo se acerca apoyando ligeramente la mano en el hombro desnudo del monstruo y le dice en voz baja—, acepte presidir a los humanos y compartiremos ganancias. No tendrá que preocuparse por lo demás, nosotros haremos el trabajo.

—Como dije, no entiendes. Mi propósito es menos ambicioso aunque no menos importante. He venido a reordenar mi pasado.

—¿Es consciente de las puertas que se le cerrarán?

—Trasasé los límites del universo y tú vienes a hablarme de puertas.

Perdió la paciencia. Clavó sus ojos amarillos en uno de los soldados. El pobre diablo poseso por la mirada penetrante del Golondrino se voló los sesos. El resto quedó paralizado. ¡Puertas!, repetía indignado mientras se marchaba, ¡Puertas!

La conciencia responsable

Desde el momento en que alguien busca adeptos ya no pretende exponer sus ideas sino imponerlas; además de cobarde y sectario, es autoritario. Al refugiarse en el montón se desliga incluso de la responsabilidad de su iniciativa. La existencia de grandes líderes es consecuencia de la tendencia humana a refugiarse en la unificación de las ideas, que es refugiarse en la masa. La cobardía pide fascismo.

Es laborioso y traumático distinguir entre deseo, observación y creencia. Para la mayoría cualquier manifestación, cualquier tendencia sea producto del deseo o de la observación queda reducida a imposición, a ley. Descartada la “creencia” porque ésta, aunque sólo un ensayo, una aproximación, es resultado de la digestión de las anteriores.

Es responsabilidad de conciencia intentar diferenciar entre deseo, observación y creencia, esta última resultado del análisis y síntesis de las primeras. Siendo a la vez conscientes de que el límite no es preciso puesto que las tres son patrimonio de nuestra propia mente.

La *existencia*, el *afuera*, son inferencia del pensamiento.

El Sacerdote

«¿Eres huérfano?», sonó una voz nueva a su espalda. El Golondrino no se habría ya detenido de no haber sido aguda la apreciación. Volteó intentando individualizar al valiente. El maobac de sotana resultó gozar de más autoridad que el gordo; con una seña hizo bajar las armas al grupo de veinte que rodilla en tierra ya apuntaba sus fusiles prestos a abrir fuego contra la bestia.

»Reconozco sensatez en lo que dices, pero te extralimitas. Dices querer reordenar tu pasado. Te buscas a ti mismo.

—Se deduce.

—Dices que el verdadero poder se halla en la aceptación de uno mismo pero al parecer afirmas lo que aún ignoras.

—Veo que conoces tu oficio.

Poco a poco el resto entendió que el camino elegido por el sacerdote era el más conveniente para tratar con el psicópata.

—No tienes madre cultural —sigue el sacerdote—. Tu cultura, tu pueblo no ha logrado contenerse porque perdió de vista los mitos.

—¿Qué conflicto tiene la foca con su condición? —retruca el Golondrino—. No es ni perro ni pez.

—Nadie es capaz de soportar la vida sin mitos claros y arraigados.

—De grupos pequeños nacen simbologías plurales. Pequeñas tribus humanas han sido caldo de cultivo de simbologías, mitologías o como quieras llamar a la génesis de una estética determinada. Pero el devenir de la cultura es cíclico y los hombres no gozan de la salud natural de la foca, que simplemente “es”; una visión demasiado amplia los enfrenta al abismo de la existencia. Por eso se aferran a la causalidad. A mí en cambio no me interesa aferrarme a nada. La inseguridad que a otros espanta a mi me entusiasma.

—Traducir la inseguridad en entusiasmo requiere fuerza.

—Si eres capaz de verlo es porque tú habrás hecho otro tanto. En el contexto de la historia de tu pueblo te habrás parido a ti mismo no pocas veces. ¿Me equivoco?

—Es la historia de mi pueblo la que me parió y no mi conocimiento de la misma.

—Se adquiere conocimiento en la búsqueda. Quien cree “ser” como algo estático interpreta los argumentos como pérdida de personalidad, a quien duda como débil y a quien asevera como autoritario. Así

son los cobardes, su aparente fuerza y superioridad nacen de la ignorancia. ¿Por qué considerar al mono más natural o auténtico que el hombre?

—¿Por qué afirmas entonces que la religión no es herramienta adecuada para el poder? ¿Acaso es menos auténtica que el mito?

—A eso quería referirme al llamar “cíclica” a la cultura. No pretendo dar a entender a una elección como mejor o peor en términos generales o teóricos. A cada época, a cada tramo del ciclo corresponde y conviene una elección. Hoy la curva toca fondo, muere una religión, nacen nuevos mitos. Pero para que se gesten estos últimos y emerjan es necesario que los hábitos terrestres cambien o bien se agrupen de manera diferente. Sin desvincularse en sectas que sería caer en el otro extremo, el hombre debería intentar moverse en grupos pequeños, evitar que el hacinamiento cultural lo agobie.

—Estás justificándote, Mutante.

—Es parte de mi religión.

—En el fondo intentas salvar tu especie. No eres tan duro como te muestras.

—¿A qué especie te refieres? Como dije, descubriste mi fragilidad.

—O tu ignorancia.

—En parte. Para algunos “ser” no es satisfacer una estética sino parir. En el arte de parir nuevos mitos habita mucho historicismo, mucha religión y mucha información genética. Pero el que es capaz de concebir además de conocer digiere. Por sí solo el conocimiento de tu historia no va a parirte, ni siquiera “salvarte”. ¿Crees ciegamente en lo que predicas, sacerdote?

—...

—Ahora me toca descubrir tu fragilidad. ¿Eres feliz?

—¿Feliz como la foca?

A los adúladores

«Humano,

¿Qué puedes saber de mi visión,

Si no la posees?

Tu lisonja causa gracia y a la vez profundo asco.

¿Qué puedes saber de mi inteligencia?

¡Admiro tu intelecto!, dices,

*Y no sabes de qué hablas.
¿Me ofrendas tu decadencia?
Sólo me lastimas. No por vanidad,
Por despecho te pongo en evidencia:
¡Cuánto daría por encontrar en ti mi reflejo!
Pero, si ya en mi tierna infancia mi dimensión era otra...
Ay, humano,
Cada día,
Limpio tu cultura de las suelas de mis zapatos.
Pero ya no me duele saberlo:
Mi soledad es inmanente.»*

REIVINDICACIÓN DE LA SUSTANCIA

Nacimiento, ismo, ismo, ismo, muerte. Por la brecha se entra y sale de uno mismo. La brecha, el punto de inflexión.

¿Por qué un huevo es una estructura lograda? Porque soporta grandes exigencias y a la vez es sumamente frágil frente las pequeñas. Una estructura bien lograda sostiene la forma, el *límite*.

¿Cuál es el único cable a tierra, la única refutación?

La sustancia, el contenido, están definidos por los límites. Pero es la vagina, la brecha, la que revela la existencia, el intercambio de energía.

¿Qué es el “afuera”? Es la conciencia de lo conocido como un sistema no aislado, una inferencia de lo pequeño a lo grande revelada por la brecha que es nuestro nacimiento y nuestra muerte. Sin muerte todo sería irrefutable puesto que un huevo indestructible no sería apto para albergar vida. En todo caso lo único refutable sería la existencia.

La inferencia del afuera nos conciencia de nuestra condición de seres vivos. Somos sustancia. Y nuestra condición de seres energéticos nos es revelada por los límites. Por ese motivo necesitamos *ismos*, cultura, prejuicios, para contener lo inasible, lo irrefutable. Y somos capaces de concebir formas, límites artificiales, gracias a que el canal por donde se nace y muere nos revela los límites, la forma natural de la existencia, nuestra condición de sustancia. Somos contenido, sustancia, somos energía.

Qué es “lo eterno”

En épocas pretéritas el ser humano se obsesionaba por las formas. Quería apoderarse de su vida hasta el punto de ser inmortal. Todas las estructuras eran sobredimensionadas y obligaban un gasto exagerado de energía. Se derrochaba vida al confundir forma con contenido.

Sin caer en el otro extremo de la tontería y creer en un cuerpo insustancial, es sano y lícito entender que somos en gran parte energía.

Aunque a mayor o menor plazo todas las estructuras sean finitas, diseñarlas para que duren dos días es una poco inteligente racionalización de la energía. Lo mismo puede decirse del otro extremo: diseñarlas para durar y resguardar una definición (un límite con el *afuera*) más de lo vitalmente necesario.

El concepto “eternidad” es un huevo indestructible, una estructura obsoleta. Mucho más sano es observar cómo fluye la energía, abriéndose camino a través del tiempo y el espacio. ¿Será la energía realmente indestructible, eterna?

IMÁGENES DEL PASADO

Roquesor 2, La Tierra, 00:00h del 24 de diciembre de 2023, (I d. B.)

Era una noche de las más frías. La sombra del Golondrino sobresalía en lo alto del monte bajo el cielo estrellado. Parado en el borde, veía despenarse cada recuerdo hasta el mar. Al fondo del abismo las olas golpeaban, horadando su cuerpo de roca. ¿Por qué la imagen le era familiar?

Al otro lado del viejo cerro, la ciudad; gente festejando entre explosiones. Al otro lado del mundo, la guerra; gente calladamente muriendo entre explosiones.

«¿*Qué hago aquí?* —se preguntaba la sombra—. *No pertenezco ni a esto ni a aquello.*»

El convertidor de masa había sido un fracaso; la nave que lo llevaría lejos de esta realidad ajena no había despegado. Pero, ¿qué significaba esa imagen? El mar golpeaba suavemente las rocas en la base de la montaña. Un rostro azul se dibujó en su mente.

»Me estoy volviendo loco...

Se dijo. Algo le impulsó a saltar. Casi al llegar al agua las plumas de bronce de las puntas de sus alas acariciaron las crestas de las olas.

»Madre, ¿puedes ver a través de mis ojos? ¿Puedes ahora que has vencido el mayor de los temores, el mayor de los mitos, tener el valor de ver a través de mis ojos? ¿Puedes verme ahora desdibujado entre las estrellas y el mar? Tu mundo era entrañable, hermoso, pero ¿por qué no has sabido apreciar el mío?

»¿Por qué temiste a mi mundo mamá?, ¿por qué me tenías miedo? ¿Me ves desde el mundo de los muertos ahora? ¿Ves al poderoso mar rendirse bajo el dorado de mis alas?, ¿al polvo lejano de las estrellas levantarse cual ridículo hollín por la vibración de mi grito, mi aullido? ¿PUEDES VER AHORA DESDE EL MUNDO DE LOS MUERTOS A TRAVÉS DE LOS OJOS DE ROQUESOR? Sí, ya no soy el que pretendiste conocer, ¡soy el pájaro de metal, el Golondrino! No me tengas miedo, al menos tú, no tú... O, ¿temes por mi seguridad? ¿Vigilas aún de reojo, desde tu sueño?

»Duerme madre, duerme; me he vuelto más fuerte que mi padre el Sol, creo que siempre lo he sido y las llagas en mis manos han desaparecido... ¡Feliz Navidad!, ¡Feliz Navidad!, cantan, pero se han olvidado de mí; estoy a salvo.

Como un espectro, la sombra se desplaza manchando el cielo. Nadie lo ve, nadie lo nota.

»¿Ves mamá?, para ellos, siempre es lo mismo, ¡Feliz Navidad!, cantan entre explosiones, ¡Feliz Navidad!»

III

EL DRAGÓN AMENAZA CON SALIR

Roquesor 2, La Tierra, Pórlan, 1980, (siglo I a. B.).

«Madre, las personas son como las crestas de las olas, como las bolitas en que terminan las puntas de la corona de una reina o los cascabeles del gorro colorido de un arlequín. Son protuberancias de la existencia y la mayoría sólo espuma al final del cuento.

»Puedo ser cualquiera de esas protuberancias, ocupar el lugar de aquella o ésta, ser todas y a la vez ninguna. Nado, vuelo, me deslizo por encima y por debajo de su realidad inmediata. Soy quien las vincula sin que lo sepan, quien las une en incertidumbres cenagosas, mutantes. Emerjo y me sumerjo cual senoide irrefutable. Madre, por favor, entiende, ¿acaso serías capaz de cortar un pedazo de mí y encerrarlo en la forma que te plazca?

»Madre, aléjate. La senoide se acerca una vez más al punto crítico, el punto de inflexión, la brecha. Y no es tu vagina responsable de esto, es mi destino. El dragón emerge, aléjate, lo siento... Mamá, no te asustes, no temas, soy el Dragón.»

Las alas del Mutante (1987)

«Decidí construir un par de alas. El Sol de Pórlan sale cada mañana, el amanecer no sería sin él. Pero su brillo no cambia con la frecuencia que los humanos piensan; Pórlan es sólo un nombre, un límite, una forma, un *ismo*. El brillo del Sol no tiene puntos ni comas, para los ojos del mundo el brillo del Sol simplemente es. Más grande, más lejana, la mirada del universo lo verá apagarse.

»Sí, construiré mis alas. Fundiré el bronce de mis atardeceres y moldearé una por una sus aéreas plumas, parecidas aunque distintas. Tarde o temprano brillarán bajo el Sol, el Sol de Pórlan. Y algún día tal vez lo hagan bajo otros soles, lejanos padres que también resguardan pequeños ciclos, pequeñas eternidades.

»¡Los colores! ¿Ves los colores mamá? ¿Ves mi futuro? Yo sí. Veo un sol rojo en una galaxia lejana. Bajo su resplandor suave mis alas se tiñen de sangre. Y un rostro azul...»

Cajas (1975)

—Mamá. ¿Por qué la gente vive en cajas? ¿Por qué todo lo separa en cajas? ¿Qué es el amor?

—Pasas demasiado tiempo encerrado. ¿Acabaste los deberes del colegio?

—Sí.

—Entonces, a la calle, ¡a jugar!

Un niño confundido se desplaza entre sombras. Intuye que, algún día, él reflejará al mundo su confusión. Se convertirá en la sombra o quién sabe, el espejo del mundo. Su destino.

La lógica y el amor. Forma y contenido. Materia y energía

«Mi tío Dino, el que vive en el fondo de casa, guarda todo en cajas de cartón. Luego envuelve las cajas en papel madera y las ata con hilo sisal. Está obsesionado con embalar todo. A su mujer, mi tía Ñata, la tiene en una caja más grande que viene a ser la casa, el departamento de atrás del de mis padres. Tiene otra mujer viviendo en la misma casa y todos los días pide a mi madre el teléfono para llamar a una tercera que tiene viviendo en un departamento en el centro. Ahí va los

fines de semana. Voy a llamar a mi amigo, le dice a mi mamá disimulando.

»Ayer, después de telefonar a su amigo como todos los mediodías, medio en broma se tiró un lance con mi mamá. Ella se le rió en la cara. Cuando le pregunté a mi mamá por qué lo aguantaba me explicó que no convenía enojarse, que mejor era seguirle la corriente. Aunque no llegó a tener sexo con mi tío lo dejó seguir viniendo a hablar con “su amigo Cacho”. Me parece que mamá tiene pensado quedarse cuando el infeliz muera con el contenido de sus cajas y cajitas.

»Tengo ocho años, no sé si entiendo bien pero pienso que mi madre no es muy inteligente. Para cuando mi tío fallezca el contenido de las cajas va a estar como nuevo pero pasado de tiempo. La casa va a caerse a pedazos, ya es vieja. Mi tía, por ejemplo, la Ñata, está tan gorda que ya no puede ni levantarse de la silla. Hasta cuando le plancha las camisas a mi tío para su “fin de semana” lo hace sentada, *El día que se levante va a necesitar un lápiz de carpintero para dibujarse de nuevo la raya del culo*, dice Misso, el vecino de enfrente. Las piernas las tiene medio gangrenosas, de tanto estar sentada ya no le circula la sangre. Mi tío pasó de servido a sirviente, pasa horas sacándole gusanos de las pantorrillas.

»Creo que mamá va a morir también sin aprovechar el contenido de esas cajas. No es bueno embalar, todo se pudre con el tiempo.»

El árbol como símbolo

2250 (III d. B.)

«Trepaba el árbol. Era un día más claro que uno real, claro y estático. Mi madre aparece de pie en la calle; mirando la copa del plátano le cantaba. Me recordaba cuánto énfasis, al contrario que el resto de la gente, ponía ella en los afectos, cómo los idealizaba, lo que generaba en mí profunda contradicción. Y hablando de contradicción los vecinos se le habían unido y a coro cantaban el Feliz Cumpleaños al árbol. El sueño era vívido, casi una pesadilla, podía sentir la textura de su corteza. Yo quería mucho ese árbol, si no me equivoco era el único que lo estimaba realmente.

»Cuando cumplí treinta y tres, a pocos meses de morir mi madre dejé Pórlan, mi barrio natal. Mi intención iba lejos, no sentía pertenecer a este mundo, había construido una nave espacial. El árbol y yo, como un reflejo, las raíces clavándose como garra en la tierra y a la vez las ramas como brazos pretendiendo alcanzar las alturas...

»La nave no despegó. Hace dos siglos que vago por la Tierra... Qué cursilería cantar Feliz Cumpleaños a un árbol, ¿no?»

Camino a Pórlan

(2261)

En la nave maobac modificada Roquesor 1 y 2 ganaban cada vez más profundidad. El marmolado de la superficie se perdía allá arriba. Peces de los más variados tipos ya sólo se hacían visibles frente al haz de luz de las ópticas del submarino. Al alejarse de la costa la oscuridad se hundía en un abismo interminable, el océano. Algunos tiburones se acercaban casi tocando el cristal de los amplios ventanales.

Roquesor 2: —¿Un café?

Roquesor 1: —Oh, ¡ya no recordaba qué era eso!

—No es rápida la nave. Pero el viaje se disfruta.

—¿Cómo se hundió esta parte del continente?

—Los medios acusaron el calentamiento del globo. Pero los sismos comenzaron un par de años después de la llegada de los maobac.

—La letonita. He visto planetas con ciudades enteras derrumbadas por las excavaciones.

—Sé lo que están haciendo. Y ellos saben que lo sé, me han amenazado varias veces. Excavan muy profundo e indiscriminadamente. Claro, no es su planeta.

—¡Si los humanos vienen destruyendo su propio hogar desde que existe la historia! ¡Y por puro vicio!

—Me siento impotente. Pero tú sí podrías hacer algo al respecto.

—Dudo mucho te guste la solución que tenía pensada, lo que en principio vine a hacer... Por ahora, mejor, disfrutemos el viaje.

La Catedral de la Armonía

Roquesor 1, (2261)

Los cadáveres humanos aún seguían desparramados en la Plaza sin que nadie se ocupe de ellos.

—Mito, ¡madre de la cultura!

—El rincón instintivo de la cultura, supongo —responde el Mutante del espacio a Ocarina, el sacerdote maobac.

—Me gustaría invitarte a mi templo —sugiere el maobac.

—¿Está lejos?

—Arriba, a quince kilómetros. Iríamos en aquella nave.

El gordo de traje se acercó a insistirle al sacerdote que no vaya solo pero éste hizo caso omiso al consejo y pidió a las tropas que se retiren rechazando además la escolta. El Golondrino supo valorar tal actitud y aceptó con agrado la propuesta. Con propulsión magnética la nave maobac se elevó verticalmente sin emitir sonido alguno. Rozando el teclado con la yema de los dedos Ocarina guió el vehículo hacia las coordenadas indicadas en un plano digital sobre el curioso tablero de control. En escasos minutos se aproximaban al imponente templo. Flotaba estático sobre el colchón de nubes a 15000 metros la superficie de la Tierra, era simétrico desde donde uno lo mirase, la misma cúpula abovedada de metal violáceo se repetía en la base, de la periferia se extendían seis brazos a manera de estrella que repetían en sus respectivos extremos cúpulas iguales a la central pero más pequeñas. Aterrizaron en uno de estos brazos. Al acercarse al cuerpo principal del templo se abrió una compuerta por donde Ocarina invitó al Mutante a entrar. El recinto circular de aproximadamente 100 metros de diámetro tenía un proyector esférico en su centro. La gran cúpula que era el techo hacía de pantalla. Un enorme planetario-biblioteca. En todo el perímetro se erigían estantes con centenares de libros y discos de video que según explicaba el sacerdote contenían la historia recopilada por los maobac desde los albores de su civilización. Corría el año 13025 de su pueblo.

Sentados en confortables butacas disfrutaron de un apacible aunque apasionado diálogo enriquecido con proyecciones de fotos y documentales. Las primeras mostraban el planeta Maob, no muy diferente a la Tierra. La documentación era rica y detallada, se trataban guerras,

epidemias, colonización de otros planetas, tecnología, el hallazgo de la letonita, evolución genética natural y artificial de la suya y otras especies, alimentos, metabolismo...

—¿Qué hay en los brazos del templo?

—Bóvedas. Ahí descansan en pequeños nichos muchos de los restos de nuestros antepasados.

—¡Un cementerio flotando sobre sus cabezas!

—Nuestra historia. Nuestros antepasados. Nuestro templo.

—¿Y acarrear con él donde van?

—Cada tribu tiene el propio. Hay miles como éste esparcidos por el universo.

Por qué el mito “ciencia” es más arbitrario que el mito “religión”

1. Supongamos que Júpiter es un punto fijo en el espacio.

2. Supongamos que Newton nació antes que Galileo.

3. Supongamos que Einstein nació antes que Newton.

Primera apreciación acerca del conocimiento científico. Si las tres premisas son falsas Galileo muestra al obispo la imagen de Júpiter por el telescopio, «La luna de Júpiter desaparece tras éste. Significa que gira a su alrededor». Es obligado a retractarse.

Segunda apreciación. Siendo las premisas 1 y 2 verdaderas Galileo se hubiese visto obligado a justificarse no ante el mismo Newton sino ante el mito “ciencia”, «Tomando como punto fijo A (Júpiter) percibo otro B (Luna) que partiendo de velocidad cero en una instancia b se aproxima a A con movimiento rectilíneo uniformemente acelerado. Llegando a A con velocidad máxima v_{max} continúa en la misma dirección con la misma trayectoria esta vez alejándose con aceleración negativa hasta detenerse en otra instancia a equidistante con respecto a A de b . Seguidamente parte sobre la misma trayectoria en dirección contraria acelerando positivamente hasta A y negativa y uniformemente hasta velocidad cero en b .

»Por las características del movimiento estamos ante un movimiento oscilatorio armónico del que se puede inferir si se observase desde un punto distinto a la Tierra un movimiento circular con velocidad tangencial uniforme $vt = v_{max}$ en A .

»Mi tesis es, la Luna (*B*) gira alrededor de Júpiter (*A*).» A Galileo lo perdonan a pesar de que no hay premisas u observaciones suficientes para afirmar una tesis como verdad.»

Tercera apreciación. Las tres premisas verdaderas. Galileo explica a científicos y no científicos, «La luna tiende al violeta a medida que se acerca a Júpiter y al rojo cuando se aleja de éste. Al cambiar de dirección sucede lo contrario.»

Con Einstein vivo, con una base relativista existe la posibilidad de presuponer premisas como verdaderas sin miedo a que le obliguen a uno beber cicutas. La heterogeneidad ($A \neq B$) define la identidad.

1. Júpiter puede ser un punto fijo. El éter no existe.

2 y 3. El firmamento es “pasado” dentro de nuestra observación presente puesto que la luz de las estrellas tarda millones de años en llegar a nuestros ojos. Y tomar como punto de referencia *A* alguna de las millones de historias paralelas (paralelas ante nuestros ojos puesto que no equidistan con respecto a todas las estrellas visibles) del pasado estelar infiere nuestro presente terrestre *B* como “futuro”.

¡Sancta simplicitas!

Ocarina recorría el perímetro del salón seguido por el Golondrino. Se detuvo frente a unos estantes con libros viejos.

—Estos son los escritos más antiguos.

—Ajá.

—Aquí —abriendo uno de los tomos de hojas amarillas— se describe el Principio. Los primeros maobac no conocían la luz del sol, el planeta estaba en penumbras...

—Ah, ¡los poetas! ¿Sigue siendo necesario todo eso?

—El grueso de la gente no es capaz de digerir, necesita mitos, religión.

—¿Han visto en su peregrinar planetas que sin suficiente luz y calor alberguen vida? Sinceramente amigo, me tienen cansado. Me contengo de exterminarlos.

—Ellos no tienen la culpa, no son capaces de entender.

—¿Culpa? Dile a esa buena gente lo que no quiere oír y verás cuánto tarda en quemarte en la hoguera.

La autoridad del firmamento

Las afirmaciones de un científico del futuro pueden ser tan relativas y obvias como las de uno del pasado. La autoridad de lo que cada uno afirma ya entra, a nivel cultural, en el terreno de la mitología. ¿Filosofía?, ¿ciencia?, ¿arte?, ¿religión?, ¿espacio?, ¿tiempo? *Incipit Roesor.*

IDENTIDAD

¿Buscas identificarte con un animal? ¿Con una planta? ¿Con una cosa? ¿Con una idea?

En el jardín de la vida hay objetos que se mueven, algunos por el viento, otros gracias a una energía aparentemente intrínseca muy curiosa. Hay también cielo y tierra que aunque parezcan en un primer vistazo matriarcalmente detenidos también se mueven. Su lento movimiento nos revela que hubo y habrá tiempos que nuestros ojos no han captado ni captarán. En el jardín de la vida algunos objetos aparecen, otros se van. El saber dónde y qué les dio la vida no nos revela el secreto de su movimiento. Tampoco su muerte nada nos revela.

¿Te sientes identificado con dicho movimiento? ¿Te sientes vivo? Y si no lograras identificarte con nada de lo que ves, si no fueras nada, ¿cambiaría en algo dicho devenir?

La crisis del objeto

Pongamos un caso en que dos biólogos observan un virus recién descubierto. Otro en que dos niños en su primera visita al zoológico ven una jirafa. Es probable que exista el mismo abismo entre la observación de los niños y los científicos que entre un niño y otro y los científicos entre sí. Entre dos observaciones de un mismo objeto puede existir cierta compatibilidad únicamente si una parte acepta dócil la observación impuesta por la otra, o la de una tercera preestablecida. Dos sujetos (o el mismo sujeto en distintas oportunidades) nunca perciben el mismo objeto. Las lecturas comunes a una o más personas son pura convención. La noción de “objeto” es pura convención. Y “somos” porque alguien dictaminó que “existimos”. Así, dócilmente, asumimos nuestra condición.

Hay más sugestión e imposición en la enseñanza de lo que se asume. El reducir significados a significantes, a símbolos, facilita el inculcar una interpretación común a muchos. Esto es una *jirafa*, comenta la maestra formando una decodificación común en los niños. El logro de una interpretación única en la percepción del objeto es resultado de la prédica. El poner nombres a las cosas revela nuestro interés en tener derecho de autor sobre 'nuestra' obra.

Concebir una verdad única o un principio común a todas las cosas nos da derecho sobre el universo. El argumento poético con el que se ha timado a la gente durante siglos es el concepto Dios Creador. El sujeto que "ve" a Dios asume dicha condición puesto que sujeto y objeto son la misma cosa. El objeto es reflejo del sujeto y viceversa. La mente capaz de concebir un ente único, omnipotente, omnipresente, creador de todas las cosas, ha fantaseado con esta sensación. El hombre, como ente, actualmente siente tener poder absoluto sobre el mundo, puede viajar donde quiera, destruir lo que quiera. Ha creado la mayor parte de lo que actualmente le rodea y a lo que no también le ha puesto nombre, apropiándose. El hombre creó a Dios a imagen y semejanza de su ambición. La ambiciosa imagen de sí mismo.

Sin embargo toda esta parafernalia político-religiosa no cambia el que distintas percepciones conciban objetos diferentes. Y si tanto objeto como sujeto son pura convención, existen como lo que son, argumentos. Al no existir el objeto no existe Dios ni nosotros. La existencia es un nombre más del que nos hemos valido para registrar como propio lo que nuestra sensualidad es capaz de abarcar.

La habilidad de leer entre líneas

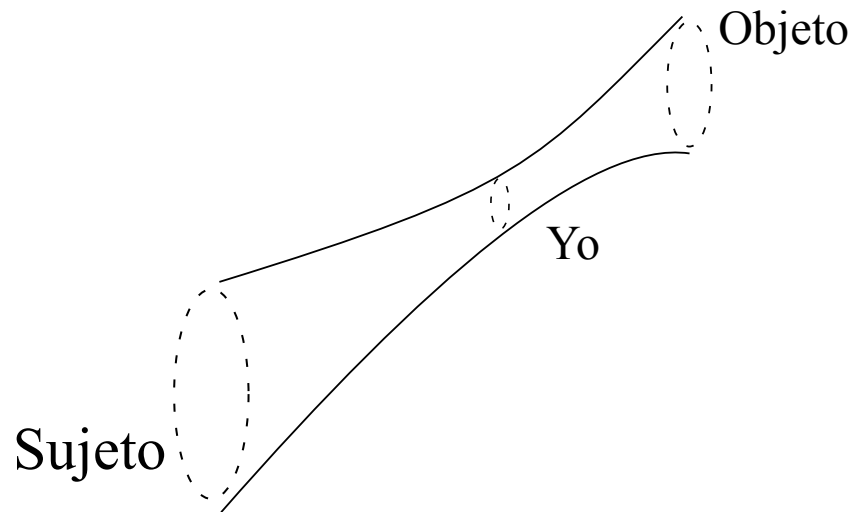
«Eso que aglutina, que *une*.»

«Eso que *somos*.»

«Eso que da *dirección* y *sentido* a nuestra *existencia*.»

La *sustancia*, ese cemento que llena los espacios entre los ladrillos... ¡Cómo asustan los espacios vacíos! En música llenamos los vacíos con silencios. Y ¿qué hay de ese vacío ineludible entre una figura y otra, entre uno y otro silencio? ¿Y de esa Nada interestelar que nos atomiza, que nos hace más *individuos*? ¡Si llenar los espacios con soledades, silencios, o destruir lo que no hemos podido crear nos sirviera de alivio! Estamos condenados a sobrevivir como cualquier otro

animal. No podemos redimirnos tampoco de la existencia, esos conjuntos y subconjuntos de símbolos agrupados con cierta lógica, esas diapositivas que se suceden y que deformadas por la ambición, la distancia y los sueños nos dan la sensación de haber creado una realidad alternativa, un paraíso, un fin. Y ¿quién es tan tonto para creer que los artistas, los poetas, son capaces de unir los espacios entre símbolos? *Pasión* es un monstruo lógico. Hay menos ambición de poseer en el álgebra que en la poesía. Y es la lógica la única herramienta intelectual del hombre para *poseer*, para *aglutinar*, para *existir*, para *ser*. O por lo menos para llegar a una aproximación (fig. 1).



1. “La crisis del objeto”

IV

EL RESPLANDOR

Roquesor 1. Planeta Catan, 2250. (III d. V.)

Amanecía. Un grupo de cien mujeres y niños avanzaban cabizbajos tras los pasos del Mutante.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —preguntó a Roquesor el oficial gloss.

—Venderlos.

—¿Realmente alguien como tú necesita dinero?

—Como todos. Además, una convicción intuitiva me lleva a seguir con este deporte; el presentimiento de que algo interesante surgirá de las microdimensiones en el futuro.

—¿Qué puede salir de un basurero espacial?

—Mutantes.

—¿Como tú?

—Mejores. Ellos sobrevivirán.

—¿Sobrevivirán a qué?

—Al resplandor.

La cara oculta del Zahir

Beethoven parafraseó su Ta-ta-ta-tán en su 5ta sinfonía una y otra vez. Nadie lo entendió. ¿Por qué un Beethoven en un mundo necio?

Ta-ta-ta-tán o ¿Ta-ta-ta-tán?

¿Lo singular se afirma en lo plural o a la inversa? ¿Se repite un motivo —como suponen los que analizan— para lograr cohesión, unidad en la obra? ¿Se repite para que a la gente se le grabe, por puro *marketing*? ¿O se repite por impotencia? Ta-ta-ta-tán ta-ta-ta-tán... ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

¿Qué significa si no Ta-ta-ta-tán? ¿Por qué un Beethoven en este mundo sordo?

Buscar cohesión, unidad. Buscar significado en las rayas de un tigre. Buscar donde no hay.

Más allá del universo y sus límites

—¿Resplandor?, ¿a qué te refieres?

—Cuando el universo se extinga emitirá un destello gaseoso.

—¿Qué? Ja, ja, ja. ¿De qué estás hablando? ¿No te parece prematuro pensar en eso? ¿A quién de nosotros puede importarle?

—Vi el universo desde fuera. En mi próximo viaje peregrinaré con un grupo de jóvenes seleccionados. Notoriamente, en los planetas más contaminados de la microdimensión hallé prodigios, jóvenes y niños realmente talentosos. Debo encontrar la forma de sortear el abismo, llegar a otros universos. Y si no yo, otros lo harán.

—¡Así que “el resplandor”!

—Supongo así se verá desde lejos.

—¡Ver el universo “desde lejos”!

—Sí. Se iluminará más que nunca antes del fin.

—Estás loco.

LA MÁQUINA

En la profundidad del océano terrestre, Roquesor 1 y Roquesor 2 se aproximan a su ciudad natal, actualmente sumergida.

R1: —Los maobac... Un pueblo curioso.

R2: —Aprendí mucho de ellos. ¿Viste aquello? —señala el Mutante terrestre a un rincón del interior del submarino.

—¡Una máquina de escribir!

—Mecánica.

—Es prácticamente igual a las nuestras. Ojalá conociera su idioma —tecleando al azar—. ¿Lo arpendiste?

—Todos hemos tenido que hacerlo. Políticamente, hoy los maobac son los dueños del planeta. Y su burocracia es peor que la nuestra.

—Creo entender qué me llama afectivamente de estos trastos —mirando fijamente la máquina—. Hay pureza e inocencia en ellas.

—Fíjate, estos brutos se atribuyen el descubrimiento de la letonita. Pero si observas sus máquinas muchas son viejas. No hay relación entre la tecnología que utilizan en uno y otro campo. Además, no han implantado industrias en el planeta, sólo las minas para extraer el mineral.

—Te lo dije, son escoria. Las propiedades de la letonita fueron descubiertas en diferentes puntos del universo por pueblos con otra calidad de iniciativas. En el planeta Catan, por ejemplo, había científicos; ellos, entre otros, dieron a luz los primeros vehículos de propulsión magnética.

—Y, ¿cómo es su civilización actualmente?

—Ya no existe. Su planeta fue saqueado por los gloss, un pueblo nómada, mercenario. No me enteré de quién los envió. La cuestión es que tuve un inconveniente con los catanos y terminé ayudando en su exterminio. Sobrevivieron los ejemplares que vendí en la microdimensión. Alrededor de trescientos.

—¿Microdimensión?

—Ya voy a contarte al respecto.

Los contrarios y el sujeto

El conocimiento, cualquier apreciación cualitativa de la *cosa*, es posible desde la visión parcial, desde la unidad. ¿Es lo cualitativo deformación de lo cuantitativo? ¿Es, por ejemplo, el *estilo* en música, una deformación de la escritura? ¿Es *principio* tomar la corchea como la mitad exacta de la negra? Los sentidos mienten a un punto que a la mayoría puede resultar cruel. Pluralidad cruel. Cualidad. La *cosa* es

un engendro teórico. Nunca puede ser imparcial. ¿Qué queda por conocer, ver, comparar? Nuestro intelecto percibe el mundo en parte como una pluralidad y en parte como una singularidad. De este conflicto nace la dualidad de lo llamado *real*.

De acuerdo con la *imagen fálica* de Lacan nuestra primera conciencia del ser ya nace en un conflicto. El bebé táctilmente percibe el propio cuerpo como pluralidad al contrario de lo que le muestra el espejo. La unidad del cuerpo, el Yo visual, se contrapone al cuerpo no concienciado en lo táctil, dicotomía ésta que en cierta medida se mantiene de por vida, puesto que lo psicomotriz es siempre aleatorio. Una simple contractura desvía la atención. Filosóficamente, el hombre tradujo este conflicto a conocido versus por conocer, concienciado versus por concienciar y básicamente incluso el propio cuerpo es un *por conocer* que deviene hacia un *conocido*, *concienciado* para volver cíclicamente a una y otra condición en un eterno retorno a sí mismo, al *ser*. Y ¿qué es la máquina sino una representación del propio cuerpo? Y, ¿no es el alma una abstracción de la imagen de aquél? Y ¿no es el inconsciente esa conciencia de la nunca del todo lograda unidad, dominio de sí, ese océano en el que se zambulle el Yo hacia lo *por conocer*? Aristóteles hablaba acerca de que somos el “tercero en discordia”, el “sujeto entre contrarios”.

El amor es lógica

R2: —Supongo que las leyes naturales siguen superándonos.

R1: —En algunos aspectos. ¿Qué hizo a los hombres de otras épocas —acariciando la máquina de escribir— ver una amenaza en ellas?

—Te puede la nostalgia.

—Sí, pero el amor de papá por las máquinas era de otra índole.

—Menos enfermo.

—Menos reflexivo. Aunque apasionado, era sólo un mecánico.

—Sin embargo, como era moda en su época, él se jactaba de ser racional.

—El amor en sí es *lógica*. Necesitamos recrear un corpus para ser capaces de amar. Como lo hacían nuestros padres.

—Cada vez se hace más difícil.

—Pero esa dificultad regenera el animal interno, da comienzo a un nuevo ciclo.

—Las células son los animales más pequeños. Y los átomos que componen sus moléculas son pequeños sistemas. Mecanismos del cosmos. Y un microscópico aunque abismal vacío entre ellos.

—Unidos por el magnetismo. Cerca de los agujeros negros, cerca del centro de las galaxias se hallan las mayores concentraciones de le-tonita. La estrella 22 se encuentra a un par de años luz del 22B, el agujero que conduce a las microdimensiones. El Quinto Órgano.

—¿Órgano?

—Se adquirió el hábito de llamar Órganos a los grupos de galaxias haciendo referencia a una hipótesis muy difundida. Infieren que podríamos formar parte de un organismo. También afirman que el Quinto Órgano es subatómico, por eso lo llaman Microdimensión.

—¿Cómo comprobaron eso?

Sociedad e individuo

Sin embargo, ese *sujeto entre contrarios* conforme pasó el tiempo evolucionó hacia una conciencia más fina en un sentido y fracturada y entorpecida en otro. Si el hombre había tendido en otras épocas hacia una singularidad, una unidad, hoy viene sucediendo lo contrario. Cuanto más se funde en la masa más se pierde a sí mismo.

La sociedad se convierte cada vez más en un cuerpo, pero un cuerpo sensorialmente fracturado, torpe como el de un bebé de meses. La falta de conciencia individual se traduce en falta de conciencia colectiva.

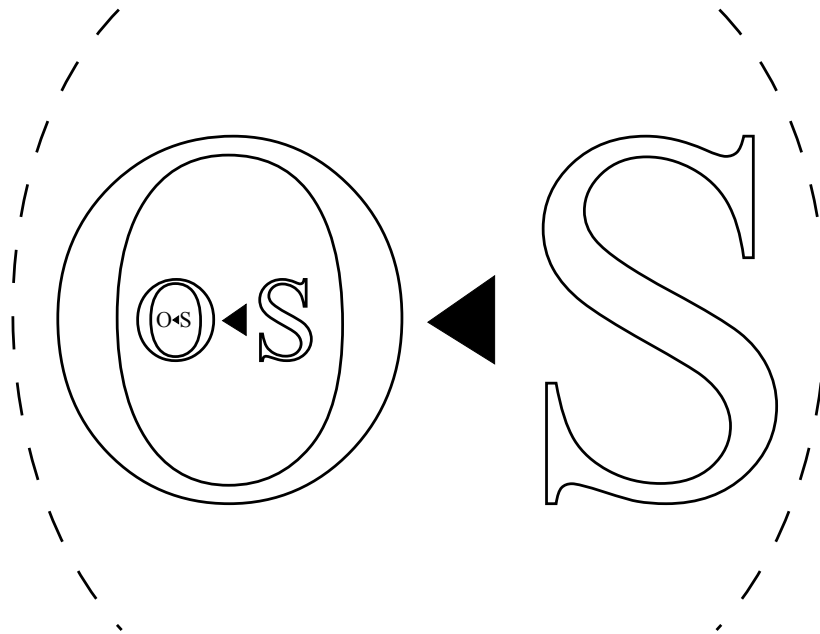
La conciencia, un “agujero negro”

Actualmente, cualquier representación en una forma única y definida es una representación vacía. Quizá siempre haya sido de tal manera. Sin embargo hoy, cuando la curva del devenir humano pretende inocente reencontrarse atonal e incondicionalmente con el sonido, con lo primario, tomamos conciencia de lo hueca que es la representación puramente visual. Indudablemente es nuestro sentido de la vista lo que más jerarquiza la forma. Luego la pérdida del tacto descompone ese todo en partes, pidiendo estructura, análisis.

El vacío pide sustancia. El deseo, el querer poseer, pide sustancia. Cualquier representación nos parece vacía cuando no satisface nuestro deseo. Las formas y estructuras, el alma, la máquina han sido, son y serán concebidas por tal necesidad.

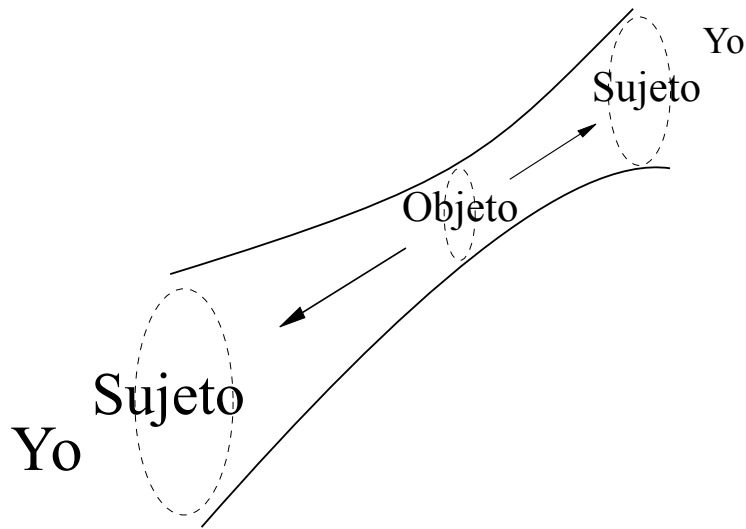
¿Separa la conciencia al hombre de sí, de la naturaleza, de su representación del mundo? ¿Es ineludible al conocimiento el materialismo y mecanicismo de dicha representación?

La distancia entre máquina y ser vivo es la distancia entre el hombre y su torpe visión de sí mismo. Los intentos de re-unificación son indefectiblemente abstractos. Abstracciones de abstracciones (fig. 2).



2. "Abstracción"

La conciencia, un viaje de ida. La identificación, por ende la búsqueda de la identidad, un proceso inacabable (fig. 3).



3. "Identificación"

Como alguien dijo: «*Somos eternamente incompletos y mutables.*»

El afuera

Roquesor 1, Catan, 2250. III d. V.

Una vez más, el Narval IV, la inmensa nave orgánica del Golondrino, albergaba decenas de seres para ser trasladados a la microdimensión. Habían transcurrido dos siglos y medio desde que el Mutante dejara su planeta natal. ¿Qué será de la Tierra?, reflexionaba el Septcéfalo ante la árida imagen de un planeta arrasado, con destino incierto. Catan sería devastado hasta extraer la última piedra que contuviese vestigios del mineral máspreciado: la letonita. Yardía, su mujer, lo esperaba con el almuerzo recalentado.

Embarcados los últimos catanos, Roquesor se encaramaba al final de la procesión. El oficial gloss lo solicitó con una última pregunta.

—En caso de que lo logres, Mutante, ¿qué esperas encontrar al otro lado?

—No lo sé. Ahí está la gracia.

Cromosoma X

Ya se alejaban a bordo del Narval. Como una pequeña estrella el planeta saqueado se perdía en el extremo superior derecho de sus iris amarillos. La nereida interrumpe al solitario.

Yardía: —¿Crees que existe todavía?

Roquesor: —¿Qué?

—Tu planeta.

—¿Por qué preguntas?

—¿Has pensado regresar?

—Conoces mis pensamientos mejor que los tuyos.

—Sería interesante conocerlo.

—Nos conocimos en 2215 del calendario vigente en mi planeta cuando lo dejé, hace 35 vueltas alrededor de su estrella. Nací en 1967 de ese calendario, ¡y aún soy joven! Viajar por el espacio cambió mi metabolismo, de haber permanecido en mi planeta sería una frase en un nicho. Ningún terrícola vive tres siglos.

—Entonces él está muerto.

—Debería. Pero nuestra conexión no es sólo psíquica. Al ser parte de mí está vivo y se conserva joven igual que yo. Puedo sentirlo.

—¿Cómo puede suceder algo así? ¿Estás seguro de que alguna vez fueron uno?

—Puede habernos dividido el convertidor de masa en el momento del despegue.

—¿Convertidor de masa?

—Aparatos ridículos que tenía que utilizar en ese entonces.

Praezar

Roquesor 1, la Tierra, 2265.

Un par de kilómetros fuera de la atmósfera terrestre, el Mutante mantiene un diálogo telepático con su hijo.

—¿Qué sientes hijo?

—Sólo tu voz.

—Cuando me calle oirás el vacío. Pero no con tus oídos, con tu cuerpo. ¿Ves el cielo negro, las estrellas?

—Sí.

—*Son tu reflejo. Eres parte de ellas. Si te llenas de su silencio sentirás su fuerza atrayendo tus átomos. Los pequeños sistemas que albergas bailarán con las galaxias.*

El niño flotaba junto a su progenitor. No era su primera experiencia en el vacío. Había heredado la habilidad de sus padres de sobrevivir en la auténtica ausencia.

»*Hijo mío. Somos masa y energía. Sólo eso, no lo olvides.*»

El “tiempo”

Praezar, con casi cinco años de edad, contemplaba el planeta natal de su padre desde el espacio exterior.

—*¿Por qué en la Tierra se amontonan y se apuran? Corren por tonterías, me ponen nervioso.*

—*Viven ciclos más pequeños que los nuestros. La vida de una flor transcurre en lo que el globo que tienes delante de tus ojos tarda en girar una vuelta sobre su eje. El tiempo viene dado por ciclos.*

—*Pero, ¿qué es en realidad el tiempo?*

—*No sabría decírtelo exactamente. Eventualmente notas que algo se mueve, una masa pequeña respecto a una grande, así entiendes que el uni-verso no es tan “uni” como se pretende. Pero una única masa alejándose de otra en línea recta no acaba de definir el tiempo, es necesario que algo regrese a su condición inicial no una, repetidas veces. Tal vez por eso tu padre ha vivido trescientas vueltas de este globo con agua alrededor de aquel otro con fuego que ves allá. De haber permanecido en el globo con agua mi vida habría durado ochenta de esos ciclos como mucho.*

—*Nosotros, al viajar por el espacio, ¿nos movemos en línea recta?*

—*Creo que los movimientos rectilíneos no existen. Nuestro movimiento, nuestros cambios, han descrito curvas más amplias que las de la Tierra, incluso que las de las mismas estrellas. Fíjate que no hace mucho los humanos creían que la Tierra era plana y veían el movimiento de aquella estrella a la que llaman Sol como una pequeña curva en el cielo. Pensaban que era un hombre sobre un carro de metal brillante tirado por caballos.*

—¿Qué son caballos?

—Ahora que pienso en los caballos... Quizás existe el movimiento rectilíneo después de todo. ¡Los caballos ya no existen!

—¿?

—Quizá la muerte sea como desprenderse de una órbita, salir por la tangente, ¡disparado a otra dimensión!

—Papá, no entiendo nada.

—Perdón, perdón, me entusiasmé. El caballo era un animal grande que el hombre usaba como medio de transporte. Era un bicho dócil.

—¿Como el ser humano?

Bris, el vikingo

a, b, c...

Pra: —Ahora veo mi figura dibujada en las estrellas.

Roq: —Ése eres tú. Tu representación.

... d, e, f...

»Cuando vivía aquí en la Tierra conocí alguien que pretendía dibujarse con una línea recta.

—No se puede con una recta. ¿Era demasiado grande?

—Sus tatarabuelos eran vikingos. Los vikingos sí eran grandes, pero este chico era más bien menudo.

—¿Vikingos?

... g, h, i...

—En los tiempos en que los terrícolas sólo sabían navegar en el agua este pueblo guerrero surcaba mares congelados con pequeñas naves de madera. Allá, en el norte del globo. —señalando el Ártico.

—¿Aquello blanco?

—A nosotros nos parece fácil pero en aquel entonces era una audacia.

... j, k, l...

—Y tu amigo no sabía dibujar vikingos.

—Te había dicho que somos sólo masa y energía.

—Sí.

—Tu padre vive diciendo estupideces. Somos conceptos igual que el tiempo, necesitamos ciclos para definirnos.

... ll, m, n...
—¿Algún día voy a morir, papá?
—Sí. Y mamá, yo, todos.
... ñ, o, p...
—¿Y qué pasa después?
—No lo sé.
... q, r, s...
—¿Y la masa y la energía?
—Se transforman.
... t, u, v...
—Al final, ¿por qué quería dibujarse con una línea recta?
—No era ni tan joven ni tan viejo como para detenerse a pensar en la muerte. Pero a algo tendría miedo, supongo.
... w, x, y...
—Yo también a veces tengo miedo.
—Todos tenemos miedo, hijo.
... z.

EL FANTASMA Y SU SOMBRA

*«Ay, Humano, desde siempre
Has pretendido poseer.
Cada tanto tus deseos te demuestran
Que eres simple observador,
Conciencia, circunstancia,
Te persigues como a un fantasma
Al que nunca llegas.*

*Tu cuerpo, pura química,
En esquizofrénico esfuerzo te hace ver
Quién manda.
Igual que tus hábitos.
A los que no abandonas por miedo a perderte.*

*Humano,
Vengo a refrescarte, mutilarte:
Como al burro la zanahoria,
Atada a tu propio cuello*

*La existencia te gobierna.
Ahí, casi al alcance de tu mano
Aunque inalcanzable.»*

V

ÁTOMOS

Roquesor 2. Memorias

*¡Cómo pudo amar tanto mi corazón ciego!
¡Cómo mi ilusión te recrea en mi memoria!
Ariadna, te amé.
No sé cómo
Pero te amé.
A gritos y en silencio,
Mirándote
Con el punto ciego de mi ojo,
Entre el rojo y el violeta
De mi corazón daltónico entremezclado,
Te amé.
Con lágrimas de sudor frío, te amé;
Como lluvia ácida, te amé;
Del destino, como hoja seca, te amé;
De a gritos y en silencio,
Como rayo que golpea un puñetazo sordo en la tierra.
¡Cómo, cómo pude amar tanto!
¡Cómo mis ojos ciegos vieron tanto en tan poco!
Amar y al mismo tiempo reír y llorar, y no sentir nada.*

*¿De qué estoy hecho sino de carne y metal,
Escurriéndome como gotas frías de sangre entre el óxido...?
¿Quién soy?
¿Quién eres?
¿De dónde saca tal pasión mi corazón de hojalata? ¡De dónde!*

Ariadna:

*Si no eres real,
Si no estás hecha de finas capas que se desmenuzan,
Si no eres de entre múltiples diferencias una sola,
Si no te rajas y resquebrajas con el aire,
Si no me miras mirándome,
Si no me sientes sintiéndome,
Concédeme entonces el derecho a degarrarte
Y reconstruirte a cada segundo de incertidumbre.
Concédeme tu parte mía,
Como si fueras nada más que de papel, de mi factura,
De mis manos.
Te lo ordeno: ¡deshazte!,
¡Desármate entre la yema de mis dedos cual libro viejo
Para luego renacer como sangre de mi sangre!
¡Representa para mí ese papel!
Mujer. Yo, el biónico, el adelantado
El Roquesor te lo ordena.
¡Hazte carne en mí!*

EL OCASO DE LAS ESPECIES

El hombre perdido

(Roquesor 1, 2250)

Trescientos cuarenta y un catanos aguardaban su futuro incierto a bordo del Narval IV. En la sala de mando Roquesor reflexionaba acerca de su próximo viaje fuera del universo. Yardía continuaba censando a los prisioneros en la bodega.

—Hay 99 mujeres y 242 niños —Yardía telepáticamente a Roquesor.

—¿Pudiste diferenciar razas?

—A grandes rasgos, tres.

—Pregúntales acerca de sus enfermedades. Especialmente me interesan los propensos a generar tejidos cancerosos que son los más adaptables en el espacio. Registra su ADN y sepáralos, quiero verlos.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? No hay suficiente comida para todos.

—Hay muchas estrellas amarillas por el camino. Bajaremos en el primer planeta con comida y agua que crucemos.

—¿Adónde nos llevan? —tímidamente una de las mujeres pregunta a la nereida.

—A la microdimensión.

—Y, ¿qué hay ahí?, ¿cómo es? —pregunta otra.

—No he ido nunca —responde la mujer del Mutante—. Es la primera vez que él me lleva.

—¿Quién es él?

—El Pájaro del Espacio. El Roquesor.

—Corrían rumores sobre él en Catan. Decían que vendría a ayudarnos. Nos traicionó.

—Al contrario, él fue engañado por las autoridades de tu planeta. Y tienen suerte de estar aquí; una vez los gloss hayan acabado su faena para los que quedaron en tu planeta la única opción a la esclavitud será la muerte.

—¿Y qué diferencia ese destino del nuestro? —otra entre sollozos—. ¿Acaso no somos esclavos de ese “ave de rapiña” del que hablas?

—Es algo más que eso, es un hombre perdido, como probablemente lo serán tus hijos.

—No te quejes tanto mujer —irrumpe el Mutante en la inmensa bodega—, el lugar adonde os llevo no es bonito pero no seréis esclavizados más de lo que vuestra propia subsistencia lo requiera.

Roquesor que a tal fin venía observó detenidamente a cada uno de los prisioneros. Al fondo del contingente descubrió entre los niños uno de su interés.

—Vos, vení conmigo —señalando al niño moreno sentado junto a su madre en el extremo del salón.

—¡No! —reaccionó la madre agarrando su hijo del brazo.

—¡No le va a pasar nada! Ven tú también si quieres.

La madre y su pequeño siguieron los pasos del monstruo a través de los curvilíneos y escasamente iluminados pasillos de la nave. Avanzaban como catéter dentro de una arteria por los orgánicos pasadizos que empalmaban con uno de mayor diámetro cada vez. Cuando alcanzaron el corazón de la nave, el Golondrino decidió cambiar su aspecto para calmar a la madre.

»Verás, provengo de una raza no muy diferente a la tuya. Observa...

El cuerpo del monstruo cambió de forma y color frente a la incrédula mujer y su niño. Poco a poco, los pólipos y protuberancias menguaron delineando un cráneo humano. La piel escamosa de fucsias y negros se alisó cobrando textura y color terrícolas, sus ojos amarillos se tornaron marrones. Incomprensiblemente, se hallaban ahora ante un hombre desnudo escasamente distinto a los de su planeta.

»Nací en la Tierra, un planeta con abundante agua y vida de la Vía Láctea, como llamábamos a nuestra galaxia, en el extremo oriental del Tercer Órgano. Como ahora me ves así son sus habitantes, mi raza de origen. Sobrevivir en el espacio ha generado cambios en mi organismo.

La joven catana no daba señas de convencimiento. El niño no parecía asustado.

»¿Cuál es el nombre de tu hijo?

—Dile cómo te llamas al señor —zamarreando al niño del brazo.

—Trac —respondió tímido el pequeño.

—Mira, Trac, acércate.

El Mutante giró seguido por el niño y su madre hacia la proa de la nave. Las células del fuselaje orgánico del Narval se transparentaron dejando ver el espacio estrellado.

»¿Ves aquella estrella —señala el Golondrino—, la más grande de aquel grupo en forma de silla?

—Sí.

—¿De qué color es?

—Violeta.

—¡Es blanca! —corrige la madre—. ¿No ves que es blanca?

—Tranquila, deja que conteste él. Y en la otra pata de la silla —interrogando nuevamente al niño—, ¿qué ves?

—Otra estrella violeta y una roja al lado.

—¿Y vos? —preguntando ahora a la mujer.

—Yo veo una sola —responde incrédula.

—Lo que tu hijo ve es la aureola del 22-B, el agujero negro que conduce a la microdimensión. Por eso ve dos estrellas donde tú sólo ves su compañera, la Estrella 22.

—¡Prometiste que no nos esclavizarían!

—No vamos a la estrella, vamos al agujero. Y presta mucha atención a lo que te voy a explicar. Una vez en la microdimensión aterrizaremos en Malo, un pequeño planeta mercantil. Ahí voy a presentarte a García, nieto de un viejo amigo encargado de derivar los contingentes entrantes a los distintos planetas y galaxias del micro órgano. El destino de Trac será distinto al del resto, se quedará en Malo donde recibirá un entrenamiento especial junto a otros seleccionados. Tú eres libre de irte con algún contingente al destino que prefieras o quedarte en Malo a criar a tu hijo, lo que supongo elegirás como madre responsable que muestras ser. Cuando sea un hombre vendré por él.

—¿Por qué mi hijo? —la mujer temblaba.

—Trac puede ver longitudes de onda en un rango mucho más amplio que lo normal. Tiene predisposición a mutar, como yo. Me has visto cambiar de apariencia pero no se trata sólo de mi aspecto, mis sentidos y mi metabolismo han adquirido habilidades por necesidad, por supervivencia. Tu hijo también mutará.

—Tu mujer nos lo advirtió. ¡Será un hombre perdido!

—Viajará conmigo más allá del universo, conocerá lo que el resto siquiera imagina. Se pierde esto para ganar aquello.

El ocaso de las especies

»Y no intentes esconderlo —el Golondrino sigue hablando a la madre de Trac—; nunca olvido la frecuencia con que vibra cada ser vivo.

Una hora terrestre más tarde el Narval atraviesa un sistema con sol amarillo. Desde la sala de mando Roquesor y Yardía divisan un planeta que por la radiación que emitía prometía albergar vida. La nave se acercó silenciosa hasta zambullirse en la rica atmósfera.

»¡Nubes, Yardía, nubes de agua! Y, mira allá abajo.

En la corteza se dibujaban dos continentes y un predominante océano. La orografía enseñaba más sus detalles a medida que se acercaban.

»Recuerdo cuando en la Tierra se preguntaban e investigaban si había vida en el resto de los planetas de nuestro sistema. Con el nuestro eran nueve y los más grandes eran bolas de gas. ¡Idiotas!, podían ver con claridad la diferencia de condiciones entre una y otra parte del propio globo; la distancia al sol variaba apenas kilómetros entre el ecuador y los polos y los cambios climáticos eran ya considerables. Bastaría destruir Venus, el planeta siguiente en proximidad al Sol para que la órbita de la Tierra cambiara lo suficiente como para que ni sus anaerobios unicelulares pudieran sobrevivir. No puede haber más que un planeta rico en especies en un mismo sistema, si es que lo hay.

—¿Habrá vida inteligente en éste?

—Parece virgen.

—¿Recuerdas aquel planeta del 2do Órgano al que bajamos al poco tiempo de conocernos? Desde la altura confundiste plantas abovedadas con viviendas primitivas.

—Ja, ja, es verdad, la mejor forma de comprobarlo es bajando. Preferiría encontrar mamíferos grandes, tengo ganas de comer carne y de ser posible cocinarla ahí mismo. Un buen asado, ¡como en mi planeta natal!

—Aquel continente promete.

Descendieron lentamente. Difícil elegir; montes, llanos, selvas cuya apariencia saludable confirmaba no habían aún hospedado especies “inteligentes”. Pero al mismo tiempo que Roquesor y Yardía disfrutaban el paisaje, desde el lado opuesto alguien veía aterrorizado cómo, pendiendo de hilos invisibles, el cetáceo congelado oscurecía su hasta ahora limpio firmamento.

El único habitante del planeta salvaje

Seguía los pasos de un roedor del tamaño de un perro mediano que con suerte a favor sería su almuerzo. Barbudo y greñado, vestía pieles y portaba una especie de lanza improvisada de madera y piedra; todo un cavernícola. El bosquejo del inmenso dirigible entre las copas de los tupidos árboles le hizo olvidar el hambre.

—Mira aquellos árboles, Yardía, ¡son inmensos! García ya me había comentado acerca de un planeta virgen cercano al 22B.

—¿Se parece a tu planeta?

—¿Naturaleza virgen en la Tierra?, me deprime pensar en eso. Aquel claro en medio del bosque es ideal para aterrizar. Organiza a los catanos, bajaremos todos.

La barriga del Narval levantó nubes de polvo rojo. Desde la sombra del bosque circundante el cazador solitario vio bajar al extraño personaje de color azul negro y a su no menos estrafalaria pareja seguidos por el contingente de mujeres y niños. Su vida salvaje en este planeta había sido apenas su última experiencia; se dio cuenta de que se trataba de esclavos. Por eso, aunque no había visto ni tenido contacto con un ser inteligente en años y nada deseaba más que encontrarse con quien al menos mantener un diálogo, decidió no acercarse. Pero su prudencia no fue suficiente, su vibración no pasaría desapercibida al oído de Roquesor, especialmente tratándose de alguien de su mismo origen.

Al mismo tiempo, al otro lado del universo...

Roquesor 2. La Tierra, 2250. III d. B.

«Nunca había sentido tal desarraigo. Sin duda soy un hombre perdido, exiliado en su propia tierra.

Toneladas de ruina y basura, millones de nativos y extraterrestres se apiñaban en urbes sofocantes. No sólo las calles estaban atestadas de vehículos ahora también el aire gracias a tecnología traída a la Tierra por los alienígenas. La extracción del mineral magnético que la hacía posible se había sumado a la explotación desmesurada de los recursos que año tras año venían degradando desde siglos la vida en el planeta.

Roquesor caminaba sin rumbo entre la multitud. Observaba, a pesar de todo, la misma escasez de diversidad que había reinado siempre en el planeta.

»¡Y creía no poder estar peor! El tiempo se encarga de refutarlo todo —angustiado el Golondrino—. ¡Nunca me había sentido tan solo!»

Campos Verdes (Roquesor 1)

Habiendo pisado el suelo rojo el último de los prisioneros, Roquesor se dirigió al grupo de mujeres catanas.

«Nos quedaremos un par de días. Es un buen lugar para descansar y conseguir alimento fresco. Mientras recorro e intento cazar algo podrían buscar frutos y hortalizas que les parezcan comestibles.»

También el observador oculto vio al Mutante desaparecer entre la arboleda que limitaba el lado opuesto del claro. ¿Qué pretende cazar sin armas?, se preguntaba. Su intuición le impulsó a huir, ¡De cazador a presa hay un solo paso!, se dijo. Pero no terminó de voltear que ya tenía a Roquesor en frente saludándolo. Las mujeres desde la nave se alarmaron al sentir el grito que venía del bosque.

—No pasa nada —Yardía tranquilizándolas—. Es alguien que nos observaba.

El Mutante tendió la mano al pobre diablo que se había caído sentado del susto, «Soy feo pero no es para tanto». Una vez en pie, el extraño no dejó de mirar con asombro cómo los ojos amarillos y el resto de la fisonomía del monstruo se volvían humanos.

—¿Qué clase de recurso es ése? Mejor que un camaleón, ¡puedes asumir la apariencia de la especie de tu presa!

—Ojalá pudiera hacer eso —respondió el Golondrino al entusiasmo del cazador, explicándole el motivo real de sus cambios—. Aunque cueste creerlo soy terrícola, como tú.

—Dadas las circunstancias, poco afecta si es cierto o no.

—Normalmente no doy buena impresión de entrada. Mi nombre es Roquesor —extendiendo una vez más su mano.

—Y el mío Daniel. Después de siete años aquí, solo, no sé por qué sigo asustándome, si tarde o temprano serviré de almuerzo a alguna de las bestias de este planeta.

—¿Las hay grandes?

—Mamíferos tan grandes que los elefantes de La Tierra parecerían perros a su lado.

—Excelente. Con uno cenamos todos.

—Tendrás un arma potente o, ¿pensás cazarlo a trompadas?

—Llévame donde ellos y te mostraré cómo.

Caminaron juntos por el bosque. El escaso viento apenas hamacaba las copas de estos inmensos árboles curiosamente provistos de dos tipos de hoja diferentes. Su tronco, uniforme y recto, entre los veinte y veinticinco metros tenía ramas con hojas pequeñas caducas. Seguía un tramo de tronco pelado de unos veinte metros que terminaba coronado por enormes hojas palmeadas y frutos de gran tamaño a medio madurar. Había animales pequeños, presumiblemente marsupiales, pendiendo aquí y allá de troncos y ramas. También aves pardas de pico recio del que seguro se servirían a la hora de romper las gruesas cáscaras de los frutos. Al mismo tiempo se divisaba en la periferia mamíferos con pelaje blanco y espeso, con hocico redondo y pezuñas parecidas a las de una cabra. Seguramente bajarían del grupo de montañas que se erigían a un par de kilómetros al norte. Todo afirmaba que los cambios climáticos en este planeta debían ser extremos.

Mientras observaba, Roquesor intentaba resumir su historia.

—¡Más de dos siglos!

—Dos y medio.

—Bueno, supongo que ya nada debería sorprenderme.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

—Me escapé de la 22.

—Trabajaste gratis para los maobac.

—En las minas cinco años.

—Qué mierda.

—En el siglo XXI de la Tierra, ¡acabar siendo esclavizado! Cómo iba a sorprenderme tu historia si, mírame, parezco Robinson Crusoe. Desde mi punto de vista actual es la historia de nuestro planeta y mis vivencias allá lo que parece fantasía.

—¿A qué te dedicabas en la Tierra?

—Era cocinero. Trabajaba en restaurantes, me quejaba todo el tiempo de mi trabajo. Pero por esas vueltas de la vida fue gracias a mi oficio que me escapé de los maobac.

—¿Cómo hiciste?

—En los últimos años en la Estrella 22 ya confiaban en mí, me derivaron a la cocina. Nos despertaban de madrugada y nos subían a transportes de propulsión magnética parecidos a autobuses. Mandaban veinte a cada destino incluyendo cinco guardias armados y un cocinero. No podía arriesgarme a confiar en nadie, tuve que matar también a mis compañeros. Envenené a toda la cuadrilla.

—Entiendo. ¿Y qué usaste para envenenarlos?

—Cuando no tocaba trabajar, pasaba las horas de confinamiento leyendo. Las naves de esclavistas traían además *souvenirs* de los planetas que saqueaban. A lo que daban poco o ningún uso, los libros por ejemplo, nos lo hacían almacenar en un galpón; en cuanto veía alguno de nuestro planeta o traducido al maobac me lo separaba para llevármelo a la celda. El resto me era indescifrable, excepto un manuscrito que descubrí con dibujos muy elocuentes, presumiblemente de algún esclavo. Bosquejaba desde máquinas simples, vehículos, herramientas, hasta árboles y plantas. Algunos dibujos de plantas traían detalles y anotaciones al pie que más tarde entendí explicaban cómo aprovechar sus propiedades medicinales. Pronto identifiqué algunas de estas hierbas en los alrededores; se trataba de plantas oriundas de la misma Estrella. No sé cuanto pasó su autor en el lugar pero investigó y apuntó hasta lo último que vio...

—¡Y hay quien duda de la vocación!

—Ahí encontré dibujado el hongo que utilicé para envenenar la comida: de cabeza redonda, adulto tiene el tamaño de un puño, crece en la base de un tipo de árbol determinado, en las zonas aledañas a los pantanos. Mortalmente tóxico, te destruye literalmente el hígado. Lo piqué muy fino y lo mezclé en el estofado. Los maobac, poco aficionados a complicarse la vida leyendo o investigando ignoraban estos temas. La Estrella ofrecía muchos recursos que no eran aprovechados.

—Y ¿qué comían?

—Básicamente semillas, cereales transgénicos que crecían en invernaderos, animales engordados en cautiverio y latas que llegaban cada tres meses en naves de transporte. La noche en que envenené la comida fue hasta te diría cómica. Las conversaciones degeneraron poco a poco en delirios y risas. Guardias y esclavos de pura fiesta, hasta que el jolgorio terminó en tragedia, unos comenzaron a golpearse, disparar

las armas indiscriminadamente, otros gritaban o lloraban sin motivo, otros corrían sin rumbo, presos de paranoia. Más de uno adelantó su muerte. Pasados los minutos de locura comenzaron a caer como moscas, víctimas de la intoxicación. Logré quitarle la chaqueta, el arma y la tarjeta de identificación a uno de los guardias tendido en el piso inconsciente, así pude entrar al autobús y acceder a la computadora. Atravesé el desierto a bordo del vehículo. No me arriesgué a que me localicen, lo abandoné y completé el último kilómetro a pie. Llegué al aeropuerto espacial cuando empezaba a anochecer. En la penumbra, con el uniforme del guardia entré a paso seguro por la puerta principal. El maobac apostado me vio pero estaba medio dormido.

—Ja, ja.

—Tampoco ponían mucho empeño en vigilar si alguien escapaba de la Estrella. Sólo se cuidaban de los amotinamientos. Incluyéndome, los reclusos eran traídos principalmente de planetas poco avanzados e ignorantes en navegación espacial. Igualmente, el que alguien lograra escapar, que si ocurrió no me enteré, tampoco les afectaba demasiado. Además, ¿adónde iban a ir? Yo porque estaba loco, prefería morir flotando en el espacio antes que terminar mis días ahí, que no serían demasiados, te imaginarás, nadie llega a muy viejo en la Estrella.

—¿Y qué pasó en el aeropuerto?

—Bueno, una vez dentro, rezando que todos durmieran, atravesé el gran espacio abierto hasta el primer hangar. Con la misma tarjeta del guardia pude robar una nave chiquita medio abandonada. Suerte que son brutos, la nave magnética no emite sonido pero podrían haber detectado mi huida con un simple radar.

—Son una risa. Saben pilotar una nave espacial y luego se calientan encendiendo un fuego.

—Pero son astutos como animales. Me vieron despegar. Pero como la nave era un trasto viejo no les importó. Sabían que con suerte iba a quedar orbitando.

—¿Tuviste problemas?

—Sabrás que la letonita pierde sus propiedades al oxidarse. Habiendo despegado me encuentro unos bichos de la 22 que comen plástico desayunándose el depósito de combustible.

—¿Que comen plástico?

—Lo disuelven con un ácido que segregan y se lo comen.

—Serían útiles en La Tierra esos bichos.

—Habían llenado el tanque de agujeros. Por suerte ya llevaba suficiente impulso para desprenderme de la órbita. La dirección y la inercia me trajeron hasta aquí.

—Nada mal.

—Sí, no me puedo quejar. Aunque, estar solo... Y ustedes, ¿adónde se dirigen?

—Vamos a cruzar el 22-B.

—¿El qué?

—El agujero compañero de esta estrella.

—¿Un agujero negro al lado de una estrella apagada?

—No es un agujero común.

—Vas a tener que ponerme al día, con tantos años de encierro me perdí conocer muchas cosas.

Nombres

—Tengo que llevarme alimentos para el contingente que viste bajar de la nave —explica Roquesor a Daniel—, ¿qué me aconsejas?

—No sé que decirte, he tenido que vivir al día. No he podido asentarme lo suficiente como para cultivar gran cosa. Descubrí en mis peregrinaciones una planta similar al maíz pero mucho más grande, de hecho cultivé pequeñas parcelas aunque me resultó difícil protegerlas de los chanchos salvajes.

—¿Chanchos?

—Se parecen a los cerdos de la Tierra por eso los llamo así. Más estilizados y con el hocico alargado, como el de un tapir.

—¿Buena carne?

—Buena. Pero no he podido tenerlos en cautiverio y cazar yo solo un animal de estos es complicado. Piensa que ni siquiera tengo un arma de fuego. Y como te dije, asentarse es peligroso. Los mesodontes por ejemplo, son grandes como dinosaurios, y son depredadores. Si prendo fuego para cocinar sienten el olor desde un kilómetro.

—Claro.

—Por eso acostumbro construir mis cabañas en lugares altos, el viento dispersa el humo y los despista. Ahora vivo en una cueva entre las rocas. Es lo más seguro que encontré. El lugar es frío y demasiado árido para el cultivo pero con estas bestias merodeando no tengo opción.

—Me gustaría cazar uno.

—¡Quiero ver eso!

—¿Dónde duermen?

—En las laderas de las montañas, en valles o en mesetas bajas. Por las pezuñas de sus patas pareciera que evolucionan hacia un animal más chico. Suerte que todavía no son lo suficientemente ligeros para trepar con agilidad cosa que seguramente sus descendientes lograrán.

—¿A qué atribuyes su afición a las alturas? Si son tan grandes y carnívoros, ¿de qué van a huir?

—Del clima. En época estival las zonas bajas son excesivamente calurosas. Hay otra bestia que denominé hidrodonte, que vive cerca del mar. Supongo, por sus características, de antecesor común al mesodonte. Ambos resolvieron el problema del intenso calor del verano de diferente manera.

—Antes de bajar —Roquesor saca del bolsillo una pequeña computadora y comienza a teclear—, desde el espacio hice rebotar microondas sobre la superficie del planeta. La distorsión era muy baja, este planeta gira sobre su eje muy lentamente.

—No hay vientos fuertes. Las lluvias son esporádicas. Y no sólo es lento sobre su eje, los años también son largos o por lo menos he tenido esa sensación. Inviernos inacabables, veranos inacabables. Es otro de los factores que obligan a emigrar a los animales y a mí. Vivir en una zona de montaña soluciona en parte el problema, bajas en invierno, subes en verano.

—¿Lo que hacen los mesodontes? —el Mutante con los ojos aún en la pantalla de su pequeño computador.

—Más obligados que yo. No saben calentarse con fuego y necesitan más cantidad de comida.

—Según mis cálculos tarda treinta y dos horas terrestres en girar sobre su eje y cuatrocientos diecisiete de estos días en dar la vuelta al sol. Igual que la Tierra es el tercero más cercano y hay sólo uno más alejado. Con el tuyo este sistema tiene sólo cuatro planetas.

- ¿Mío?
- ¿De quién más? Si en el tiempo que has estado aquí no ha venido nadie a reclamar...
- Ja, ja.
- ¿Le has puesto nombre?
- Tienes razón, ¡voy a pensar uno!

El niño y la mosca

La silueta del niño se desdibujaba entre las sombras de la inmensa pared, el muro espeso de árboles al final del claro. Alrededor del Narval orgánico los trescientos cuarenta y un prisioneros acampaban preparándose para la noche.

- ¡Trac, Trac, adónde vas! —la madre corre a buscarlo.
- Mira mamá, ¡atrapé una mosca con la mano! —reaparece sonriente de entre los árboles.
- No vuelvas a escaparte, es peligroso —llevando al niño de nuevo al grupo—. Puede haber algún animal que te muerda y te lastime.
- Están lejos —responde el pequeño señalando al bosque.
- Bueno, quédate aquí y no te muevas. ¿Oíste?
- Mamá...
- Siéntate.
- Ahora vienen para aquí.
- ¿Quiénes? —interviene Yardía.
- Los animales grandes —dice Trac.
- ¿Dónde están?
- Allá, detrás del bosque.
- No le haga caso —la madre advierte a la nereida—. Inventa, como todo niño.
- ¿Crees que es como el padre?
- ¿Qué?
- Su padre, ¿te engañaba? —Yardía mirándola fijamente a los ojos.
- ¿A qué viene eso?
- Tu hijo vió animales peligrosos viniendo hacia nosotros. El Pájaro te dijo que tiene habilidades, tampoco le creíste. ¿Cómo son Trac?
- Grandes como una casa, peludos, con dientes puntiagudos —el niño describe con ademanes a Yardía.

—¿A ver?, ¿qué has cazado? —la nereida festeja la proeza al niño.
—Una mosca.
—¿Ya está muerta? ¿Me la muestras?

El ataque de los mesodontes

—La loca esa se la da de que “lee la mente” —comenta la madre de Trac a otra de las mujeres del grupo.

—QUIZÁ LA MENTIROSA SEAS TÚ —le grita Yardía desde treinta metros a la vez que informa telepáticamente a Roquesor de lo que Trac vio.

—*Por lo que me contó este hombre, los animales son reales* —responde Roquesor—. *Por las dudas voy para allá.*

Laissez faire vs. libertad

El burro come por necesidad, es su hambre la que elige. ¿Hasta qué punto nuestro caso es diferente?

Confunde el hecho de que la mayoría de nuestras necesidades no son básicas o al menos eso se aparenta en pos del libre albedrío. Sin llegar al ejemplo de un anoréxico más de uno se queda sin comer por comprarse su cero kilómetro o su botella de alcohol. Quizá el verdadero problema resida en que la principal necesidad sea la necesidad misma. La necesidad como motor instintivo que al perder de vista sus funciones fisiológicas queda suelto, desbocado. No sé qué, pero ¡dame!, grita la necesidad. La cultura es sublimación de deseo; cuando se pierde la capacidad tanto instintiva como consciente de discriminar la cultura se vuelve en contra de su creador.

Ya no basta con el instinto, el hombre necesita ser educado para vivir en el mundo actual. La necesidad instintiva ante la falta de metas más que verse ahogada se traduce en vicios.

En la entreverada maraña de necesidades del mundo moderno es líder quien sabe administrar límites, tarea más y más difícil conforme el mundo se sobrecarga más y más de necesidades artificiales. Curiosamente el actual líder del mundo alguna vez fue un pueblo “privado de todo”. Privado de su tierra, de su vida y mucha de su gente incluso de la propia existencia.

El ataque de los mesodontes (continuación)

—Acabó la búsqueda, Daniel, ¡la comida viene a nosotros! —comenta Roquesor al náufrago—. Mi mujer acaba de decirme que hay tres bestias acercándose al campamento.

—¡Pueden matar a muchos del grupo! ¡Y dañar tu nave!

—Yardía, pregúntale al niño si están lejos.

—Ya todos podemos verlos —responde la nereida—. Va a ser mejor que te apures.

El Mutante subió a Daniel a su espalda y comenzó a correr a través del bosque esquivando árboles a gran velocidad.

—Ahora entiendo cómo hiciste antes para sorprenderme —gritaba Daniel—, ¡es como ir en motocicleta!

—Agárrate fuerte. Vamos a acelerar.

Cuando el Golondrino superó los cuatrocientos kilómetros por hora Daniel no emitía palabra. No distinguía los árboles, sólo veía flashes de sombra y luz que en segundos se abrieron dejando ver el cielo claro del planeta. Ya surcaban el aire.

—¡Me vas a matar! ¡Más despacio, por favor, más despacio!

—Me había olvidado de que necesitas respirar. ¡Allá están!

Desde la altura, Daniel y el Golondrino vieron los tres monstruos a escasos doscientos metros de donde se hallaba el Narval. La imagen traía al Septcéfalo el recuerdo de una antigua experiencia.

»¡Son grandes como las Gorgonas! A esta velocidad no llegaremos a tiempo. Espero sepan defenderse.

Los árboles que rodeaban el claro donde descansaba la nave cayeron bajo las enormes pezuñas de los monstruos. El grupo de mujeres comenzó a correr y a gritar excepto Yardía que de pie seguía con la mirada al animal más grande. Trac se escapó de la mano de su madre y corrió a reunirse con la nereida. Desde arriba llegaba Roquesor cargando a Daniel.

—¡El niño! —gritó el náufrago, al ver que la bestia bajaba su hocico hacia Trac.

—No le va a hacer nada —descendiendo tranquilo—. Los animales saben qué no conviene tragarse. Ese niño está radioactivo como el núcleo de una estrella.

—¿Qué?

Daniel vio cómo efectivamente el monstruo olfateó a Trac y desvió su mirada hacia el grupo de mujeres más cercano. El gran mamífero había dado su segundo enorme paso cuando el extremo astillado de uno de los árboles derribados se enterraba en su ojo derecho prelu-diando un mamporro justo en la frente con todo el canto del palo. Desde el aire, Roquesor volvió a girar el árbol de más de diez metros para darle de boleo, esta vez en la nuca, golpe que terminó de noquear al bicharraco que cayó de fauces en la tierra roja. Aprovechó el Golondrino para espantar a sus dos compañeros revoleando el tronco entre alaridos para luego rematar a su presa; tomó carrera y a velocidad luz enterró el palo en el culo al animal tumbado, rompiéndole hasta el último órgano vital.

Las mujeres ya no sabían si temer o sentirse protegidas con tal anfitrión. Daniel tragó saliva. Trac, sin embargo, se acercó al Mutante tomándole la mano.

—El próximo lo vas a matar vos —dijo el Septcéfalo al niño dándole seguridad.

El pequeño sonreía hipnotizado por el crepúsculo reflejándose en las escamas azules y el óxido de las pezuñas del Golondrino.

Las necesidades básicas

Yardía, las mujeres e incluso los niños juntaban leña en los alrededores mientras Roquesor y Daniel se encargaban de trozar el mesodonte.

—Con esto es fácil —comentaba Daniel refiriéndose al láser que el Golondrino le había facilitado.

—Creo que ya es suficiente carne, el resto lo voy a guardar en la nave para llevarlo. ¡Tengo carne para rato! A cavar ahora.

Roquesor, con el mismo láser, comenzó a cavar un hoyo en la tierra de un metro cuadrado de boca por medio de profundidad.

»Con tres como éste bastará; una vez que el fuego se haya hecho brasa pondremos piedras grandes algo separadas para que sirvan de apoyo a la carne.

La lentitud del planeta aletargaba la caída del sol. La carne junto con algunos tubérculos que habían recolectado las mujeres estarían listos para cuando oscureciese.

—Falta el tinto —se lamenta Daniel.
—Si hay próxima te prometo que traigo.

Humanos

La Tierra, a 400 km del nivel del mar. Año 2265.

Observando la Tierra desde fuera de la atmósfera, Roquesor y Praezar continúan su diálogo.

—*¿Cuándo nos vamos, papá?*
—*Pronto. Antes tengo que decidir algo.*
—*Y, ¿adónde vamos a ir?*
—*A la microdimensión. Luego saldremos del universo.*
—*El hombre que se parece a ti, ¿va a venir con nosotros?*
—*No lo sé. Él también tiene que tomar una decisión difícil.*

A comer

«¿Vendrás con nosotros, Daniel?

Pregunta el Golondrino al náufrago en medio del banquete. En el planeta salvaje, los viajeros ya disfrutaban del mesodonte asado. Cansados y hambrientos después de la faena comían y dialogaban rodeando el fogón bajo la luz de las estrellas.

»Debes pensarlo bien. He viajado lo suficiente como para aconsejarte; no es fácil encontrar un lugar como éste.

—Entiendo. Pero tampoco es fácil vivir totalmente solo.

—Si decides quedarte te dejaré un par de juguetes que traigo en el Narval que te facilitarán muchísimo las cosas. Puedes ser el creador de un mundo nuevo, Daniel. Piénsalo.

—Pero todo terminará cuando muera.

—Eso tiene solución. ¿Cuál te gusta? Elige la que quieras.

—Y, ¿si a ella no le interesa?

—Necesidades básicas. A veces las perdemos de vista pero su instinto de madre las mueve finalmente a elegir el mejor partido, ¿no? Pues aquí el mejor partido eres tú. Puede que proteste un poco al principio, especialmente si es joven y bonita, pero luego te amaré.

—Ja, ja. Me haces sentir privilegiado.
—Es la verdad. ¿Cuál te gusta?
—¿La que quiera?

MASA

Profundidades del océano terrestre. Año 2261.

Roquesor 1: —Si fueras a la microdimensión te darías cuenta.

Roquesor 2: —Justamente, si una vez dentro todo lo que te rodea sigue la misma proporción, ¿de qué te sirves de referencia para enterarte del cambio de tamaño?

—No te olvides de que las distancias en el espacio se miden en base a ondas. Así te enteras de que en la microdimensión un planeta como el nuestro tendría diez elevado a la siete avas veces el tamaño de un átomo de hidrógeno.

—Y, ¿qué ocurre con la masa?

—Es difícil saberlo. Debería ser subatómica, sin embargo las inercias apenas cambian.

—Ridículo, tu cuerpo tendría que comprimirse en una pelota de densidad incalculable.

—Es posible que haya algo sobre la masa que aún no entendemos.

—¿Y si sólo se trata de un fenómeno luminoso?, ¿si la luz al salir del agujero no vuelve a sus condiciones normales?

—La micro dimensión ha inspirado multitud de hipótesis. Ninguna recibió la atención merecida dado que en la práctica la luz ha ganado preponderancia como instrumento de medida, especialmente en la navegación. Igualmente, aunque con respecto al supuesto cambio de tamaño que nos revela la luz el cambio en la inercia no sea significativo puedo asegurarte que lo notas en la navegación y especialmente en tu cuerpo. En una dimensión normal así tu cuerpo flote en gravedad cero te empujas contra las paredes de la nave y sientes tu masa, lo mismo si intentas sacudir un objeto pesado.

—No hace falta salir de la atmósfera para comprobarlo, aquí abajo la presión del agua nos hace sentir más ligeros y la masa no cambia.

—Pues bien, en la microdimensión tus sentidos deben acostumbrarse a aceleraciones instantáneas, tu masa es la de un insecto.

—¡Parece una novela de ciencia ficción! El que la masa cambie ya es difícil de aceptar, más si no es posible encontrar relación directa con otro parámetro conocido.

—Sí. Es difícil vincular fenómenos en un contexto tan grande. Tal vez cuando me aleje...

—Así que te mueves como un insecto.

—De hecho en muchos planetas de la microdimensión hay razas nativas de insectos humanoides.

—¿Inteligentes?

—No mucho. A los especímenes interesantes los tienen en cautiverio. Son útiles para entrenar. Es como luchar contra una avispa de tu estatura.

—Supongo que al menos será divertido.

—En mis primeras incursiones a la microdimensión no me era fácil. En una oportunidad me costó horas vencer a uno. Era mi primer siglo en el espacio, no tenía las habilidades que ahora.

—Otro punto que me llama la atención de lo que me has contado es lo de la frontera con el no-espacio.

—Eso fue mucho después. Ahí conocí a mi actual mujer.

—Y, ¿qué supones que hay más allá del no-espacio?

—A eso me refería con “alejarme”. Mi mujer me convenció de venir antes aquí, quería conocer mi lugar de origen y de paso que lo conociera nuestro hijo, Praezar. Además, me preocupaba el misterio de nuestra dualidad, duplicación, realidad paralela o lo que fuera que nos haya ocurrido.

—Entiendo. Yo tenía la misma inquietud.

—De todos modos no me quedaré mucho tiempo, como te decía, planeo desde hace años transgredir nuevamente la frontera. Y esta vez no volver atrás.

—¡Tiene que haber algo más allá del universo!

—Esa es la idea. En mis viajes fui reclutando jóvenes con talentos especiales para formar la tripulación.

—Y, ¿dónde están ahora?

—Uno quedó en Prometeo, un planeta virgen a un par de años luz del 22-B. Los otros once están en el planeta Malo, en la microdimensión. Ahí García, el nieto de un amigo humano, los ha estado entrenando durante estos años. Ya son adolescentes, a esta altura creerán que me olvidé de ellos.

El nuevo mundo (2250)

Roquesor: —¿Ésa? ¡Qué descuido! No imaginé que entre una centena elegirías justo a la que estoy obligado a llevarme. Es la madre de Trac.

Daniel: —¿El niño que enfrentó al mesodonte?

—Quiero llevarlo al planeta Malo para que reciba adiestramiento en ciertas disciplinas que va a necesitar cuando forme parte de mi tripulación.

—En ese caso...

—Si la separo del niño por tu causa te va a odiar.

—Y, ¿qué clase de adiestramiento van a darle ahí?

—Básicamente supervivencia. Adaptarse a la gravedad cero, a la radiación, a enfermedades, aprender a manejar instrumentos, calcular distancias espaciales, química, biología, genética, saber qué puede comer y como hallarlo, pelear, manejar armas...

—Pobre chico.

—Es lo mínimo.

—Obviamente, aquí conmigo no podrá aprender todo eso.

El Mutante miró a su alrededor y meditó unos segundos.

—No creas. Aquí podría aprender cosas de mucho valor. En definitiva, detrás de todo el alarde tecnológico están los verdaderos límites a superar que son siempre básicos.

—Podría pasar su infancia aquí y luego...

—Decidido. Cuando cumpla dieciséis una nave vendrá a buscarlo.

—No puedo exigir ni pretender más. Me ofreces nada menos que una vida. Pero igualmente me gustaría saber qué opina la madre.

—Déjalo por mi cuenta. Le hablaré y le haré entender que esto es lo mejor para ella y su hijo. Que en definitiva es la pura verdad.

—...

—¿Decidiste qué nombre ponerle a tu mundo?

Daniel fijó su vista en el fuego. Detrás de la llama, veía a la elegida, que ignoraba el nuevo giro radical de su destino.

—Después de tantos años, este pequeño planeta me ha devuelto el fuego de la vida. Se llamará Prometeo.

VI

En busca de los Campos Verdes (2265)

Praezar: —*Papá.*

Roquesor: —*¿Sí?*

—*Fuera del universo, ¿habrá gente distinta?*

—*No lo creo.*

—*Pero, tú eres distinto.*

—*... ¿Te sientes solo?*

—*Los niños que conocí en la Tierra... Los entiendo, pero ellos a mí no.*

—*Yo sí te entiendo; a tu edad me pasaba lo mismo.*

—*¿Y cómo hacer para que te entiendan?*

—*Por más esfuerzo que pongas si no les interesa...*

—*Debería aburrirme yo de ellos. Sin embargo a mí sí me interesa conocerlos.*

—*Justamente por eso eres distinto; tú tienes interés. Y ese interés es lo que te hace darle importancia a la gente, a ti mismo, a todo. Muchos intentarán ponerte en duda con respecto a esto. Cuando te vean darle importancia a algo te tratarán de inocente, de iluso, de inmaduro, cuando te vean darle importancia a lo que eres o a lo que haces te tratarán de pedante.*

—¿Cuánto tiempo viviste aquí?

—Dejé este planeta cuando cumplí treinta y tres. De todos modos, salvo raras excepciones, no conocí gente mucho mejor que ésta en mis viajes.

—¡Me conociste a mí!

—Ja, ja, es cierto. ¡Eso es mejor que haberte parido!

—Mamá dice que me conoce porque me parió.

—Ah, tratándose de tu madre debe de ser cierto.

La ciudad sumergida (2261)

Roquesor 2: —Estamos llegando. ¿Ves los edificios?

Roquesor 1: —Un ambiente familiar en un medio diferente. Los lugares que uno deja siguen también su camino.

—Me llevo mejor con mis nuevos vecinos.

—Posiblemente los peces nos entiendan mejor que la gente.

—Tan pocos somos los que al menos intentamos entender que rara vez nuestros caminos se cruzan.

—¡Mira que tuve que viajar para encontrarte!

—Pero, ¿si de aquí saliste!

—Tengo una sensación extraña con respecto a eso.

El vehículo maobac modificado ahora se movía a pocos metros por encima de las torres sumergidas. Los cardúmenes salían por las ventanas de los edificios arremolinándose igual que palomas. Al acercarse pudieron ver automóviles y ómnibus corroídos por el óxido, esparcidos por las desoladas calles y avenidas sumergidas. Hasta los semáforos estaban allí, esperando el movimiento; algún tiburón daba la vuelta en la esquina nadando al ras de los bloques rajados de pavimento. Y la marea ayudaba a romper la monotonía abriendo y cerrando puertas y ventanas al azar.

R2: —Allá está el obelisco.

R1: —¡El centro! ¡Después de tantos años!

—Vamos a bajar más. Vas a ver que hay carteles donde aún se lee el nombre de la calle.

—¡La avenida Corrientes! ¡Qué pequeña se ve! ¡Si habré deambulado noches, leyendo de pie en locales de venta de libros!

—Hasta quedar estúpido de sueño.
—¡Lindos momentos!
—Y sin una moneda.
—Vivía con ilusión.
—Allá está Retiro.
—Y, ¡la Facultad Derecho!
—Los trenes.
—¡Todavía están ahí!
—Y la avenida Córdoba.
—La Facultad de Medicina, el Conservatorio de Música.
—Los edificios viejos son los que mejor se han conservado.
—¿En qué año ocurrió?
—Un movimiento orogénico en 2211.

EL DOCTOR AXIOMÁTICO

—*Yo tengo razón —le dije.*

—*No, ¡yo tengo razón! —contesta, gesticulando.*

Habíamos desembarcado con mis compañeros de piratería en un planeta colorido, con grandes y poblados continentes, el planeta Sabin. Discutíamos y su actitud me pudo, ¡le di un cachetazo!

»*Ah, ¿sí? ¡Ahora vas a ver!*

Sobrevolando las ciudades me había llamado la atención un pequeño observatorio construido en uno de los tres cerros medianos que lindaban con un gran lago. Era de noche. Bajé y toqué timbre. La placa de la puerta decía DR. AXIOMÁTICO en letras grandes. Me atendió un viejo flaco y bajito, con bigote crecido y pelo revuelto; sus ojos chiquitos y juntos como dos bolitas negras me miraron mal desde el momento en que se abrió la puerta.

—*Buenas noches —esforzándome por parecer simpático.*

—*¿Qué quiere?*

—*Sólo por curiosidad, ¿es astrónomo?*

—*Domino otros temas también. Estoy trabajando, ¿necesita algo más? —y ya entornaba la puerta.*

—*Por la posición del telescopio —le dije intentando generar algún interés— usted está observando en dirección a mi casa.*

—Justamente vi que dejó abierto, ¡se le va a escapar el perro! —y me cerró en la cara.

¡Viejo maleducado! Volé hasta el extremo del telescopio y me puse a bailar delante del lente. Enseguida salió gritando, ¡Qué hace! Bajé, me paré frente a él y le dije, Soy científico. El viejo quedó mirándome, masticando cómo deshacerse de mí, no obstante verme volar le tocó la curiosidad. Me preguntó.

—¿Qué idea tiene usted acerca de cómo vencer la gravedad?

—No lo creo posible. ¿Quiere navegar allá arriba?

—Y usted, ¿cómo lo hace?

—No la venzo, la utilizo. Alineo los campos magnéticos de mi cuerpo dándoles dirección y sentido. Manipulación de energía. Es posible navegar las corrientes magnéticas como las marinas.

—¿Me toma el pelo?

Así, transcurrieron dos horas discutiendo distintos temas sin llegar a ponernos de acuerdo en ninguno.

—Usted no entiende porque no le conviene.

—Usted es un tarado.

—Y usted un viejo choto.

Cuando le pegué se enojó de verdad. Entró corriendo al edificio y salió acompañado de un robot de lo más ridículo. Todo de chapa, la cabeza parecía una lata de galletitas, los brazos hechos con tubos flexibles anillados que terminaban en pinzas, las piernas con resortes...

—Axiomatic te va a dar una paliza —sentenció.

No acabé de reírme que el muñequito ya me había saltado encima. Nunca me habían dado tantos mamporros juntos tan rápido. Me estaba cagando a piñas; brincaba como grillo con sus piernitas de resorte y giraba por la cintura revoleando los bracitos como un ventilador de techo. Cuando lo quise patear, me esquivó y me dio un cabezazo en la frente en un solo movimiento. En ese entonces yo no tenía muchas más aptitudes que un humano pero contaba con un par de juguetes de mi invención; saqué de mi bolsillo el control remoto de TV adaptado con que accionaba el convertidor de masa de mi traje y me transformé en luz. El robotito le pegó al aire una docena de veces hasta que lo corté con el láser. El viejo, cuando vio los pedazos en el piso casi lloraba, ¡Axiomatic!, gritaba como si de un hijo se tratase.

—*Quedó dividido en un montón de premisas falsas —le dije.*

—*Monstruo inmundito. ¡Te odio!*

—*No es la primera vez que me lo dicen.*

Al par de minutos estalló la bomba que le dejé en el techo del observatorio, yo ya rumbeaba para donde había aterrizado el Narval II, que era la nave de que disponía en ese entonces. Esperaba reencontrarme con mis amigos que habrían vuelto de hacer las compras. A medio camino, desde el aire divisé una camioneta levantando polvareda por una ruta de ripio perseguida por tres patrullas de policía. Eran ellos. Como el lugar era despoblado los policías, ya a unos doscientos metros y achicando distancia, venían ensayando uno que otro disparo. Les crucé un tronco en la ruta; casi se matan. Una de las patrullas volcó, dio un par de tumbos y quedó patas p'arriba al costado del camino.

Praezar: —*Entonces tus amigos pudieron escapar.*

Roquesor: —*De esa sí, pero cuando llegamos al Narval..., eh —interrumpe el relato y señala a Praezar una luz entrando en la atmósfera—, ¿viste el meteorito?*

Llegando a Pórlan

Roquesor 1: —*¿Tienes un traje de buzo o algo por el estilo?*

Roquesor 2: —*¿Qué clase de Roquesor eres tú, que no sabe respirar bajo el agua?*

—*Y ¿qué clase de Roquesor eres tú, que no puede hacerlo en el espacio?*

—*Ahí tienes una escafandra. ¿La presión te afectará?*

—*¿Te parece?*

—*Perfecto. Estamos llegando a Pórlan, nuestro viejo Pórlan.*

El planeta Sabian

Praezar: —*Sigue contándome, papá. ¿Qué pasó cuando llegaron a la nave?*

Roquesor: —*Nos encontramos con un grupo de veinte hombres armados alrededor del Narval. Habíamos tenido la precaución de aterrizar en un despoblado pero seguramente alguien nos vio y avisó a la policía. Había patrulleros por todos lados.*

—¿Patrulleros?

—Coches de la policía. Eran como los que te señalé hace unos días en la villa del oeste, en la Tierra, con ruedas y motor a explosión.

—¿Que largaban humo?

—Exacto.

—¿No tenían de los que vuelan con magnetismo como hay ahora en la Tierra?

—Autos no. Tenían aviones como también usaban en la Tierra siglos atrás, con motores a explosión o a reacción. Por eso se habrán asustado al ver aterrizar el Narval.

—Entonces, ¿se escaparon y listo?

—Ya no teníamos ganas de seguir peleando así que intentamos hablar. Hasta ese momento no nos asociaban con el robo del supermercado.

—¿Habían robado?

—De eso vivíamos.

—¿A mí también me gusta robar!

—Si lo haces, hazlo bien. Nunca sin pensar.

—El otro día mamá me llevó a una zapatería a comprar unas botas. Mientras el vendedor había ido a buscar mi número agarré rápido unas sandalias que le habían gustado a mamá y las metí en la bolsa. Ni ella se dio cuenta.

—Ja, ja. ¡Muy bien, hijo!

¡Los auténticos Campos Verdes!

R1: —¡AHÍ, JA, JA, MIRÁ! —el Golondrino con los ojos llenos de lágrimas—, ¡LOS CAMPOS VERDES!, ¡los trenes a locomotora!, ja, ja, ¡todavía!, ¡todavía siguen donde mi imaginación los dejó! ¡Quiero bajar, quiero bajar! ¿Cómo se pone esto? —calzándose la escafandra al revés.

R2: —Eh, tranquilo, que tenemos tiempo de sobra.

—¡Tatú! Ojalá estuviera Tatú aquí.

—Recuerdo haberte oído mencionarlo. ¿Quién es Tatú?

Amigos

Praezar: —*Y, ¿quiénes eran tus amigos?*

Roquesor: —*¿Los piratas? Boccazzi, Felizia, Dios y el enano Juan. Gente tranquila, respetuosa.*

—*¿Y dónde están ahora?*

—*Seguramente muertos.*

—*A mí me gustaría tener amigos.*

—*Ya vas a tener. Pero cuidado, debes ser indulgente con ellos, serán diferentes a ti y no siempre te entenderán o los entenderás. Y, cuando se vayan, déjalos ir; los amigos no duran toda la vida, cambian.*

—*Y yo, ¿cambiaré?*

—*¿Tú? ¡Más que nadie!*

Primera diferencia

R1: —*Era mi amigo.*

R2: —*Si antes de que partieras eramos uno, ¿cómo explicas que yo no haya conocido al tal Tatú?*

—*Ahí abajo surgirán más incógnitas que tal vez ayuden.*

Ilusiones

—*Sigue con el cuento, papá.*

—*Los habitantes de Sabian eran muy bajitos. No había altos como Boccazzi o yo. Aunque de mediana estatura, Felizia tampoco hubiera pasado por uno de ellos. Por eso le tocó a Juan colarse en el supermercado disfrazado de empleado, a él le cabía el uniforme. Cuando llegamos al Narval, Juan seguía con el uniforme puesto, gracias a eso no nos cagaron a tiros apenas bajamos de la camioneta, la policía creyó que era un rehén. Ni bien nos dimos cuenta de la confusión los cuatro saltamos a cazarlo de los rulos al enano.*

—*Eh, ¡paren —el boludo no caía—, qué hacen, loco!*

—*O SE ALEJAN DE LA NAVE O LE CORTO EL COGOTE —grité a los sabianos amagando al cuello de Juan con el láser.*

»Por suerte se lo tragaron. Pero no contábamos con un visitante de último momento, ¡el Doctor Axiomático había sobrevivido a la explosión! Ajeno e indiferente a todo lo que ocurría, cuando habíamos terminado de cargar y subíamos al Narval para partir, me grita.

«JOVEN, NO PIENSO ADMITIR SEMEJANTE CALUMNIA; TRANSFORMAR LA MATERIA EN LUZ ACELERANDO LAS PARTÍCULAS SUBATÓMICAS NO TIENE ASIDERO.»

»Guiñé el ojo a mis compañeros que no entendían a que venía la historia, accioné el convertidor de masa del Narval II y salimos disparados en forma de luz al espacio exterior previo cerrarle la puerta en la cara al viejo.»

AURORA

Microdimensión. 2267. III d. V.

Y caminó sobre el agua...

El Mutante podía ver cómo la flexible tensión superficial se hundía ligeramente bajo sus pies. A veinticinco metros, espada en mano, la mosca. Aquí las moscas eran algo diferentes, se parecían a las terrestres por sus ojos, que abarcaban casi la totalidad de su cráneo, algunas reminiscencias de lo que sería un exoesqueleto, tres pares de extremidades y alas membranosas. Pero de la estatura de un hombre alto, caminaba erguida y sus extremidades, por ejemplo sus cuatro manos, eran antropomórficas. Este insecto humanoide no era muy inteligente, por esto y por falta de cuerdas vocales era incapaz de comunicarse hablando. La pelea había durado largos minutos. Ahora, parados frente a frente sobre el agua en una zona pantanosa del planeta Malo, cruzarían sus espadas en un último intento. Al límite de sus posibilidades, los doce jóvenes habían seguido los movimientos de los guerreros cuya velocidad los había paseado por los más diversos escenarios. Habían corrido pisando las copas de los árboles, brincado de una piedra a otra en las laderas de los cerros, saltado al vacío desde alturas que con masa terrestre habrían significado la muerte, estaban exhaustos. Los excelsos combatientes en cambio parecían frescos, como si la batalla hubiera recién comenzado.

Metamundo

«Yo te hice, yo te deshago». Posiblemente el verbo hacer sea una falacia. Deshacer es sin duda una falacia. Hijos que ruedan por el mundo y se multiplican como mogólicas bolas de nieve, atropellando y matando tontamente todo a su paso, incluso al propio creador. Así deviene el mundo. Somos instrumentos de nuestros instrumentos, paridos por nuestras propias ideas, hijos de nuestros hijos. Y, ¿cuál nuestro destino?, el que nuestra creación nos depare. Que nuestra creación nos dé vida y nos mate, que el propio hijo mate al padre. Creador, es tu destino, ¡tus hijos te matarán!

La visión del artrópodo

No era muy inteligente pero su sistema nervioso controlaba y sincronizaba sus movimientos con su vista con precisión sutil, milimétrica. En las tres dimensiones nada estaba fuera de su alcance. Podría haber matado a los jóvenes observadores de haberle el Mutante dado respiro; en tiempos pretéritos, hasta la vida del propio Golondrino habría peligrado pero ahora la velocidad de éste superaba considerablemente a la del bicho autóctono de Malo.

Para la mosca humanoide el combate iba en serio, perdería la vida. Para Roquesor y sus alumnos era solamente un simulacro controlado con fines pedagógicos. Sin embargo, mientras los guerreros se miraban sin pestañear parados sobre el agua del pantano, uno de los muchachos se acercó a distancia imprudente.

Mito y creación

¿De dónde nace atribuir a la “creación” padres sobrenaturales? ¿Por qué el hombre tiende a mitificar la creación? Los mitos han sido producto de la objetividad, siempre ha sido igual, para el hombre lo que no se puede ver o tocar no existe. Cuando el embrión humano es de tamaño celular, cuando las ideas son bosquejos, cuando el sol se suicida en el horizonte, cuando las sonrisas son lágrimas, cuando lo preestablecido es error, génesis, el hombre mitifica, «No puede ser lo que no ha sido», «No puede existir lo que no ha existido», se dice.

Para el hombre lo que no ha existido, “lo que no es” es simplemente lo que no ha visto, lo que no ha percibido, lo que no ha comprendido.

La *existencia* es creación humana.

El *ser* es humano.

En éste, nuestro metamundo, la *creación* es humana.

El joven y la mosca (2267)

Trac, al que siempre le habían llamado la atención estos insectos, flotaba de pie sobre una especie de nenúfar gigante peligrosamente cerca del hombre mosca. El joven catano tenía ya veintidós años de edad y asistía junto a los otros once elegidos a la demostración del Mutante. Haciendo equilibrio sobre la hoja acuática provocó ondas con su vaivén; la superficie elástica del agua vibró bajo los pies descalzos del Septcéfalo alertándolo. Trámite lento éste para los sofisticados ojos la mosca que ya habían registrado y evaluado con exactitud la posición y distancia del incauto. Ni la velocidad de la luz habría sido suficiente de no ser por la reacción intuitiva del experimentado Septcéfalo que decapitó al insecto gigante un milisegundo antes de que alcanzase a Trac.

El cuerpo sin cabeza siguió corriendo por reflejo, zigzagueando en trayectorias rectas, sólo visible en el instante del cambio de dirección, blandiendo con igual velocidad su espada a lo incierto. El Mutante pisó la cabeza inerte hasta vencer la tensión superficial del agua; el cuerpo descontrolado del bicho cayó exhausto y desangrado a la vez que su cráneo alcanzaba el lecho del pantano.

HUMANO

«¿Elegido?

¿Elegido por quién?

Insistes en desligarte de la responsabilidad,

Humano, ¡escoria!,

Basura del mundo,

Nadie,

Nadie ni nada me ha elegido,

Nadie decide por mí,

*Mucho menos
La basura sobrenatural de tus fantasías
A la que llamas Dios,
Institucionalizando impune tus deseos
Con mentiras de libertad, paz y amor.
Muy en el fondo
Sólo intentas imponer tu mediocridad
De la manera menos noble.
¡Cobarde!
Ahora,
Al contemplar mi fuerza
Quieres doblegarme,
Como quien doma a un caballo salvaje,
Llamándome “elegido”;
Pretendiendo descargar todo el peso
De tu cruz
En mis espaldas.
«Eres el elegido», dices,
Y te llevas los beneficios
De lo que otros gestionan,
Como siempre lo has hecho.
Rata miserable,
Humano,
Nadie me ha elegido.
¡Soy yo el que elige!»*

VEJEZ

Corazón biónico

Roquesor 1, siglo III d. V.

El Narval III orbitaba ahora el planeta Tilo. Corría el año 2215, a tres siglos de dejar la Tierra según el reloj que su amigo Manuel Vera le había regalado antes de aventurarse al espacio. Adquirió esta enorme nave comercial en 2028 (siglo I d. V.), en Andur, planeta donde conoció a su primer mujer, madre de su primogénito, ambos ya muertos. Restauraciones de por medio la semi destruida nave, que lo había

llevado hasta el mismo extremo del universo, aun vagaba noblemente como fantasma en el exilio.

A la vez que recordaba, sentado en la cómoda butaca tapizada en pana roja del salón de mando iluminada apenas por el brillo del planeta, el anciano solitario reunía pretextos a falta de fuerza, convenciéndose de la próxima acometida. Una vez más sus reservas de comida y agua estaban a punto de agotarse, tenía que bajar al primer planeta a su alcance y saquearlo, como era su costumbre.

«Ya no tengo ganas ni fuerza para pelear —se decía con voz arrugada mirando las manchas del dorso de su mano—. No sé si bajar o dejarme morir aquí sentado —reflexionaba cabeza en mano el encanecido Septcéfalo.

»Sí, soy un viejo, pero no un “pobre viejo”. He sido afortunado, viajé, conocí lo que nadie, he vivido casi tres vidas humanas. Tuve una mujer, un hijo... Bah, podría elegir morir aquí mismo sin arrepentirme. ¿Qué más puede pasarme?, ¿qué más puedo ver que no haya visto!

En el lúgubre salón apenas se veía la silueta cabizbaja. La atmósfera brillante de Tilo plateaba la cabellera revuelta entre las pezuñas oxidadas. Todo era paz, silencio, vacío. Ciento ochenta grados de cielo negro rodeando la cúpula de cristal blindado. Paz...

Tñc... tñc tñc... tñc tñc... tunc tunc... Tunc Tunc... Tunc Tunc... Tunc...

»GRRÑIAAAA. ¡OS ACONSEJO, NO OPONGÁIS RESISTENCIA! —saltó del asiento apretando los puños—. ESTE VIEJO MATARÁ HASTA EL ÚLTIMO DE VUESTROS SOLDADOS, SAQUEARÁ COMIDA, BIENES, VEJARÁ VUESTRAS MUJERES, VENDERÁ VUESTROS HIJOS COMO ESCLAVOS. ¡SOY EL PEOR PREDADOR, EL PÁJARO DE METAL, EL ROQUESOR!»

En pocas horas se daría cuenta de su error. Una vez más su vida cambiaría en forma rotunda.

El misterio de la juventud (2261)

El Roquesor de la Tierra abrió una pequeña escotilla redonda en el piso del improvisado submarino.

Roquesor 1: —¿Para qué quieres tú la escafandra? ¿No era que podías respirar bajo el agua?

Roquesor 2: —Para que podamos dialogar. Las cuerdas vocales las uso poco acá abajo, siguen igual.

—¿Cómo ocurrieron tus cambios?

—Había bajado con este mismo equipo, con un solo tanque de oxígeno. Fue en el año 2215, ya era un anciano, con el pelo totalmente blanco y mis manos...

—Dos mil doscientos quince. ¡Exacto!

—¿Otra coincidencia?

—Sí. Continúa, continúa.

—El suelo del océano volvía a moverse. Habían pasado cuatro años apenas desde que el agua había tragado la ciudad y un nuevo maremoto parecía darme la bienvenida a Pórlan.

Los Roquesores se sumergieron bajando de a uno por la pequeña escotilla. Descendieron por su propio peso hasta el suelo oceánico donde pudieron caminar gracias al par de botas con peso de sus anticuados trajes. Los Campos Verdes habían cambiado de color, los arrecifes de coral habían remplazado a los viejos eucaliptos pero aún se conservaban los rieles, los puentes, los vagones de carga, los galpones, los aserraderos. Y detrás de éstos, oculto entre las ruinas sumergidas, el lugar clave, ¡el lugar del despegue!

—¿Cómo sobrevivió esto al maremoto?

—Por suerte fue sólo un aviso, no ocurrió tal. Pero la corriente fue la suficiente para arrastrar mi submarino. El casco se abrió al golpear contra una de las locomotoras, ¿ves el cordón de soldadura en el costado? —señalando el costado izquierdo del submarino.

—¿Y tú?

—Yo estaba fuera del submarino, caminaba por aquella calle. La corriente me llevó y acabé enganchado en la punta de aquella antena.

—La antena del radioaficionado del barrio, ¡todavía en pie!

—Y aquí viene lo inexplicable. No sabía qué hacer, cómo defenderme, la corriente me llevaba y aunque hubiera querido subir a la superficie mi reserva de oxígeno no habría alcanzado. Creí que mi vida llegaba a su fin. Todo encajaba.

»Siempre había sido un extraño. Desde que tengo uso de razón me he sentido ajeno, como si mi condición de humano hubiera sido un descuido de la naturaleza con la continua sensación, el persistente y radical deseo de encontrar mi lugar, mi verdadero lugar. ¿Qué hago en el fondo del océano?, me preguntaba, ¿qué pretendo encontrar aquí? En eso, un canto, un horrible y dulce canto zumbó en mi conciencia, me hablaban, me acariciaban, voces de niñas, singulares voces, me cantaban.

“*Voltea... —me decían suave e insistentemente—. Suéltate de tu yugo. Eres el Angel, el Miguel —cantaban—, siempre lo has sido. Quítate esa horrible máscara y míranos, Gran Pájaro, ¡voltea!*”

“*¡No soy yo! —les respondí, ingenuo—, no puede ser que sea a mí a quien buscan. Soy un viejo acabado, frustrado, impotente frente a este mundo de locos*”.

»No fue valentía lo que me animó. Me quité la escafandra, el traje, y pude respirar bajo el agua, soportar la presión. Y mis manos ya no tenían manchas ni arrugas, mis piernas eran jóvenes y fuertes como la cola de un delfín, y la furiosa marea no era ya rival para mis brazos.

—Y, en ese momento, las viste.

—...

—Las nereidas.

—¿Nereidas?

¿Qué es “lo mágico”?

«Desde un punto de vista estricto, *lo mágico es lo inexplicable*, móvil primero del científico. Este concepto en sí podría considerarse un axioma.»

Parir unicornios es cosa de pocos. Requiere permanecer en pie sobre el límite. En tal destreza consiste para animales exuberantes como nosotros la ardua tarea de definirnos.

LA MUERTE DEL SUPERHOMBRE

Los restos del Superhombre también forman parte de los escombros. No es necesario anunciaros la muerte de la cultura, vuestra cultura, puesto que habéis arrancado de raíz los retoños de alguna otra posible

civilización. Aunque no está todo dicho para el hombre sí para la humanidad. Fantasmas, muertos en vida sois; vuestra juventud incluso, más que castrada, no tiene expectativas, vive en la más sanguínea apatía y ya nada calma su ansiedad. El Superhombre vagó entre vosotros como el mayor de los fantasmas. Él era consciente de vuestra salud mental, de hecho fue hijo de vuestras especulaciones más degeneradas y absurdas, vuestro hijo. Ahora sois responsables de su muerte, la muerte de vuestra propia descendencia, por ende de la vuestra misma. No tenéis ilusión, ¡decid la verdad!, ¿hay algo en vuestros corazones? Con la muerte del Superhombre, vuestro hijo pródigo, ha muerto el último vestigio de sentido en vuestra cultura. ¡Caísteis en el engaño! Ahora, la Cucaracha de Bronce arrasará sin compasión con lo que quede del mundo puesto que ni sabe qué es eso que ella misma predica y reclama.

La bestia está suelta...

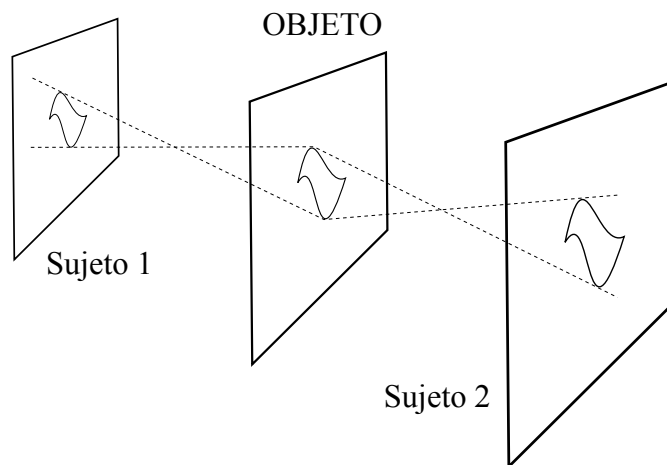
... y no es bestia común. No reconoce patria, ideología, madre, padre ni hermano. Y no solamente salvaje, es además inteligente, sagaz. Pies pacientes, imperceptibles pasos que terminan en garras. Blanda como el agua, explosiva como el látigo, la bestia no tiene predilección por éste o aquél, *todo bicho que camina va a parar al asador*.

Hoy anda por ahí suelta, disfrazada. Tiene todo lo malo de todos los tiempos, nació de lo peor de vosotros, del basurero de vuestras mentes, de lo que para vosotros, humanidad, ha sido repudiable, censurable. Su sencilla y tortuosa mente recuerda, «Ha habido varios Viejos Vizcacha en mi vida. Sus enseñanzas se deslizaron de reajo, desbordándose como manantial incondicional por el costado de sus jetas, sus bocas torcidas, marcadas por el vicio obligado. Así me enseñaron, ¡así me entrenaron para esto!»

Cabizbaja, la bestia medita acerca de su vicio: *vivir*.

POR QUÉ LA FORMA NO ES LA SUSTANCIA

Generalmente se entiende que la comunicación se da más o menos de esta forma (fig. 4).



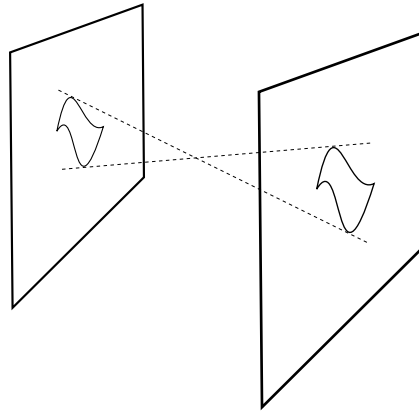
4. “Decodificación”

Y se considera también que el nivel de comprensión de uno y otro sujeto, al igual que otra gran variedad de parámetros que podrían ser tomados en cuenta, es similar. Remitiéndonos únicamente a la imagen sabemos que la retina de ambos captará algo similar. Ahora bien, si uno de los dos fuese una mosca (capacidad intelectual aparte) la decodificación de la imagen sería tan dispar que no sería posible la evolución de un lenguaje común. Es posible un “lenguaje” cuando ambos sujetos comparten ciertas características en su naturaleza. En una primera instancia en el lenguaje la convención en los nombres depende de la convención en la imitación de las imágenes, por ende de la forma. La forma representada en el centro de la figura 4 como “objeto” en realidad es una inferencia. Esta limitación natural en la comunicación entre dos seres lleva a algunos a cometer un error de apreciación: creer que la sustancia está en la forma. De ser esto último cierto la comunicación sería infalible y el lenguaje perfecto y único.

El sujeto-objeto

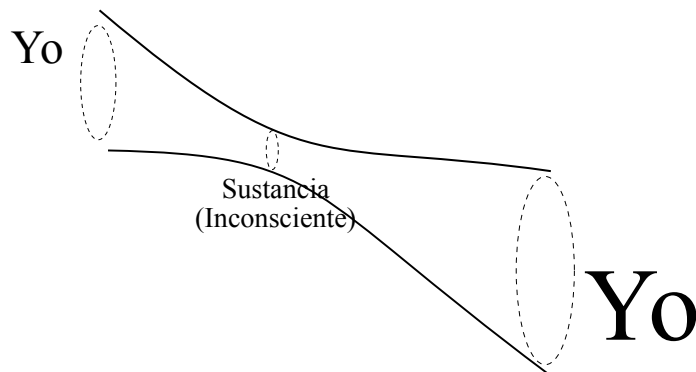
La *sustancia* se infiere a partir de la conciencia de que en determinado instante capturamos sólo una entre infinitas imágenes posibles del objeto. Basta con girar el objeto para obtener una nueva diapositiva que vendrá a enriquecer nuestro conocimiento del mismo, acercándonos a su *sustancia*. Al igual que el *sujeto*, lo que convenimos en llamar

objeto también es producto de nuestra mente; en él nos vemos reflejados de manera imperfecta e incompleta (fig. 5).



5. “Sujeto-objeto”

Nuestra mismidad se desdobra y a su vez ambos polos forman parte de la propia subjetividad (fig. 6).



6. “Bipolar”

Cuando miramos al mundo nos vemos a nosotros mismos, cambiamos conforme a lo que percibimos. Sin embargo somos individuo, observador, hilo conductor entre ambos universos, el observado y el que nos observa. La mismidad es la sustancia, nuestra condición de individuos. Uno siempre es Dos. ¿Dios?, tal vez sea el tercero en discordia.

LA BESTIA RECUERDA

«Negro sobre negro, sobre negro, sobre negro... ¿Habrá un fondo? ¿Soy yo? Ya no distingo si necesito caer hacia las cosas o si las cosas caen infinitamente hacia mí. ¿Hice carne ya los estadios? ¿Soy el abismo? ¿Seré el fondo mismo, la gran fuerza que traga todo hacia sus profundidades?

»Y si no es así, ¿cómo es que nadie es capaz de compartir mi preñez, de concebir mi estrella, de percibirla, de entenderla?

»¿Quién soy?... ¿Qué soy?»

VII

PARADOJA REAL

Nietzsche denunciaba la negación de la vida en el catolicismo (siglos siendo producto de consumo masivo), que es lo mismo que decir “Vivir es una carga demasiado pesada para el hombre”, “Demasiada dicha es vivir”. Sin embargo es tildado de nihilista. Los que se drogan con trabajo, música, filosofía barata, religión o lo que fuera que utilicen para evadirse, esa “gente común” que la va de buena, de inocente, de inofensiva, esa masa de idiotas consumista, éstos son un verdadero ejemplo de nihilismo. Y de fascismo. Nietzsche, al igual que todo creador fue portador de una fe superior a la de cualquier religioso, *fe en la vida*. De no ser así no habría volcado su trabajo en este mundo sabiendo de antemano cómo sus ideas serían bastardeadas por quienes lucran convirtiéndolas en productos de consumo masivo como el delirante sin sentido de la “raza superior” nazi y su no menos ridícula contrapartida, el *superman* judío de las historietas estadounidenses.

Imposible concebir sin ver el abismo; quien “crea” ha visto la Nada. Y esta visión más allá de generarle desidia lo ha impulsado a brindar al mundo motivos para seguir: *creer* → *crear*.

Definiciones nihilistas

realidad: convención entre dos o más sujetos donde se acepta como válida la observación de sólo uno del grupo.

pueblo: ídem.

país: ídem.

mundo: ídem.

LOS MORTALES

Lobo: —La naturaleza no es sabia ni cruel.

Oveja Negra: —Y tú, perrito, ¿te crees sabio?

—Sé que tengo hambre.

—Ah, ja, ja. ¿Y qué, me vas a comer?

—Antes me divertiré un poco contigo.

En el mar de lo incondicional los peces dorados se confunden con los plateados. En el mar de la desidia todos son pardos. En el mar de la idiotez ni el petróleo es capaz de teñir la diferencia. ¿Cuál es la voluntad de la naturaleza?

Oveja Negra: —Crees que soy como las otras.

Lobo: —Eres peor.

—Al menos he intentado torcer mi destino.

—No has intentado nada. Sólo eres simple y genéticamente negra. Las otras te han excluido, no tú.

—Mira quién habla. Siempre ahí, solo.

—A veces siento que es el destino del que tú hablas cuya dentellada, más fuerte que la mía, me arrebató los afectos.

—Tienes miedo. No eres capaz de soportar ciertas cosas.

—A este punto quería llegar, ¡qué vulgar!; ya quieres enlodarme en tu porquería, como no pocas veces lo han intentado tus hermanas. La vas de rebelde para ocultar tu vergüenza. ¿Ése es el miedo que tratas de adjudicarme?

—No eres mejor que nadie. Eres tan imbécil como cualquiera.

—¿En qué consiste este juego?, ¿te has enterado? Política de por medio, sigue siendo sobrevivir. Aquí, este imbécil cierra el telón; si una dentellada va a arrancar una vida, ¡ésa será la mía!

Los ojos negros de la oveja se paralizaron. Acostumbrada a que nadie veía en ella un bocado apetecible había perdido la costumbre de huir. Hasta sintió un frío de gratitud mezclado con el dolor.

«Qué equivocada estás», pensaba el lobo mientras su presa se desangraba. Luego su orgullo no dejó al destino salirse con la suya, le crujía el estómago cuando se internó en el bosque sin probar bocado.

Al día siguiente el rebaño contempló durante algunos segundos el símbolo trágico; el cadáver negro, intacto, volcado en la pradera. No significó mucho para ellas, nada significa mucho para ellas. Oculto, el lobo había observado el fugaz duelo.

«En el fondo ella lo sabía. Después de todo, aunque en contra de su gusto, era diferente. Al menos conoció la angustia.»

Apología del deseo

—*Pero..., cuando me entrego a mis deseos siento morir.*

—*¿Como arrastrado por un demonio?*

—*¿Cómo lo supo?*

DESTINO Y VOLUNTAD

La representación del karma como un dragón es realmente significativa. En su serpentear revela lo sinusoidal del devenir; el descenso como un tomar impulso para emerger y viceversa. Ahora bien, ¿quién se conforma con eso? ¿Acaso no ha sido la humanidad un continuo pretender montar y domar a ese inmenso dragón? ¿Quién no clavó las espuelas en su lomo? ¿Quién no tiró de las riendas inútilmente intentando torcer su rumbo? ¿Quién no ha sido enemigo de sí? ¿Quién no ha perecido mil veces atado al lomo arponeado de la ballena blanca, hasta renacer aunque sea unos instantes gritando: ¡Soy la ballena! ¡Soy el mar! ¡Soy la bestia!

La voluntad del hombre es un querer representarse al punto de que significativo y significado, luego de sangrienta lucha, sean uno: *Yo*. Cuando digo “silla” represento siglos de pelea doblegando la madera, sintonizando con la gravedad que me exige un mínimo de tres patas para el sustento, fantasía mística de lo estático. Allí me siento, enseñoreándome de mi destino en el concepto “silla”. Así lo occidental

busca un trono donde desparramar su culo aburguesado y la representación termina siendo verdugo de la voluntad.

El hecho de que las representaciones occidentales nunca lleguen a una compatibilidad feliz con las orientales demuestra y representa a su vez el continuo conflicto con el “afuera”. Eso representa el dragón, la voluntad y el destino en eterno conflicto y por ende el encuentro; la unidad “en” el conflicto.

La sensación después de pelear no es la de haber ganado o perdido. Tampoco es un descanso la paz sino tensión del arco como decía un amigo; la gran responsabilidad, la energía potencial de sentirse como el mismo dragón. Ser el dragón.

JUGANDO CON LA FELICIDAD

No puede el hombre ser feliz siendo feliz. Porque la felicidad viene cuando ella quiere. No deja hacer de ella un bien. Uno juega con ella como quien juega a la lotería, quien va al hipódromo o quien seduce a una mujer que se cotiza por encima del propio poder adquisitivo e incluso hacerle el amor sabiendo no poder retenerla.

AT-CHU

El rey At-Chu de la dinastía Tizu meditaba sentado en la orilla de un remanso.

«Son mis pies y a la vez no lo son. Se ven más grandes y algo inclinados.

Al moverlos el agua rompió su forma. Esperando a que la recobren otro hallazgo regocijó su ojos, la brisa y la providencia habían dejado un pétalo de rosa blanca justo sobre el culo de un mandril que bebía en la otra orilla.

»¡Hermoso!

Se alegraba At-Chu. Pero la misma brisa separó el blanco del rojo aun antes de que el agua le devolviera sus pies.

Siglos después se inventaría la fotografía pero, entonces, debía conformarse At-Chu con meditar.

»Únicamente los sabios, como el Emperador Amarillo o Confucio, son capaces de detener el tiempo y lograr una estética. A mí no me queda más que ver la belleza nacer y morir.»

Proverbios golondrinos acerca de la felicidad y el tiempo

1. No hay bien que dure cien segundos.
2. ¡Qué linda es la vida!, y se murió.
3. Explíquenme, ¿cómo es eso de vivir el presente?, ¿hay que trepanar alguna porción del cerebro?
4. El concepto *átomo* como unidad indivisible de la materia fue la felicidad de muchos filósofos y científicos.
5. La felicidad no debe ser una proyección al futuro, no, no, hay que procurarla en el presente y dentro de lo posible en un bien material. Y ¡quietita ahí, eh!
6. Científicamente comprobado: concentrando la actividad cerebral en el tronco encefálico es posible unir en un único estadio felicidad-presente-realidad-conciencia unos segundos antes de que el sorete salga del culo.
7. «Y como el movimiento se demuestra andando pues, ¡andemos!», Carlos Balá.

CALIDAD

Hoy es lícito mirar de reojo a quien se dice artesano. Generalmente el oficio se transmitía de padre a hijo, hoy sólo existe la formación académica.

La necesidad del hombre de sublimar su libido en su actividad se ve castrada por la fina especialización de la maquinaria social moderna. El deseo natural de identidad e individualidad degeneró en el “arte por el arte”. Mientras que este “arte puro” en tiempos pretéritos era deporte de ricos hoy es pasatiempo a la mano de cualquier joven clase media, siempre y cuando, aconsejado por el sentido común de sus padres, lo tome como accesorio de una carrera más rentable.

Como consecuencia de ésta pérdida de los oficios, entre otras causas, las calidades se han recortado; fósiles de calidades habitan en la memoria de los pocos que han sabido apreciarlas. Luego, como diciendo aquí no pasó nada, se pone mucho énfasis en “gran talento”, “excelencia en la educación”, “producto natural”, “Lo caro es bueno”, “¡El mejor del mundo!” y decenas de muletillas más de nuestra actual religión del mercado.

Separados de los padres por la estructura y el ritmo enfermos de la sociedad actual los hijos pierden referente en el oficio de vivir formándose como futuros consumidores finales alienados. Y no queda duda (no me cansaré de repetirlo) de que es la masa consumista la que tiene el poder y empiezo a creer que no es un problema de la actualidad, quizá los que se auto denominan “los de abajo” inconscientemente siempre han sido dueños. ¿No eran una forma de venganza los abusos que recibían los campesinos por parte del señor feudal? ¿No evidenciaba su sentimiento de impotencia al violar las mujeres de sus súbditos? El poderoso actual, el capitalista, ¿no delata también su impotencia al vender basura? Pagar a una mujer por sexo es la muestra más elocuente de degradación del poder, pone en evidencia que lo que se compra no necesariamente se posee, ¿quién se prostituye, ella o el cliente? Venganza.

¿Quién tiene el poder?

¿Quién más culpable, el promedio idiota que compra comida basura en el supermercado o el fabricante obligado por la competencia a prostituir su producto? ¿Por qué la calidad inferior desplaza a la superior hasta el punto de eliminarla? ¿Por reducción de costo o por oferta y demanda?

Hay un problema básico más allá de culpabilidad, la primera enemiga de la calidad: la cantidad. Somos muchos. Al hablar de humanidad, además del hacinamiento cultural, político, económico, social causado por los medios, hablamos de exceso en número.

Está claro que la sociedad actual nos obliga a todos a prostituirnos pero hay quien lo sufre menos. Coma de aquí o de allá, pertenezca a capitalista pseudo poderoso o a puta barata, un paladar atrofiado no se prostituye. Es el capaz de discriminar el que se ve obligado a tragar sin saborear; el que forma un criterio partiendo del contraste entre diferentes sensaciones (única forma de lograrlo) y luego elige e intenta

vivir en base a ese criterio, “su” criterio. Mucho más consciente, es el dueño de este tipo de paladar quien realmente se ve obligado a prostituirse.

REALIDAD DOBLE

El lugar del despegue (2261)

Roquesor 1: —Hay sin duda un paralelismo sorprendente pero a medida que avanzamos en los detalles cada vez dudo más de que hayamos sido uno solo y el mismo.

Roquesor 2: —Pero ¿cómo se explica entonces nuestra conexión? Antes del despegue...

—Hablando de eso, detrás de aquellos galpones...

—Está el Narval.

—¡El Narval I!

—¿Narval I?

—Te conté que hubo cuatro con el que orbita ahora este planeta. Que a pesar de las coincidencias empiezo a creer que no es la Tierra en la que me crié.

Al paso aletargado de sus pesados trajes de buzo los Roquesores se acercaron al lugar donde de acuerdo a su primera hipótesis su vida se habría dividido en dos realidades.

—Ahí lo tienes.

El Golondrino del espacio se apresuró a verlo de cerca. Yacía en el lugar exacto, a pocos metros del esqueleto del tinglado donde alguna vez se aserraron durmientes de ferrocarril. La presión del agua no le permitió abrir la puerta. Acarició el fuselaje sorprendiéndose ante detalles que recordaba. ¡Y la ventanita, por donde en vivo y en directo sus entonces noveles ojos debutaron frente al espacio abierto, los planetas, el gigante Júpiter!

«¡Tengo que volver a sentir la euforia de viajar a lo desconocido! —se decía Roquesor a la vez que recordaba—. No puedo vivir sin ilusión.»

El grueso cristal se hallaba intacto. La oscuridad no permitía ver el interior.

—¿Tienes una linterna?

—Toma —extendió el brazo el Roquesor de la Tierra, alcanzándole una pequeña linterna de plástico verde.

—Pero, esta linterna...

—Sí, ya sé que no es la idónea. Es un recuerdo. Me la regaló un amigo antes del intento de despegue.

—¡A mí también! —contento al descubrir una coincidencia—. ¡Vera!, Manuel Vera me regaló una idéntica a ésta, junto con “el reloj”.

—¿Vera? No, mi amigo se llamaba Jusepe.

—¿Eh! ¿Jusepe qué?

—Jusepe Bonachone.

—¡Qué! ¿Estás seguro?

—El Pep, le decíamos en el barrio.

—Noooo, ¡no puede ser! ¡Hasta en mi pasado paralelo se mete! Me siento sucio...

—¿También lo conociste?

—Pero no hablamos del mismo, ni siquiera en la analogía. Me hizo la vida imposible. Pero se disculpa, no era mi amigo. ¿El que tú conociste anda por ahí todavía?

—En teoría, si vivió lo que el promedio en la Tierra, tiene que haber fallecido hace siglo y medio o más.

—Y lo mismo deseo al Pep catano que conocí.

—Yo, en cambio —el Roquesor de la Tierra con los ojos húmedos pero de lágrimas—, no sé cuánto daría por volver a verlo. ¡Lo bien que la pasábamos!

—¡Ahjjj!

Roquesor es Roquesor

Por la ventanita, valiéndose de la linterna regalo del Pep, el Roquesor del espacio revisó el interior de la nave.

—¡Tal cual lo construí! Aunque de ser el mismo debería estar flotando a la deriva, en el espacio. ¿Y el convertidor de masa?

—Dentro, intacto. No funcionó.

—Lo utilicé en el Narval II. Y construí pequeños, individuales que adosé a trajes especiales para mí y mis compañeros de piratería. Hemos ganado batallas a decenas de soldados, ¡sólo nosotros cinco!

—Éste no se ha movido de aquí.

—¿Quién eres?

—¿Y tú?

—Esto se está volviendo un laberinto.

—Las imágenes registradas en la memoria pueden ser aleatorias, incluso cronológicamente, podríamos estar hablando de una conciencia dividida. Por eso tu memoria guarda sucesos parecidos aunque diferentes respecto a la mía. Esto mantendría nuestra primera teoría.

—¿Cómo pueden convivir en un mismo ser dos conciencias y no saber una de la otra?

—Nos habremos vuelto locos.

—De ser así, lo que creemos haber vivido hasta ahora o bien no es real o bien lo es sólo en parte.

—Posiblemente.

—De todas maneras es nuestra realidad. No nos queda otra que seguir adelante. Una tercera opción es que hayamos sido dos desde siempre.

—Como espejos enfrentados.

—Algo así. En el otro extremo del universo quizá se halle mi planeta, mi Tierra.

—Universos paralelos, parecidos pero no idénticos.

—Y una teoría más arriesgada aún sería la de un eterno retorno a escala universal; encerrado entre los polos de dicho universo el gran ciclo del tiempo daría vueltas indefinidamente.

—Sin reproducirlo de forma idéntica.

—Pequeñas desviaciones en las mareas magnéticas del universo darían por resultado tergiversaciones del tiempo, por ende de la realidad.

—Y podrían existir más de dos.

—Múltiples.

—Quién dice no habrá más Roquesores jodiendo por ahí.

—¡Basta, no más Roquesores!

—Debes enseñarme a construir el convertidor de masa correctamente. Presiento que próximamente habrá guerra aquí. Cuando te marches, quiero estar preparado.

—¿No vas a querer venir con nosotros al no-espacio?

—Creo que voy a quedarme a pelear. El planeta sigue siendo joven, rico en recursos. Pero llegarán más maobac y terminarán desplazándonos.

—¿Desplazándonos? ¿Hablas en nombre de los humanos? ¿Te incluyes? No me extraña que te consideren su dios, ¡ahora también serás su héroe!

—Y tú, ¿en mérito a qué te aventuras al no-espacio?

—Sólo mi familia, unos pocos y ahora tú saben de mis viajes que puedo asegurarte no fueron épicos. Y de pretender ser héroe ante alguien sería ante mí mismo, aunque tampoco me entusiasma demasiado la idea.

—Tampoco a mí. No obstante no aceptaré demasiada ayuda de ti. Es más, puedes quedarte tu convertidor de masa, pelearé con mis recursos. Pienso reclutar humanos y pelear, intentaré expulsar a los maobac de la Tierra.

—No voy a ayudarte a expulsar a los maobac pero me vas a permitir que te ayude con el convertidor, así, si cambias de parecer o si pasada la guerra se te da de nuevo por viajar podrás reconstruir el Narval.

—¡Si sobrevivo! Esta guerra no será corta ni fácil.

—No nos adelantemos, ya veremos qué hacer. Por lo pronto tengo pensado bajar a mi mujer y a mi hijo a que conozcan el planeta.

—Sea cierta o no nuestra última hipótesis sería bueno que lo conozcan antes de que acaben de hacerlo mierda.

—Con Yardía hablamos de quedarnos un par de años. Especialmente por Praezar. Mandarlo a la escuela, aunque no sirva de nada, para que al menos conozca a otros niños.

—¡Me muero por conocer a Yardía y a Praezar!

—Mientras tanto te ayudaré con lo prometido.

DESPERTAR

Cierra tus ojos e imagina tu mano aterrizando sobre una pieza pulida de ébano. Tu mano, luego de deslizarse sobre la superficie vuelve a despegar hacia lo desconocido. Mientras se deslizaba notó lo convexo, lo cóncavo, lo que sube, lo que baja, la gravedad. Así nació el lenguaje, sin fin ni principio, sin huecos, sin tipos separados como en la

escritura actual o en las escalas de música. A pesar de que incluso la percepción táctil es fragmentada (característica del todo evidente en el sentido de la vista), la rigidez, la asfixia que atribuimos al pensamiento consciente es en realidad responsabilidad de la necesidad del pensamiento de discriminar forma y estructura. Luego, el lenguaje, al constituirse como sistema termina de “institucionalizar” la percepción. Más cuando pretende llegar a las masas. El número, la “cantidad”, vuelve a ser responsable de la baja calidad, en este caso de la percepción supuestamente espontánea.

Una caricia puede volverse pobre en significados para quien ha recibido educación institucionalizada. No encuentra sabor a hacer el amor un paladar que sólo conoce ceros y unos. ¡Pobres androides extraviados de la modernidad!

Obsesión y evasión

El deseo es amorfo. El deseo puede traducirse en obsesiones en quien no dispone de la capacidad para decodificar su personalidad frente a la sociedad, logrando no sólo un papel sino una filosofía a la medida de sus anhelos.

La obsesión es necesidad de orden frente al propio deseo, miedo al camino personal o propio, sugerido por el deseo. Y la puntilliosidad en lo artificial de la representación delata aún más que se ha tomado un callejón sin salida, un camino alternativo al que habría revelado acertadamente ese monstruo poblado de demonios que convenimos en llamar *inconsciente*.

Pero enfrentar el inconsciente es enfrentar indefectiblemente el *consciente* o mejor dicho, aprender a utilizar éste último como herramienta para escudriñar, navegar dicho mar monstruoso.

Aunque inferimos “algo más”, ese algo también es producto del consciente; la iniciativa de volver nuestros códigos más complejos, más ricos nace del mismo intento de deshacernos de ellos, alejándonos a la vez que nos acercamos al también teórico *sí mismo*. Un extenderse hacia ambas direcciones de la duda.

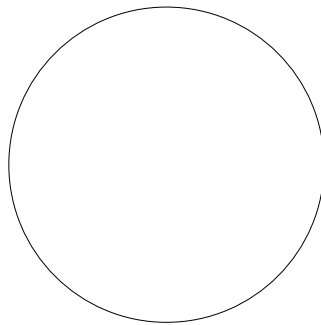
Laberinto

¿Quién soy? Soy el reflejo de los demás. Un verdadero laberinto de espejos.

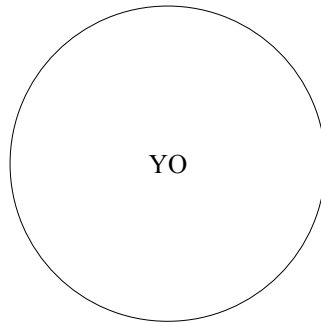
VIII

EL INDIVIDUO COMO ENTE

El círculo es la forma más espontánea de representar el “objeto”.

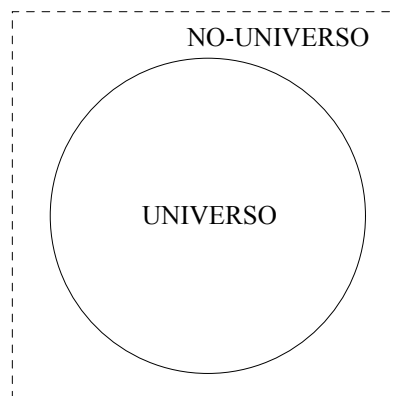


El límite logra una representación sintética, todos los puntos equidistantes del Yo-Sujeto como centro de gravedad.

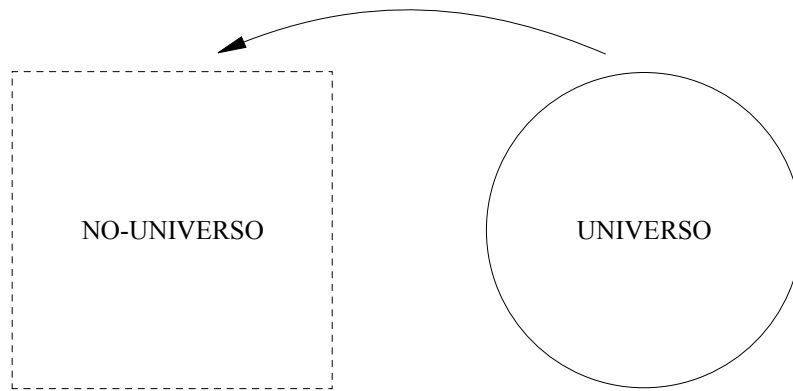


Tomemos ahora como ejemplo el más abstracto de los objetos, el concepto Universo. ¿De qué otra forma se dibuja en nuestra mente que no sea como un círculo o esfera en el espacio? Aguzando nuestra introspección caemos en la cuenta de que poner límite al universo parte de la necesidad de definir al mismo como concepto. Y todo concepto, por más abstracto que sea, infiere su contrapartida, encargada de conferirle identidad. El objeto “existe”, se desenvuelve en el “marco” que lo abarca y contiene.

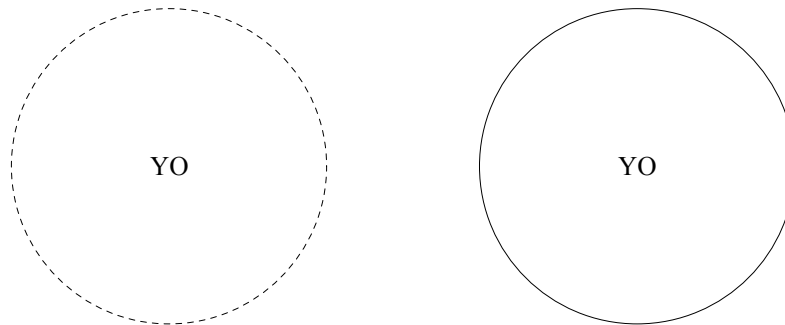
En nuestra mente este marco es siempre subjetivo, incluso en los casos en que es materialmente visible.



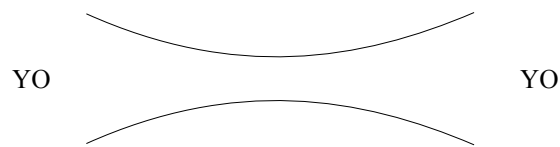
Objetivar ese marco es confrontarlo...



Y al centrarlo con respecto al sujeto...



... entendemos que el Sujeto vive en ambas partes sirviendo de nexo a lo que simplemente es representación.



Y que ese Yo dividido es uno y el mismo.

$$YO = YO$$

Por consiguiente.

$$A = A$$

La *identidad* es un concepto teórico puro, que en lo fenoménico se gesta desde la *dualidad*. Ésta a su vez es también una reducción teórica nacida de la pluralidad de sensaciones. El individuo, como ente, es el resultado final de una construcción teórica. *Cogito ergo sum*.

DESIERTO DEL SUR

Tierra, 2300, (siglo IV d. B.). Roquesor 2.

En América del Sur, trece hombres marchan a pie por un desierto patagónico en dirección a la Antártida. Era una de las tantas hordas que migraban hacia los polos huyendo de la contaminación por radioactividad.

—¿Quién es ése? —pregunta un joven de diecinueve años medio maobac, medio humano a otro de raza gloss de la misma edad que marchaba a su lado al final del grupo.

—¿El viejo? No lo sé —responde el gloss—, está medio loco. Dice que estuvo en la guerra.

—¿Cómo puede ser? No tiene manchas, pelo normal... La radioactividad parece no haberle afectado. Además, ¿cómo llegó a esa edad?

—Si quieres divertirte ve y habla con él. ¡Se inventa cada historia! Para empezar te dirá que ha vivido tres siglos.

—¡Ah, bueno!

—Ja, ja. Y ésa es la más creíble. Dice que vivió en una ciudad sumergida y no sé cuántas tonterías más. Y que se mantiene joven gracias a un doble suyo que anda por el “no-espacio”.

—Al menos es creativo.

—Hay que reconocer que de historia sabe más que un maobac.

—Aún menos creíble. Mi mamá era maobac y conocía la historia de su raza a un nivel fanático. Te podía hablar del pedo que se tiró hace milenios tal antepasado en tal planeta, tal galaxia, tal órgano...

—Ajá.

—Mientras que mi papá, que era humano, ¡no sabía ni quién había sido su abuelo!

—Ni hablar de mis padres —dice el gloss— que los únicos conocimientos que heredaron y me transmitieron fueron técnicas de pelea y manejo de armas.

—Dicen que mató al Capitán Patricio —intervino un tercero que oía la conversación.

—¡Al Capitán Patricio! —irónico el joven gloss—. Entonces, ¡estamos frente a un héroe de guerra!

—¡Un prócer! —añadió riéndose el mestizo.

«La verdad es que él me mató a mí», en voz alta el viejo cortando las risas. Desde diez pasos delante del grupo se había enterado de lo que murmuraban. Alto y delgado aparentaba unos cincuenta años, edad a la que en las circunstancias actuales de la Tierra era casi imposible llegar.

—O sea que usted está muerto —capcioso uno del grupo.

—Patricio Bonachone —siguió comentando el viejo— tenía un parecido increíble con un amigo mío de la juventud. Tal fue mi sorpresa al verle que quedé paralizado. Luego de enterrarme su espada en el estómago pegó media vuelta y me dejó ahí, creyendo que moriría desangrado. Pero “hierba mala...”

—¿Cómo murió el Capitán entonces?

—Rumbeando para su nave pasó cerca de uno de los maobac que sus hombres habían derribado. El maobac se hacía el muerto; en cuanto lo tuvo a tiro lo hizo caer cortándole el tendón del tobillo con una daga y lo remató en el suelo antes de que los otros pudieran reaccionar.

—Tan poderoso y morir tan estúpidamente, ¡eso sí parece verídico! A propósito, viejo, todavía no sabemos su nombre.

—Roquesor. Algunos me conocen como “el Mutante”.

—¿Usted, “mutante”? ¿A nosotros qué calificativo nos queda, entonces?

—Las apariencias engañan, muchacho —el Golondrino con media sonrisa—, las apariencias engañan.

OCÉANO TERRESTRE (2261)

Los Roquesores 1 y 2 se disponían a ascender con el submarino desde la ciudad sumergida cuando el Mutante del espacio sugirió:

—Ahora que lo pienso; si voy a permanecer con mi familia un tiempo en la Tierra creo será conveniente bajar el Narval también. Y, ¡qué mejor refugio para una ballena que el mar! Luego podremos subir los cuatro en el submarino. Así evitaremos problemas innecesarios.

—Y, ¿si alguien lo ve aterrizar?

—Caerá en el océano como un rayo. Nadie lo notará.

»Yardía, ¿Ves el océano más angosto?

—Sí.

—*Entra en órbita y zambulle el Narval en el hemisferio sur, a la altura del trópico. Verticalmente así evitas que la refracción te desvíe. Una vez en el fondo te indicaré como llegar hasta donde estoy.*

—*Muy bien, nos vemos.*

MARAVILLAS DE LA NATURALEZA

«Agujero de infinita maza, soy tu falo, aquí me tienes...»

Prometeo, 2250

Roquesor, Yardía y el contingente de catanos levantaban campamento para partir a bordo del Narval IV rumbo a la microdimensión. Daniel, el náufrago humano en este planeta salvaje, cruzaba las últimas palabras con el Golondrino.

—Sigo pensando si realmente hago bien en no ir con ustedes. Cruzar el 22-B debe ser una experiencia única.

—Créeme, estarás mejor aquí que en la microdimensión. Trac se criará fuerte y sano, no sólo físicamente: sabrá que es necesario matar para vivir. Ya que has sufrido hasta saber defenderte en este planeta y tuyo lo has hecho, ¡aprovecha!

—¿Le has dicho a la madre ya?

—*No problem.*

—Como la veo subiendo a la nave...

—Es que..., va a buscar sus cosas, la ropa y eso. Ahora vuelve.

Al costado del Narval quedaban algunos huesos del mesodonte que había servido de cena a los 344 comensales. El sol del mediodía brillaba en un cielo limpio.

—Bueno, esto que queda, ¡a la heladera!

—¿Tenés heladera?

—Estoy bromeando. En el espacio no es necesaria, te imaginarás. Son expresiones que me salen de hablar con vos. Pensá que paso años a veces sin ver a un humano.

Las mujeres subían decenas de bolsas con frutos y hortalizas chequeados por Daniel, quien ya sabía cuáles eran comestibles.

»Bueno, adiós, ¡suerte! —Roquesor saludando a Daniel.

—¡Chau! Voy a cuidar a Trac y a su madre lo mejor posible.

—¡Recuerda el trato!

—Sí —Daniel con cara de aflicción—, lo recordaré.

Una vez todos a bordo...

—Tú te quedas.

—¿Qué? —La madre de Trac sorprendida.

—Tú y tu hijo se quedan.

—¿Cómo? Pero, dijiste que iríamos a...

—Eso dentro de diez años. Ahora te quedarás aquí con Daniel y juntos criarán a Trac en este bellissimo planeta como *Tarzan, Jane y Boy*.

—Pero, ¡estás loco!, ¡eres un hijo de puta!

Con ojitos mudos y asustados el pequeño vio saltar la saliva de la boca torcida de su madre por el revés del Mutante.

—¡Bajá!

El naufrago se quebró por dentro al verlos salir por la compuerta de la inmensa nave. Con un brazo aferraba a su hijo a la cadera y con el otro un bolso mediano al pecho. Lleno de angustia y compasión, Daniel se acercó a ayudar a la joven madre abandonada al azar. Después de tanto temer y sufrir la mujer suspiró ante el gesto fraternal del extraño.

El Narval se elevó en silencio. Desde la sala de mando Roquesor y Yardía veían achicarse a la solitaria familia en el centro del claro.

—¿No son hermosos? —Yardía emocionada.
—¡Ya sabía que algo faltaba!
—¿Qué?
—¡*Cheetah!*
—¿Chita? ¿Qué es “chita”?
—¿No era que leías la mente?

Un poco de cosquilleo...

22-B, 2267

—¿Por qué el tío no vino con nosotros? —pregunta Praezar, de ya seis años y medio de edad, refiriéndose al Roquesor de la Tierra.

—Decidió quedarse en su planeta por una idea estúpida que se le metió en la cabeza —responde Roquesor como eludiendo el tema.

—¿Ahora piensas que éste no es tu planeta natal? —Yardía, adivinando lo que el Mutante dejaba en el tintero.

—Es una historia complicada que aún no logro resolver. Veremos; el tiempo lo cura todo.

—¿Cuándo llegaremos al 22-B, papá? —pregunta Praezar.

—¡Ahí lo tienes!

—¿Dónde?

—No se deja ver pero se hace sentir. ¿Has notado el cambio en la velocidad de la nave?

—No.

—Presta atención. Lo sentirás en tu cuerpo. A medida que nos acerquemos su atracción será más intensa y la nave acelerará hasta el límite en que no haya vuelta atrás.

—¿Y nos vamos a achicar?

—Bastante.

—¿Como una bacteria?

—Más aún.

—Y, ¿qué se siente?

—Pregúntale a tu madre.

Yardía: —¿Y qué se siente?

Roquesor: —Ah, ¡me has hecho acordar! Acompáñame.

El Mutante seguido por la Nereida se dirige a la bodega donde, sentados en el suelo, los prisioneros catanos aguardan su destino incierto. Habían dejado el planeta Prometeo y estaban a punto de entrar al 22-B rumbo a la microdimensión. Roquesor explicó a todos.

»Van a sentirse un poco extraños. No se asusten, su organismo no sufrirá mayores cambios en las funciones vitales.

Poco a poco, la velocidad de la ballena fálica se volvió incalculable, dirigiéndose a esa porción de universo engañosamente ausente, carente de estrellas, de materia, de luz.

»¿Lo sientes? —ahora con Yardía, en la sala de mando—. Ya estamos dentro. Atravesarlo es cuestión de segundos.

Un instante después, un nuevo universo se expandía en la proa; nuevas y desconocidas constelaciones aparecían frente a sus ojos. La velocidad del Narval disminuía notablemente.

—¡Es fantástico! —la Nereida entumecida.

—Si no aceleramos ahora estamos perdidos —explica Roquesor al salir del agujero negro—. Hay que aprovechar la inercia, de lo contrario seremos atraídos nuevamente y no podremos salir del pozo del tiempo.

Con toda su potencia, la nave del Golondrino logró desembarazarse del inmenso campo gravitatorio. Ya flotaban en la microdimensión.

—¡Y no se veía nada desde el otro lado! —suspiraba Yardía.

—Como en tu hogar, el No-Espacio, aquí también las apariencias engañan.

El pozo del tiempo (2267)

—Prueba correr hasta el fondo, hijo.

Una vez en la microdimensión, Praezar, por indicación del padre intentaba una carrera dentro de la sala de control del Narval. Aunque su velocidad final era la misma, la alcanzaba como un relámpago.

—¿Ves? —le dice la madre—. ¡Ahora sabes qué siente una mosca!

—¡Cómo estarán Trac y el resto! —comenta Roquesor—. Ya serán hombres, ¡estoy ansioso por verlos!

—¡Qué habrá sido de Daniel y su mujer! —agrega la Nereida.

—Ahora nos enteraremos. Espero no haberle complicado la vida a García con esos dos.

Más tarde, en el planeta Malo...

—¡Parece que fue ayer cuando nos vimos! —García saludando al Mutante y señora—. Pero, ¿qué traen aquí?

—Praezar, nuestro hijo.

—¡Ah, muy bien, ja, ja! ¡Hola, Praezar! —el niño miraba desconfiado al anfitrión de Malo—. Uh, ¡es el “hombre serio”!

—¡Lo mismo me decía el sodero cuando era chico! —bromea el Mutante.

—Ja, ja, ja.

—¿Novedades de los muchachos? —pregunta Roquesor.

García paró la risa:

—Creo que cumplí con mi parte. Tus doce muchachos ya son estu-
pendos guerreros.

Malo (2250)

Mujeres y niños (adagio en modo menor, violín solo) llevados a años luz de su planeta, al que vieron morir... Finalmente, Roquesor desembarca a los catanos en Malo.

—¿García? ¿El nieto de Eusebio?

—¿Conoció a mi abuelo?

—Éramos amigos. Provengo de su mismo planeta.

—¿La Tierra?

—La misma.

—Me gustaría conocerla.

—No he vuelto por ahí en mucho tiempo. Casualmente mi mujer me está convenciendo... Ah, te presento, ella es Yardía.

—¡Hola! —atento el joven.

—Hola —Yardía dándole la mano—. ¿Le recuerdo a Lana?

—¿Eh...!

—¡Ja, ja, cuidado con lo que piensas delante de ella!

El joven no acababa de entender. Jamás había visto a estos dos es-
trafalarios que le trataban como si le conociesen de toda la vida. Pero
como buen comerciante les siguió la corriente.

—Bueno. ¿En que puedo ayudarlo Don...?

—Roquesor. Alguna vez tu abuelo te habrá hablado de mí.

—No, que yo recuerde.

—¿...? —Roquesor mira a Yardía extrañado—. Bue, mira. Tengo
una propuesta un poco rebuscada que hacerte. Me interesan los niños
impuros que te traigan. En lugar de rechazarlos, me los separas.

—Pero, habrá que alimentarlos. ¿Para qué los quiere?

—Necesito formar una pequeña tripulación para un viaje que tengo
pensado. Voy a pasar un tiempo en la microdimensión así que tam-
bién iré trayendo lo que encuentre. Luego, de todos vamos a seleccio-
nar doce, a éstos los vamos a entrenar.

—¿Entrenar?

—Aquí concurren naves de todo tipo, seres de todo el universo;
pueden aprender lo que en ningún otro lugar. A medida que los vaya
trayendo nos iremos poniendo de acuerdo con el itinerario de activida-
des. Te pagaré con mercadería, tengo un par de planetas en vista.
¿Qué te parece? ¿Te convence?

—Pse, no sé. Tendría que explicármelo mejor... Y, por los catanos,
¿cuánto pide?

—Quería 2000G, pero si aceptas mi propuesta te los dejo como pri-
mera paga.

—¿¿Dos mil Galácticos de seña?!

—Tómalo como garantía y muestra de confianza. Se hereda más
del abuelo que del padre, ¿sabías?

—¡Hombre de palabra mi abuelo!

—¿Trato hecho entonces?

—Está bien —tentado por la generosa paga, García acepta el
apretón de manos—. Pero tendrá que aclararme bien lo del entrena-
miento.

—No te preocupes, vamos a quedarnos un par de días, tendremos
tiempo de hablarlo y planificar. ¿Tienes algún cuarto donde alojarnos?

—No pretendan lujos.

—Ya conozco el lugar, no hay problema.

Era un día caluroso y húmedo en la estación espacial donde Roquesor y Yardía habían aterrizado. A cien metros del Narval había un barrio de casas pequeñas, casi idénticas. La única construcción grande, el aeropuerto, completaba el pueblo en esta zona llana y despejada del planeta. Atrás de las casas comenzaban los pantanos y más allá el monte. Un brazo angosto de agua contaminada alcanzaba el lado opuesto de la pista. Casi se podía contar el total de árboles del pueblo.

—Es feo. Pero pintoresco —comenta Yardía.

—Te lo había pintado horrible para que te conformes. Vamos a aprovechar esta parada también para descansar, que en un par de días tendremos que salir a recolectar prodigios.

Miseria no es pobreza

Al carecer de lunas el pequeño Malo saturaba la noche de estrellas. Roquesor y Yardía habían decidido salir a disfrutar de una caminata.

—Hoy cuando llegamos —comenta la Nereida— al costado de la entrada al edificio del aeropuerto había una vieja andrajosa sentada en el suelo, ¿recuerdas?

—No en detalle.

—Hablabas con García. Pero luego, al entrar, pasamos en frente de ella.

—¿La conoces?

—Se llama Lana. Es una de mis hermanas.

—¡¿Eh?! ¡Quiere decir que no fuiste la única que dejó el no-espacio! Pero, ¿cómo ella envejeció y tú no? ¿Carece de alguna habilidad especial?

—¿Habilidad? Podríamos llamarla así. ¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Por supuesto.

—Fue gracias a tu habilidad. ¿Recuerdas?

—Pero si era un viejo estúpido...

—¡Tu “confiaste”!

DIOS EN CASA

En el 2266 del siglo III del calendario Vera, a bordo del Narval IV, Roquesor, Yardía y Praezar habían dejado la Tierra después de cinco años de estadía en el planeta con la temeraria consigna de viajar al no-espacio para no volver.

—Quiero pasar por un planeta antes de salir del sistema.

—¿Vas a visitar a un amigo? —pregunta la Nereida.

—Uno de los cuatro que trabajaron conmigo al principio de mis viajes. Si no me equivoco es éste el valle en donde aterricé aquella vez —señala un sector en el gráfico de la sonda.

—No parece haber más que hielo —observó la Nereida cuando entraron en la atmósfera del último planeta.

—¿Praezar duerme?

—Está jugando.

—Lámalo, dile que bajaremos.

Una vez aterrizaron, Septcéfalo y familia descendieron al suelo congelado de Plutón.

—Es detrás de aquel cerro —indica Roquesor—. Ahí lo encontré aquella vez.

—¿Cómo puede vivir alguien aquí!

—¡Mira papá! —el niño resbalando sobre el hielo.

—Vengan. Subamos a ver del otro lado.

Y ahí estaba todo, como si no hubiera pasado el tiempo.

—¡Qué original! —dice Yardía—. Mira Praezar, ¡una casita de hielo!

—¡Allá! ¡No puede ser otro con esa forma de andar!

A pocos metros del iglú, rodeado de perros, se acercaba a pié un viejo esquimal acarreando su improvisada caña y su pesca.

»¡DIOS! —el Golondrino baja resbalando—. ¡Estás vivo! Ja, ja, es increíble hermano, ¡estás igual!

—¿Perdón?

—Ah, yo siempre el mismo descuidado. —cambiando a su apariencia humana—. ¿Me reconoces ahora?

El esquimal se detuvo un instante mirándolo de arriba abajo con sus ojos chiquitos.

—No.

—Pero...

El Mutante miró a Yardía a quien no tenía que explicar lo que sentía. El viejo notó la angustia de este hombre perdido y aunque no entendía la situación preguntó condescendiente.

—¿Le ocurre algo? ¿Puedo ayudarle?

—Vea, le va a parecer chifladura lo que le voy a explicar.

—M'hijo, ¡si habré oído historias! Cuente.

—Hace mucho tiempo, conocí a alguien que podría ser usted, en un planeta que podría ser éste.

—¿Un acertijo?

—El Dios que conocí vino conmigo. Viajamos, trabajamos juntos. Fue mi amigo.

—Quizá falle un poco mi memoria con los siglos y siento decepcionarlo pero que yo sepa siempre he estado aquí y a usted no recuerdo haberlo visto nunca.

—La hipótesis de que fuera ésta una realidad paralela no había llegado a turbarme hasta ahora. Dejé este sistema solar hace tres siglos. Hace tres siglos que no visitaba mi planeta natal, La Tierra. Y desde que llegué, a excepción de mi doble, es la primera vez que alguien coincide físicamente con un viejo amigo. ¿Entiende mi situación?

—Esquizofrenia.

—Ja, ja, ja. ¡Los mismos chistes! Bah, es como si fuera él. Empecemos de nuevo. Soy Roquesor.

—Encantado. Disculpe que no lo recuerde o no lo conozca pero igual puede pasar al iglú a tomarse un cafecito, usted y...

—Mi mujer, Yardía y Praezar, mi hijo.

—Se parece al mío cuando era chico.

—Recuerdo que usted me contó acerca de su hijo. Mejor dicho, el otro usted.

—Sí, tuve uno. Irreverente, idealista.

—Lo mismo dijo el Dios que conocí.

Entraron los cuatro al hogar del anciano donde sirvió tazones de café con leche y tortas fritas.

—¡Sigue tan buen cocinero como siempre!

Praezar: —¿Me deja prender la tele, señor?

Dios: —Sí querido, podés ha...

Roq: —¡Praezar, dejá de romper las pelotas que estamos hablando! Igual, acá te van a transmitir los programas pelotudos de la Judas.

Dios: —Y, sí, la programación de la Judas es lo único que capta la antena por aquí. ¿Visitó la Judas alguna vez?

Roq: —Lo más probable es que el Dios que conocí junto a otros tres amigos en común hayan perdido la vida ahí, en una escaramuza. Yo apenas pude escapar.

—No soy tan escéptico como parece. Su historia es curiosa, ¿le importa explayarse?

—Al contrario.

“Dentro” y “fuera”

—Y, así fue.

—Y, ¿cómo pudo escapar usted?

—Gracias a un espejo roto de una vidriera. Fue la única manera de evitar que los láser me alcanzaran.

—No entiendo como alguien como yo pudo haberse prestado a tal tontería, ¡robar la Judas!

—Hasta ese momento habíamos tenido éxito. Los trajes nos daban considerable ventaja lo que nos llevó a confiar demasiado. Pero bueno, la piratería era la única forma de sobrevivir viajando, y ¡conocer el universo!

—¿Y qué esperaban encontrar ahí fuera?

—¿Ve?, ¡su doble me hizo exactamente la misma pregunta!

—Y, ¿qué respondió usted para convencerlo?

—Que lo decía por envidia. ¡Quién iba a preferir quedarse pescando en un agujero a viajar por el universo!

—Venga —invita al Mutante a salir del iglú—. Fíjese, no hace falta más que el círculo y la recta —señalando el hoyo en el hielo con la caña de pescar yaciendo a un costado.

—Puede definir el universo con el círculo y la recta, pero conocerlo...

—¿Por qué no? Vaya donde vaya no hay más experiencia que ésta. El círculo es el objeto en cuestión, llámelo universo, silla...

—Y la recta cartesiana el sujeto, el hombre como medida de todas las cosas, ¿no?

—Conoció a Protágoras.

—No personalmente. Nació unos siglos antes que yo.

—En resumen, así uno “conoce”, define lo que experimenta.

—Luego un “más allá” —Roquesor bufando.

—¿Acaso no es lo que busca usted con sus viajes?

—Perdone. Pero hay radical diferencia entre inferir algo que supera al propio entendimiento, no definirse como un círculo cerrado y salir en busca de ello...

—¡Qué romántico!

—... a, por el contrario, garantizar la existencia de un más allá, parcelarlo y venderlo a los imbéciles. Esto último es presuntuoso. Y falso.

—Bueno, como usted con la piratería, de algo hay que vivir.

—Usted cierra el círculo de lo que conoce y mitifica lo que no, cerrando otro círculo análogo. Luego pretende poseer ambas cosas. ¿Cree “vivir” vendiendo baratijas? Su fórmula, señor, se agota en sí misma.

—¡Ah, mocoso maleducado! Debo admitir que algo de razón tienes. Pero ya soy demasiado viejo como para andar jodiendo por ahí haciéndome el aventurero. Esta vez no iré contigo.

Praezar: —Papá. ¡Mira qué perro más grande!

Roquesor: —¡La Zelandia, vive!

Dios: —¡Chungui!, vení a saludar a la gente —la dogo se arrima a paso cansado moviendo el rabo—. Aquél ratonero es el Pluma, el negro es Fabián y aquél pomerania con pequinés que pone cara de malo en la puerta de casa es el Lucas.

—¡Quiero un perro como éste, papá! —Praezar acariciando la dogo.

—¿Un perro en la nave? Dejálo acá que tiene donde correr.

—Entremos de nuevo al iglú —propone Dios una vez más—. Aquí fuera nos vamos a congelar.

—¡Me encanta su casa! —elogia Yardía— ¡Quién iba a decir, en un lugar tan frío una vivienda tan acogedora!

Al caer la noche la familia decidió seguir camino hacia las estrellas. Habían pasado horas amenas jugando a El Estanciero, mate y tortas fritas de por medio.

Dios: —Bueno. No sé si volveremos a vernos. Ya saben que aquí tienen donde parar.

Roq: —Maestro, si usted vive es probable que él también. Le he presentado a mi familia, seguro él la verá en sueños y se alegrará al saber que estoy vivo y feliz. Nos vemos, viejo.

Dios: —Chau. ¿Agarraron las empanadas que les preparé para el camino?

Yardía: —Acá tengo el paquete. Praezar, saluda al señor que nos vamos.

Praezar se acerca a darle un beso al viejo.

El cuerno helicoidal del Narval ya apuntaba hacia fuera. El viejo saludaba sonriente, agitando su mano áspera y gorda.

—¿Vamos a ver la tele un rato, Chungui? Hoy vi anunciada una comedia bárbara en la Judas, trata de un adolescente feo y estudioso que es maltratado por sus compañeros del secundario... ¡No me pongas esa cara! Tenés razón, mejor vamos a pescar.

Individuos

«Gigantes cabalgan sobre las montañas del tiempo. Partículas del universo, ondas de luz. Milenios.»

IX

LAS LENGUAS DE FUEGO CONVERGEN EN LA MARMITA

Roquesor 1, 2266. Fuera de la atmósfera terrestre.

Luego de cinco años de estadía en la Tierra, Golondrino y familia partían rumbo a la microdimensión.

«Je te ame, Terra. But la veritat és I'd come to destroy you. Ma, questa non é la mia responsabilitat, ya que es probable du bist nicht maine Geburte Erde. [...] Ich flog un quatre de may del nisenichi. Watashi no...»

No era la primera ni la última. El Septcéfalo, estático como reptil, escudriñaba con ojos inexpresivos el que quizá había sido su planeta. ¿Qué otros mundos eran éste mismo?, ¿qué otros seres se escondían detrás de esos mismos seres? ¡Cuánto escaparía a su mirada!

»No, ¡soy yo quien juzga! Debo ser responsable de mi visión, entender de una vez por todas que soy yo, siempre he sido yo...»

Praezar: —¿Y papá?

Yardía: —Está ahí afuera.

—¿Espera a alguien? —mira por la ventana del Narval.

—No, está pensando.

—¡Que venga a pensar acá dentro y nos vamos de una vez!

—Está tomando una decisión importante.

Una vez más, flotando en el espacio negro, el Mutante juzga:

«Tierra, te absuelvo. Después de todo una parte de mí permanecerá aquí contigo.»

La mirada del reptil

Roquesor 2, desierto patagónico, 2300 (IV d. B.).

Mestizo: —¿Qué trajiste de bueno?

Gloss: —Una iguana.

—¡Nos vamos a cagar de hambre con eso!

—También conseguí unas raíces.

—Bueh, algo es algo. Eh, ¿estás seguro de que está muerto ese bicho? Me pareció verlo coleando.

—Esta vivo. Puede permanecer inmóvil largo rato. Parece de piedra.

—Como aquél.

—¡El viejo! Ja, ja. Y ahora, ¿qué le pasa?

—Hace una hora que está ahí, duro como una tabla, mirando el desierto.

—Estará pensando.

El joven caminó hasta el Mutante y le susurró cómplice.

—Eh, viejo, ¿en qué piensas?

—En el mañana.

—¡A esta altura del partido pensando en el futuro, hermano!

—Tenés razón. No sé para qué he vivido tantos años. Habría sido mejor irme con mi doble, al espacio.

—Sabes que mi familia materna viene de ahí y, ¡lo que ha vagabundado su gente a lo largo de la historia! Por lo que mi madre y mis abuelos me han contado, allá arriba es lo mismo que aquí.

—Entonces, terminaremos nuestros días en este desierto. Tiene sentido, ¿no?

—Pse...

—Tiene más vida que todas las ciudades superpobladas en las que he vivido.

—No nos amarguemos más —palmeándole la espalda—. Vayamos a cocinar el bicho que trajo el colega.

Las Nuevas Tablas

Primero: «Venid a mí, inocentes, ¡con gusto os apalearé! Sois culpables desde el instante en que os sentís inocentes. No hay inocencia sin culpa. Declaro la *inocencia* el peor de los pecados.

Segundo: »¿A cuántos más vas a ignorar? ¿A cuántos des-creditaste para justificar tu desidia? ¿Crees liberarte? Pues la indiferencia es tu esclavitud. Si no te aceptas, si no te quieres, mátate o ven, que yo mismo te ayudaré a morir. Que nadie justifique su desidia en los demás. Declaro la *desidia*, madre de la muerte, el más corrosivo de los pecados.

Tercero: »¿Qué cualidad justifica al hombre? Procura valorar tu inteligencia por sobre el resto de tus habilidades que en las otras cualquier bestia seguro te supera. Si para algo hemos venido a este mundo seguro ese algo justifica nuestro intelecto y viceversa, incluso si nuestra función es la de un cáncer. Declaro que aceptar y fomentar la *idiotéz* es falta retrógrada y dañina.

Cuarto: »Al viejo dicho “Lo cortés no quita lo valiente” añadido “Toda descortesía es cobardía”. ¿Quién pretende sacar ventaja sino el que se siente menos? Son los energúmenos y los cobardes quienes no hacen del respeto una forma de vida. Declaro a la *falta de respeto*, falta de inteligencia.

Quinto: »En el débil todo se mezcla, todo se ensalza en mediocridad. Hay ciertas felicidades que no ha conocido ni conoce, por ende no anhela. Luego se embriaga en auto-destrucción. ¿Debilidad moral o intelectual? Para el débil no hay discernir que valga, todo da igual. Apostar a la debilidad es negocio del demagogo, sobre ésta se “de-construye” el hombre y la sociedad se transforma en

“plataforma aplastante” sobre nuestras cabezas en lugar de “puente al futuro” bajo nuestros pies. Declaro la *debilidad* culpable de la decadencia social.

Sexto: »¿Cuál será tu próxima argucia? ¿En qué pequeño agujero te ocultarás mañana? ¿Temes a la muerte? Pues, te digo, sufres por cuidar lo que no tienes, ¿no lo ves?, ¡ya estás muerto! La cobardía transforma al inteligente en necio, luego en idiota. A la mujer angelical en víbora, al atleta en lisiado, al sabio en ignorante. Declaro la *cobardía* ignorancia de la vida.

Séptimo: »El dinero no tiene valor en sí mismo. Igual que el resto de las apariencias es fútil. Quienes viven corriendo tras él se pierden y lo que es peor se vuelven mezquinos y miserables. Aunque a los ojos del resto naden en la abundancia, les aseguro, ¡echen un segundo vistazo y contemplarán su miseria! Se tenga o no dinero, la *mezquindad*}, “*priva de todo*”.

Octavo: »La *superficialidad* es falta de confianza, es el verdadero “derrotismo”.

Noveno: »Sacar ventaja alarga el camino tres veces. ¿Te crees listo? ¡Cuando menos lo esperes te golpearás la frente contra aquello que tu *picardía* creía haber dejado atrás!

Décimo: »A ti, que señalas y acusas, ¡Autoritario!, dices. A ti, que hablas en nombre del amor, de la libertad, de la igualdad de los hombres... ¡Cínico! Haz algo, esgrime una idea de tu propia factura, por una vez atrévete a pensar y decidir por ti mismo, a brindarte, a brindar algo de ese amor con el que llenas tu boca y ¡verás!, verás los dedos detractores de tus colegas, los desidiosos, los cobardes, los verdaderos autoritarios volverse hacia ti, acusándote, como tú has hecho con otros, de *fascista*.»

Habló el Mutante al desierto, delante de los doce nómadas.

El perro

Mestizo: —Lástima no tener una filmadora.

Humano: —¡Si hubiera un molino cerca nos partimos de la risa!

Gloss: —No sé ustedes, pero el único mandamiento que oigo es el de mi estómago.

Calvo: —A mí la iguana esa me llenó las caries —dice otro humano acercándose al grupo—. ¿Qué está haciendo el boludo aquél?, ¿habla solo?, ¡ya delira del hambre!

Apenas se había ocultado el sol en el horizonte nítido del desierto. Los doce jóvenes nómadas rodeaban el fuego. El Mutante yacía de pie a cuarenta pasos del fogón con la mirada perdida entre las piedras redondeadas por el viento y los pequeños arbustos. No había más que decir.

Maobac: —¿Vieron eso?!

Mestizo: —¿Qué?

—Allá, a unos veinte metros de donde está el viejo, una sombra, creo que es un bicho... ¡Ahí está de nuevo! ¿Lo ven?

Gloss: —¡Y este viejo pelotudo dando discursos a la Tierra! ¡Ey, Rocoso, o como te llames!

Humano: —Shhh, ¡vas a espantar al bicho!

Mestizo: —¿Quedó alguna trampa preparada?

Maobac: —Sin un buen sebo...

—Entre todos lo podremos encerrar —se levanta cuchillo en mano el Calvo incitando al grupo.

—¡Vamos! —se levantan todos agarrando palos y lanzas hechas con caña de tacuara.

Roquesor ni se inmutó. Ya había visto al perro vagabundear en los alrededores a distancia prudente, siguiendo al grupo desde kilómetros, seguro de pescar algún hueso en las cenizas de los fogones que iban dejando. Y así cayó la noche sobre el desierto futuro con la imagen prometedora de aquellas doce almas corriendo y trastabillando tras el perro flaco.

COMO NARVAL EN EL AGUA

Planeta Tierra 2261.

Un grueso haz de luz cae vertical sobre el Atlántico. La ballena gigante, zambulléndose en este nuevo aunque conocido medio se materializó al tocar el fondo del océano. Una vez en el agua la única guía era el instinto.

Yardía: —*Ya estoy aquí.*

Roquesor 1: —*¿Puedes sentirme?*

—*Sí.*

—*Te esperamos.*

Roquesor 2: —*¡¿Ya llegó?!*

R1: —Pero hasta aquí tendrá que venir nadando. No tardará de todos modos.

—Traeré el submarino.

—Antes de subir podemos dar una vuelta, ¿no? Ella quería conocer Pórlan.

—*¿Vas a dejar tu nave acá?*

—*¿Se te ocurre un lugar mejor?*

A los pocos minutos la sombra se hizo presente a metros de los Gollondrinos que esperaban con traje y escafandra de pie sobre el fondo del océano. La oscuridad densa deformaba en fragmentos ondulantes la imagen de por sí imponente del Narval que se desplazaba con avasallante lentitud. Ocultos bajo el vidrio cóncavo del casco, los ojos del Mutante de la Tierra distorsionaban aún más la visión. Sin embargo veían con la claridad con que uno ve cuando mira hacia dentro, despacio, muy despacio, hasta detenerse en el tiempo. No se notaban las lágrimas, era su orgullo el que lloraba, con alegría inmanente, sabiéndose dueño de una cordura a la que pocos ostentan.

R2: —Valió la pena haber vivido tantos años. Sólo con imaginar lo que habrás visto y vivido ahí arriba...

R1: —Y agradezco poder ahora compartirlo.

—Hermano, amigo, no sé como llamarte. ¿Crees que habrá algo allá afuera?

—*¿Por qué no?*

—¿Será también parte nuestra?
—¿Qué te hace más feliz, el conocimiento o la duda?
—Inferir lo que soy. Ser más allá de mí mismo. El océano...
—El espacio, el vacío, el cosmos...
—En el fondo soy feliz.
—Yo también.

La roca y la ola

—Esas cosas que...
—¿Sí?
—... que no pueden decirse son las que más me...
—¡Hazlas!
—No.
—¿Por qué?
—No puedo decírtelo.

LAS ENSEÑANZAS DEL SEÑOR ROQUESOR

Los doce guerreros

2267, microdimensión.

Trac: —¿Qué cagada me mandé, casi me mata!

Roquesor: —El cansancio desconcentra. Habíamos corrido mucho.

Una vez acabado el ejercicio con el hombre mosca el Golondrino y sus nuevos discípulos atravesaban a pié las zonas pantanosas del planeta Malo, de regreso al pueblo.

»Espero que García nos tenga preparado algo —Roquesor masajéandose la panza—. Me comería un dinosaurio.

Trac: —No has perdido la costumbre.

—¿Te acuerdas? Eras pequeño. A propósito, ¿tus padres?

—Cuando los dejé en Prometeo estaban todos bien. Pero eso fue hace siete años.

—¿Todos?

—Tengo cinco hermanos.

—¡Muy bien! ¡A ese ritmo van a poblar el planeta en dos días! Bueno, eso ayudó a que te dejaran venir. Tienen con qué entretenerse.

—No sabes lo que luchó papá para convencer a mamá.

—Maestro —pregunta otro de los jóvenes llamado Estero—, ¿Cuándo vamos a emprender ese viaje?

—Recién llego —contesta el Mutante—, quiero conocerlos un poco más. Aunque, confieso que estoy sorprendido. Se nota que García ha sido exigente.

—Nos hace levantar temprano para correr —cuenta Coma, otro de los elegidos—, luego pelear en el gimnasio, estudiar...

—Hemos aprendido a reparar y pilotar muchos vehículos y naves —agrega Loto, alto y desgarbado.

—¿Quién es bueno con los números? —pregunta el Golondrino.

—Él —señalaron todos al más bajito.

—¡Zeno! Había olvidado por qué te traje. ¿Sigues fabricando computadoras tu papá?

—En la última carta que recibí de él me comentó que ya implantaba partes de cerebro orgánico a las máquinas —respondió el joven oriundo de un planeta cercano a Malo.

—Interesante. Uno de estos días iremos a visitar a tu padre.

Cuando llegaron, García tenía preparada la cena. Sentados los trece en una mesa larga comieron un alimento balanceado similar a la soja de la Tierra. También algo de carne, vegetales y frutos grandes.

—Cuando era chico —dice Horacio, apodado así por el Golondrino porque nació esclavo y no le gustaba su nombre original—, comer me hacía comprender ciertas cosas. Ahora en cambio, tener el estómago lleno me desubica.

—Este viaje, pensar en qué habrá más allá del no-espacio da un poco de miedo —acotó Cuarenta y dos, rescatado junto a Horacio por el Golondrino.

—El solo hecho de conocer el no-espacio cambiará sus caras —afirma Roquesor—. ¡Qué es esa apatía, son jóvenes para estar tristes! ¡Nos vamos a cagar de risa viajando, ya van a ver!

—¡Cómo se toma las cosas, Maestro! —elogia Gamba, un muchacho de tez roja—. ¿Cómo hace?

—Redefinamos “hombre” —el Mutante poniéndose de pie en la cabecera de la mesa—. Redescubramos entre todos una nueva forma de ser, de vivir. Ayúdenme.

El hombre

Patagonia 2300, Roquesor 2

Habían terminado de cenar perro asado. Los doce nómadas junto a Roquesor se miraban sin saber qué decir o pensar. Roquesor se reía al verles las caras sucias y hambrientas.

—Viejo —Calvo, dirigiéndose a Roquesor—, ¿de dónde sacas tanto entusiasmo? ¿Qué clase de hombre eres?

—Alma de niño pobre, corazón de animal salvaje y ambición intelectual de un dios. Siempre he sido así.

¿ARTIFICIO NATURAL?

Nadie puede asegurar que la causalidad satisfaga a algo más que a sí misma. Tampoco podemos asegurar lo contrario.

X

FIN DEL SIGLO XX

Asistimos a una época de caos. El desorden, la disonancia actual, es parte de un ciclo ya conocido; tensión que precede a la calma, guerra que precede a la paz. Visto así, como el punto de tensión dentro de un drama, todo cobra sentido, la guerra podría ser “dolor de parto”. Hablando de grandes ciclos, la criatura que nazca de dicho parto no depende de uno, diez o quince, sino de cuantos individuos habitamos el planeta y lamentablemente, salvo raras excepciones, la mayoría ni siquiera es consciente del pequeño ciclo de su propia vida. ¿Se puede tildar estos conjuntos y subconjuntos de eternos retornos de mera racionalización? Siendo “conciencia” y “libre albedrío” las características que lo distinguen de los bichos de diferente tamaño que andan, nadan o se arrastran, ¿qué sentido tiene el hombre sin memoria, sin responsabilidad, sin historia? ¿De qué ha servido tanto errar y errar? ¿Serán la conciencia y la racionalización de la existencia sólo fotografías más o menos logradas de lo ocurrido? ¿Será la apatía actual—ese engaño patológico de “vivir el presente” tan de moda— fruto de la impotencia frente al devenir que la conciencia nos revela?

Voy a decirles lo que pienso. Al igual que “vivir el presente”, las ideas obsesivas son moneda corriente para quienes no se detienen a analizar. Por ende pierden el control y la ubicación. La mierda que el

mundo es, es responsabilidad de estos irresponsables. Si las notas de un acorde salen de los armónicos de un sonido, ¿no es el concepto “tonalidad” coacción entre naturaleza y hombre? Somos parte del gran juego al que los desidiosos llaman azar.

No nos engañemos con obsesiones baratas, la “lógica” forma también parte de ese azar, de ese error.

“Esto lo inventó fulanito en tal fecha”, dice el obsesivo, “Esto no tiene nada de novedoso, ya fue hecho”.

Lo creado por el hombre nada tiene de novedoso en el sentido que dan a la palabra “novedad” aquellos que nunca han tenido ni siquiera la pulsión de dar a luz. ¿Elegido? Quizá depende de cada cual sintonizar o no con la pulsión, las obsesiones son producto de la desconexión, la lógica mal entendida puede transformarse en continuos callejones sin salida. Fíjense en aquellos que pretendiendo lograr algo “novedoso” se envician en una concatenación de inventos inútiles de no mayor valía que cualquier hábito o vicio.

Responsabilidad no es sinónimo de control absoluto, podemos de hecho inferir, crear e incluso tener cierto control sano, partiendo de la sintonía con eso a que llaman “caos”, “azar”, “inconsciente”, sin caer tampoco en una imagen lograda y estática de esta conexión o sintonía que es el callejón sin salida obsesivo, racional, a que tiende la influencia de la religión en las masas; conceptos como Dios, Nirvana, Zen, Tao, son interpretados como paraísos cuando deberían ser interpretados como axiomas.

En resumen, para crear hay que dejarse crear. “Somos la creación y el creador.”

LA ÚLTIMA CENA

Roquesor 2, Patagonia 2300.

«A ver, viejo. Cuéntanos sobre la guerra.»

Bajo el cielo estrellado del desierto, sentados al fogón donde habían cocinado el perro los doce nómadas se prestaron a oír atentamente el relato del Mutante.

—Había rejuvenecido —empieza el Golondrino— gracias a una inexplicable experiencia paralela con mi doble. Cuando él partía por segunda vez hacia el espacio aún eramos jóvenes. Igual de jóvenes que cuando la primera... Ay, ¡cómo habría sido todo de haber yo podido dejar este planeta aquel cuatro de mayo de dos mil uno!

—Ey —interrumpe el gloss—, ¿nos vas a contar lo de la guerra o agobiar con uno de tus relatos surrealistas?

—¡Surrealista es tu cara, pendejo! —Roquesor caliente—. ¿Vas a dejarme hablar?

—Eh —reclama el resto—, deja que siga.

—Okey, okey. Era broma.

—Mi doble —sigue Roquesor— volvió con la idea de destruir este planeta y, créanme, contaba con los medios para hacerlo.

—¿Por qué iba a querer destruir su planeta natal? —pregunta el Mestizo—. ¿Tuvo una niñez infeliz?

—Justamente lo contrario. Nuestra niñez fue hermosa. Vimos la estupidez humana deteriorar ese mundo año tras año; cicuta lenta, con el mundo también nos hundíamos nosotros. Al igual que yo, juró vengarse. Supongo que al verme decidido a quedarme y pelear desistió de hacerlo. Respeto.

—¡Nos habría ahorrado tanto sufrimiento inútil! —acota uno de los humanos, llamado Amalio.

—También podría haberme ido con él. Como antes les dije, cuando había intentado dejar este planeta en la primera oportunidad mi nave no despegó. Interpreté esto como señal del destino; quizá por eso no he vuelto a intentarlo. Y no me arrepiento. Aunque, me habría gustado dilucidar el misterio de nuestra duplicación o doble realidad, probablemente él ya lo hizo.

2267, microdimensión (Roquesor 1)

—García —Roquesor desde la cabecera de la mesa—, ¿sabes de alguna otra forma de entrar o salir de este órgano además del 22-B?

—No.

—Cuando nos vimos por primera vez, negaste haber oído a tu abuelo hablar de mí. ¿Estás seguro de eso?

—Que yo recuerde...

El Golondrino del espacio miró a la Nereida quien ya sabía qué pensaba; luego dijo a los jóvenes.

—Probablemente sea cierto lo que sospechábamos con mi doble de la Tierra acerca del universo. Espero encontrar una tercera posibilidad.

Los comensales quedaron callados ante el confidente y sorprendente comentario del Mutante.

El relato (Roquesor 2)

»Los maobac —sigue Roquesor en el desierto— se abstuvieron de molestarte mientras mi doble permaneció en la Tierra. Bastó que éste se marchase para que se zambulleran incansables a cazarme como a un animal. No podía casi salir del mar; ahí, por suerte, no me alcanzaban ni con el mejor submarino.

—¿Por qué tanto interés en encontrarte? —pregunta el Mestizo.

—Del gobierno no saldrían caudillos, estaba comprado. Causaba gracia ver cómo en los primeros levantamientos civiles en pos de los 'derechos humanos' la misma policía y ejército humanos reprimían a su propia especie defendiendo los intereses maobac. Esta guerra comenzó con guerrillas, no era posible de otra forma puesto que demográfica y culturalmente humanos y maobac estaban mezclados. En pocos años el mundo se volvió caótico, las calles no eran seguras, podía haber un levantamiento armado de un momento a otro y la mezcla era tal que ya no se distinguía quién peleaba contra quién ni por qué. Los jefes militares maobac sabían que yo podía aprovechar la confusión religiosa de los fanáticos, Roquesor de los Ejércitos, llegó a llamarme un tarado, citando antiguas escrituras. A esas alturas me limitaba a observar desde el mar sin atinar a nada, no por cobardía sino porque era evidente que una guerra franca ya no tenía cabida ni sentido.

»Diez años más tarde la vida en sociedad era cosa del pasado. Las nuevas generaciones tanto humanas como maobac eran analfabetas; los niños aprendían a manejar armas en vez de a leer y escribir. Como lo había yo predicho un siglo antes la cultura yacía bajo escombros y este renacer era triste, desolado y traumático. La arquitectura posmoderna de las grandes ciudades contrastaba con la superficialidad

salvaje de los individuos. Sin embargo todo esto era un simple resfriado comparado con lo que venía: en excavaciones profundas, después de la tenaz búsqueda que se había prolongado décadas, encontraron al fin el dulce exótico, la *letonita*. La Tierra albergaba el mineral magnético tanpreciado; cerca del núcleo del planeta se hallaba casi en un 40% de pureza. El fin era inminente, el planeta de los humanos ya era apetecible a los ojos del universo.

»Así, acabando de complicar las cosas, llegaron quienes según mi doble del espacio eran los más profesionales y efectivos a la hora de tomar un planeta: los ejércitos mercenarios gloss. Desde siempre mi intuición había sido mi mejor aliada; presintiendo que a la larga algo así sucedería había reclutado indistintamente maobac y humanos.

—Entonces —acota Calvo—, tanto los religiosos humanos como los políticos maobac estaban en lo cierto. Formaste un ejército.

—Tenía un recurso —siguió Roquesor—. Mi doble había cumplido con su palabra de ayudarme con el convertidor de masa que...

—Momento —interrumpe el maobac puro—, ¿qué es eso?

—¿El convertidor?

—Sí —asiente el grupo.

—Más que un acelerador es un ‘sintonizador’ de partículas. Permite viajar a velocidades superiores a la de la luz.

—¿Y? —el mestizo con cara de saberlo todo.

—La diferencia con los propulsores a letonita es sustancial. Este aparato transforma la materia en luz. Así, en forma de luz, se puede trasladar desde un individuo hasta un planeta entero. En sus primeros viajes mi doble lo perfeccionó hasta hacerlo tan pequeño que adosado a la espalda de mallas de un metal muy liviano completaba un traje individual no menos cómodo que la ropa que llevamos puesta. Eso fue antes de conocer a las nereidas.

—¡Uh, cada vez la complica más! ¿Nereidas?

—Las conoció en el no-espacio. Gracias a ellas no sólo rejuveneció, pudo desplazarse a velocidad luz sin ayuda del traje.

—Me las imagino con sus alitas y varita mágica —riéndose Amalio.

—Así la disfrazaba yo a tu hermana cuando me la garchaba —el otro humano le toma el pelo—. ¡Nereidas, no hadas, pajero!

—¿Qué es “garchar”? —pregunta el gloss.

—Es justamente lo que hicieron las nereidas con mi doble —Roquesor haciendo el ademán.

—¡Bueeeeno! —el relato cobraba interés.

—Una a una hasta la última. Y con cada una que lo hacía, más rejuvenecía. Gracias a esta experiencia acabó de mutar en el monstruo que actualmente es. De hecho una de ellas es su actual mujer.

—Y, ¿qué es exactamente eso del “no-espacio”?

—Después de mucho discutir con mi doble, la teoría que mejor cierra es la de universos paralelos. El no-espacio es el pasaje entre ambos. Y, mi doble no fue ni el primero ni el último en aventurarse. Pero me estoy yendo del tema, ¿en qué estábamos?

—En lo del convertidor de masa.

—Ah, sigamos. Mi ejército no era numeroso pero este recurso le otorgaba colosal ventaja. Y antes de reclutar a nadie me había ocupado de acabar los trajes; con gran dificultad llevaba al fondo del mar el material necesario para confeccionarlos.

—¿Tenías la fábrica bajo del agua?

—En eso ocupé mi tiempo mientras permanecía refugiado. El Roquesor del espacio no sólo me ayudó con el convertidor. Durante su estadía en la Tierra se apareció con un obsequio contundente: el templo flotante maobac.

—¡¿Eh?! —reaccionaron el mestizo y el maobac—. ¡Él fue quien lo hizo desaparecer!

—Con el mismo convertidor de masa, que aún le prestaba ese servicio, llevó vuestro templo al fondo del mar.

—¡Hijo de puta!

—El salón era grande como para albergar un batallón. Trabajando como costurera hacendosa, acompañado por los peces que me miraban desde las ventanas, en un año confeccioné mil trajes, mientras que con mi nave submarino trasladaba a quienes convencía para instruirlos en el uso de los mismos. A veces quince hombres, a veces dos. Poco a poco.

—Tu voluntad te hace temible, viejo —agrega el humano adulto, llamado Astemio.

—Ni la voluntad ni el ingenio bastaron. No podíamos estar en todos lados. Las fuerzas armadas de la Tierra, los ejércitos maobac, civiles, incluso mujeres y niños tuvieron que aplicar lo que habían aprendido en los diez años de peligro aunque ahora sí en una guerra como nunca la humanidad había vivido.

»En los barrios más pobres —sigue Roquesor— la gente alucinaba por el hambre y ni reaccionaban al ver bajar los “carruajes del sol”, como oí decir a un viejo, que una vez se estampaban contra el suelo vomitaban centenas de soldados gloss armados hasta los dientes y no mataban las hormigas porque no las veían. Tampoco se la llevaban gratis, a veces estos carros volaban en pedazos antes de llegar al suelo; los cazas de la Tierra fueron la herramienta más efectiva, potenciada por el hecho de que en tal situación preocuparse por muertes inocentes era una idiotez. Por sentido común trasladaban mujeres y niños a este continente, al que llamaban Sudamérica, apartado de las más altas concentraciones demográficas del norte, donde los gloss estratégicamente atacaron primero. Salvo el mío, del que nadie se percató del principio al final de la guerra, un refugio fijo era impensable, por eso ya desde entonces comenzaron a migrar de a grupos pequeños como el nuestro, refugiándose en bosques y montañas. Si ustedes están aquí, es muy probable que sus antepasados hayan sido de éstos. Porque no se hizo esperar la primera bomba atómica, que estalló en el lugar en que fue detonada, en una ciudad importante del norte en plan suicida. La segunda estalló en centro oriente y a duras penas, evadiendo radares, pudieron lanzar una tercera a lo que llamaban Europa. Los ejércitos gloss y maobac cubrían este hemisferio como un manto de muerte.

»Hasta ese momento, mis guerreros y yo habíamos trabajado a nivel sobrehumano. Por las características del funcionamiento de los trajes y nuestro número irrisorio comparado con la cantidad de soldados armados que pisaban el suelo terrestre, nos movíamos de manera azarosa, estábamos donde podíamos o donde nos dejaban, salvando mujeres y niños, defendiéndonos de soldados gloss, humanos o maobac puesto que ya no pertenecíamos políticamente a ningún grupo. Las circunstancias nos obligaban a funcionar de manera aleatoria, como mucho de a dos, generalmente uno solo, como ángel luminoso, matando o salvando gente. Entre incursión e incursión nos reencontrábamos en el refugio; ya cargado de mujeres y niños, no entraba un alfiler. El telón

bajó cuando el enemigo invencible apareció en escena: la radiación nos hizo huir a todos.

»Con el convertidor de masa llevamos el templo lo más al sur posible. En las primeras semanas ni se nos ocurrió asomarnos. Sólo yo, que podía respirar bajo el agua y soportar la presión, salía a pescar. Luego comenzamos a animarnos a ir a la superficie en pequeños grupos a buscar frutos; ¡gracioso hubiera sido salvarse de la radiación y morir de escorbuto!

»De estas incursiones al “mundo exterior” mis compañeros volvían afectados, algunos murieron. La radiación los tenía comprensiblemente preocupados. Dado que el templo era una nave espacial, para salir del peligro a uno se le ocurrió ponerlo en órbita pero, ¿cómo se alimentarían? Recuerdo cuando otro imbécil maobac, sabiendo que necesitábamos espacio para vivir, puso problema a la hora de vaciar los “pasillos cementerio” que se abrían del salón central en forma de seis brazos en estrella, ¡Las cenizas de mis antepasados!, gritaba el bolido, hasta que otro maobac lo calló de un sartenazo en la cabeza.

—En una situación de peligro real te das cuenta de lo ridícula que es la gente —acota el humano más bajito, llamado Máximo.

—Lo que viene es peor —sigue el Mutante—. Después de varias salidas a la superficie comencé a comprender que la radiación a mí no me hacía ni cosquillas, así que, envalentonado, con mi traje patrullé a velocidad luz más y más al norte. En estos viajes no tardé en darme cuenta de que de la guerra sólo quedaban grupos de mutantes esparcidos aquí y allá con los que mantuve no pocos enfrentamientos disputando la caza y los vegetales no contaminados que tanto tiempo me llevaba hallar. Me sentía responsable de procurar comida al templo, ¡qué idiota!, ¡qué imbécil me sentí el día que regresé y ya no estaban! ¡La radiación no había podido conmigo pero la indignación me comió por dentro!

—Pero, ¿adónde fueron? —pregunta Calvo.

—Si se ocultaron en algún lugar de la Tierra no lo llegué a averiguar. En ese momento se me ocurrió la posibilidad de que los hubiera rescatado alguna nave maobac enviada desde otra colonia.

—Eso iba a decirte —comenta el Mestizo—. Mi abuelo, por ejemplo, escapó en una nave de rescate de un planeta en guerra. ¿Había en el templo algún artefacto capaz de emitir ondas de radio?

—Sí, pero yo no dejé que lo usaran, podía delatar nuestra posición. De todos modos, lo más factible es que los hayan esclavizado.

—¿Quién? —pregunta el gloss.

—El que mandó a tus parientes. Y no se le ocurrió que los imbéciles humanos utilizarían armas nucleares en su propio planeta. De haber tenido esto en cuenta habría esperado antes de venir a explotarlo.

—¿Esperado cuánto? —pregunta Máximo.

—Los esclavos son recurso renovable pero si se te mueren a los dos días de estar trabajando supera el costo a la ganancia. No es fácil esclavizar y acarrear gente de un planeta a otro. Hoy día las minas ya podrían ser explotadas. ¿Esa era tu inquietud?

—¿Quieres decir que pueden caer en cualquier momento?

—Podrían estar ya trabajando y nosotros aquí, ni enterados. Y como antes dije, los “listos” del templo, también entre los esclavos. No es nada raro que hayan sido interceptados por mi “amigo”. ¡Regalo consuelo le hice, envuelto y con moño cintita!

—¿Qué amigo? —dice el gloss.

—No apure, m’hijo —se rasca la nariz y sigue—. Vagué solo, de norte a sur, de este a oeste, durante meses. La tensión de la guerra se aplacaba. Ya saben, la desgracia confraterniza a unos, a otros enfrenta; grupos, indiferentemente de su especie o ideologías, comenzaban a cooperar para sobrevivir. Las ciudades eran desiertos interminables de escombros y metal. La gente escudriñaba, comía lo que encontraba; daba igual morir de radiación que de hambre. Por eso muchos permanecían ahí a pesar del riesgo. Otros elegían migrar, como actualmente nosotros.

»Un joven capitán había heredado la vocación de su abuelo. Patricio era el nieto predilecto del Teniente Coronel Jusepe Bonachone, descendiente de una casta de comerciantes de Temático, curioso planeta que mi doble hizo volar en pedazos creyendo vengarse.

—¿Vengarse de qué?

—Temático estaba superpoblado. Fingieron contratar a mi doble para optimizar el traslado de gente pero lo metieron preso e intentaron robarle la nave. Luego, más que trasladar, el mismo Bonachone vendía su propia gente como esclavos.

—¡Buen tipo!

—Lo mismo puede decirse de mi doble, que competía con Jusepe en el tráfico de mujeres y niños. Este oficio los convirtió en avezados navegantes. La prueba está en que el Jusepe Bonachone del que hablo, abuelo del Capitán Patricio, era del universo de mi doble. Si Patricio llegó hasta aquí es porque él, su padre o su abuelo cruzaron el no-espacio.

—Entonces, ¿Patricio también se “enfainó” a las nereidas?

—Lo dudo mucho. De haber adquirido Patricio las habilidades de mi doble estaríamos todos muertos. Es probable que en el no-espacio ya no haya nada de lo que mi doble vio ochenta y cinco años atrás. Es más, hoy día ya habrán encontrado la forma de cruzar de manera segura, convirtiéndolo en ruta normal de navegación comercial.

»Volviendo a la historia de este planeta. Al adorable nieto de Jusepe nadie se le adelantaba a la hora de tomar un planeta rico en letonita, ya sea por vía política o bélica, para luego sistemáticamente esquilarlo o venderlo. Conocedor de su oficio, estimó el tiempo que tardarían sus empleados, los gloss, en “hacer limpieza” y sin apuro vino a recoger lo “suyo”. Sorpresa para el nieto de puta encontrar la mercadería hecha mierda. Había bajado con un séquito de naves a una de las que habían sido grandes ciudades; patrullaban, él y sus hombres, enfundados en trajes a prueba de radiación cuando la providencia jugó su carta. Acababa de derribar a algunos infectados que le hicieron frente cuando me divisó. Él mismo vino a cazarme, pero se desengañó cuando a mitad de camino me chequeó con el DCI (Detector de cromosomas impuros), de no haberme tomado por espécimen sano no se habría molestado. Cuando vio mi cuerpo adquirir el aspecto de un holograma y multiplicarse creyó que era el reflejo del sol en el cristal de la escafandra y ante el peligro de no ver a su oponente decidió quitársela. Fue cuando vi su cara y ocurrió lo que ya les conté.

—¿Cómo este imbécil logró tanta fama y poder? —pregunta el joven gloss.

—Y —Roquesor encogiéndose de hombros—, era hábil para los negocios.

Y cayó del cielo

La llama del fogón empezaba a menguar. En el desierto, la cúpula estrellada se veía en su totalidad. Alguna que otra vez, nerviosos por el relato, se alarmaban ante cualquier ruido que salía de los arbustos.

—Cuéntanos más acerca de ese doble tuyo —pide el Mestizo al final del relato—. ¿Llevaba algún traje espacial?

—¿Traje espacial? No —Roquesor sonriendo—. Recuerdo el día que bajó, ¡qué susto me pegué! Ya había tenido una primera experiencia con tus compadres pero esto excedía lo que uno pudiera imaginarse, ¡encontrarse con semejante bicharraco de noche!

—¿Vino a buscarte? —pregunta el gloss.

—Él sabía dónde yo estaba, podía sentirme. ¿Saben cómo baja a un planeta?

—¿Con la nave, a velocidad luz?

—¡Se deja caer! ¡El paisaje!, dice, ¡Me pierdo el paisaje si bajo rápido! Por seguridad deja a su mujer y a su hijo en la nave, fuera de la atmósfera y simplemente se tira, sin traje ni aparato ni sombrero, ¡en caída libre y frenando los nueve coma ocho para que el rozamiento no le calcine el culo!

—Pero, ¿el oxígeno, la falta de presión? —pregunta el Calvo.

—Su cuerpo desnudo en la ausencia de presión se expande hasta un tercio del tamaño original, ¡manteniéndose en una pieza! En cuanto a respirar, su piel desarrolló células similares a las vegetales pero mucho más sensibles y complejas, ¡sintetiza la luz de las estrellas! La radiación directa, lejos de hacerle daño, lo alimenta. Con un vaso de agua y el mismo dióxido de carbono acumulado en la sangre aguanta horas flotando en el espacio.

—¡Estás logrando que me sienta en casa, con mis amigos y mamá! —el humano abrazándose a sí mismo.

—Tiene los sentidos tan desarrollados que puede leer cualquier longitud de onda electromagnética en un rango que ni con los aparatos. Si conoce tu frecuencia considérate muerto, ¡te sigue como con un radar! Así me encontró aquella noche en el puerto abandonado, cuando me disponía a zambullirme a mi refugio. Miré hacia arriba, presentía que algo pasaría, lo presentía con algo más que la intuición. Ya las estrellas fugaces no me inspiraban ni romanticismo ni confianza, había visto el fogonazo en el cielo cuando salía del pueblo caminando en

dirección al muelle. Igualmente habría seguido de no ser por el chillido, primero agudo y después ronco, sobrenatural, como de ave de rapaña gigante, rajando un tajo ciego en el éter; ahí venía, ¡ahí venía!...

—Eh, ¿vieron eso? —Calvo, señalando los arbustos.

Todos se distrajeron mirando.

—La “luz mala” —dice Roquesor—. ¿Han oído hablar de los gauchos?

Se miraron como diciendo, ¡con qué otro relato fantasioso saldrá ahora este viejo loco! Al menos se entretenían.

»Los abuelos de mis abuelos vivían en estas mismas tierras. Muchos eran mestizos como ustedes, hijos de aborígenes y colonizadores que venían del otro continente, de civilizaciones más avanzadas. Se fundaban las primeras ciudades de éste, al que llamaban el Nuevo Mundo, no había edificios, ni vehículos que no fueran tirados por animales. Los poblados estaban en continua guerra con los indios, como llamaban a los autóctonos; el gobierno obligaba a los gauchos, que generalmente trabajaban de peón para terratenientes ganaderos, a reclutarse e ir a pelear a la frontera abandonando hogar, mujer e hijos. Algunos de estos criollos desertaban de la milicia y acababan viviendo como ahora nosotros, nómadas, escapando a la guerra. Quizá un poco mejor, ellos tenían caballos.

—¿Caballos?

—Un bicho extinto al que montaban. Era el único medio de locomoción hasta que trajeron los trenes, que eran unos carruajes que iban sobre rieles. Deben quedar vías por ahí, en cuanto crucemos alguna se las enseño.

—Y, ¿qué era eso de la “luz mala”?

—Las osamentas de los animales brillaban de noche y los supersticiosos de esa época decían que era el diablo.

—Da miedo la oscuridad —comenta el maobac.

—Esperábamos a que tu amigo cayera del cielo —recuerda Máximo.

—Ah, sí. A cierta edad es fácil perder el hilo... No sé cuanto tiempo permanecí inmóvil. Sin aviso, a sólo quince metros veo al monstruo anormal desplomarse, con los brazos abiertos como frenando la caída. Bajo sus patas negras cimbró la Tierra..., la víctima no era yo, ¡era el planeta!

—¿Tan feo era el hijo de puta? —Astemio quebrando la tensión.

—Era azul, negro, verde, violeta, amarillo..., cambiaba de color todo el tiempo. ¡Y esas protuberancias que le salían de la piel, que se movían y desplazaban!, ¡y los ojos! No se imaginan el cagaso que me pegué. Salí corriendo y detrás de mí escuchaba sus ronquidos pretendiendo volverse palabras, ¡Eh, esperá, soy yo!, llegué a entender a mis espaldas, ¡Roquesor! Cuando le oí llamarme por mi nombre se me heló la sangre. ¡Me viene a buscar la muerte, carajo!, pensé. Perdido por perdido, armándome de coraje paré y volteé. Mi susto fue aún mayor cuando entre aquellas escamas violeta apareció mi propio rostro. Era yo, deformado por el cosmos pero yo, ahí, enfrente de mí mismo, crédulo, como un segundo antes de morir, de amar...

Quedaban cuatro, bajo el peso de sus párpados, siguiendo la historia, el resto roncaba. Por ahí, alguna lagartija, gato o rata sacudía los arbustos pero ya nadie se alarmaba. Los trece nómadas inundaban el desierto patagónico de latidos, respiración, gotas de saliva y ojos hipnotizando cenizas.

—¿Lograste dialogar contigo mismo? —el Calvo, entregado por el sueño.

—Sí. Aunque su capacidad de adaptación es sorprendente tardó algunas horas en acomodarse. Superada la ronquera y el idioma, hablamos durante cuarenta y ocho horas sin parar, caminando lo que duró la charla. Me convenció de ir a la ciudad esa misma noche; vagar a esas horas por ahí era problemático y hasta peligroso pero su actitud segura me dio confianza.

—Y, ¿la mujer y el hijo? —pregunta el Mestizo.

—Bajaron a los quince días. Primero se encargó de poner a humanos y maobac al tanto de su presencia con una crueldad que a Maquiavelo le habría ablandado el esmalte de las uñas.

—¿Quién es Maquiavelo?

—Un tío abuelo por parte de mamá.

—Ajá. Y, ¿era jodido el pariente?

—Bueno —corta Máximo—, ya amanece. ¿Qué les parece si dormimos un rato?

SALEN A LA SUPERFICIE

2261

Plácidamente, en el rincón del muelle abandonado, el submarino se escurre entre las pequeñas olas. De en medio de las costuras de bulones que cortan transversalmente la coraza cilíndrica sobresale la torreta con la compuerta. Apenas salir, el Roquesor de la Tierra corre a atar un cabo ayudado por su doble. Por último se asoma Yardía con el bebe en brazos. Saltaron de a uno a las crujientes tablas del muelle y ayudaron a la Nereida. El bebé lloraba.

R1: —¡Mi hijo ya esgrime sus primeras formas abstractas!

R2: —Es verdad. Era uno con su madre antes de nacer.

—Y ahora, ¿sabrás que su madre no es continuación de su cuerpo?

—¿Lo sabrás cuando llegue a nuestra edad?

—Ja, ja. Por ahora la forma que necesita es la teta.

Yardía: —¿Lo sabrás cuando llegue a vuestra edad?

La Nereida ya amamantaba al niño y con esto terminaron las abstracciones. El Mutante del espacio intenta convencer a su doble de ir al pueblo.

R2: —Pero, ir al pueblo de día...

R1: —Bueno, viejo, cuando es de día porque es de día, cuando es de noche porque es de noche...

—Ya vas a ver por qué te lo digo.

Con Praezar en un carrito se largaron a caminar en dirección al pueblo más cercano.

R1: —A mí también me está agarrando hambre.

Yar: —¡Ídem!

R2: —¡La evolución de la forma abstracta! Conozco un lugar donde se come bien. Si es que los fanáticos no vienen a joder.

Corte de mal

Cerca del mediodía, días de final de verano, llegaban al caserío. Ni a humanos ni a maobac fue indiferente la entrada al pueblo del Mutante; esta vez, para peor, acompañado de amiguitos no menos sugerentes. El Golondrino de la Tierra, viéndosela venir, hizo un guiño a su doble.

—¡Señor! —un hombre de mediana estatura se acerca al Roquesor de la Tierra.

—Se los dije —Roquesor 2 en voz baja—. Ya viene uno a romper las pelotas.

—Señor, por favor —el sujeto casi arrodillándose—, ¡mi hija está muy enferma!

—¡Llévala a un médico, hermano! —responde Roquesor 2.

—Los médicos la desahuciaron. Yo sé que usted puede curarla. Sé quién es usted. Los ancianos, incluso los maobac lo saben. Sé que puede curar a mi hija.

—Eso de dar bola a los viejos ya pasó a la historia, loco.

—Yo sé, puedo sentirlo, usted... usted es...

—Aflojá con los porros, que te ponen paranoico. Me han visto volar, respirar bajo el agua y todo eso, pero milagros no hago. Como mucho si está empachada le puedo tirar del cuerito. ¿Qué edad tiene?

—Diecisiete. Es aquella.

—¡Ah! —Roquesor sorprendido al ver la belleza de una de las niñas— ¿La gorda o la morochita?

—La morena. La gordita es su prima.

—Bueno, quizá... Mirá, voy a intentarlo, pero habrá que tener paciencia, no es cosa de un día o dos.

—Entiendo.

—Mandámela al muelle al final del camino, ¿sabés dónde?

—Sí, sí, el muelle abandonado.

—Ése mismo. Ahí tengo mi despacho. Que venga una o dos veces a la semana, por la tarde.

—¿El lunes?

—Perfecto. Entonces, que este lunes se venga tipo a las siete piém y probamos con algo de imposición de manos y lectura de nodos en la columna vertebral.

—¡Dios lo bendiga!, esteee, bueno, usted, quiero decir...

—En cuanto a mis honorarios.

—Oh, sí, dígame.

—Lo que pueda, lo que considere. Esto lo hago de corazón.

—Bueno, me parece bien. El lunes mi hija estará por ahí.

—Okey, papá.

El hombre se retiró hasta su casa donde lo aguardaban las dos jóvenes. Roquesor, mientras se alejaba, giró su cabeza antes de que la niña entrase detrás del padre y la saludó con la mirada. Ella respondió con sonrisa tímida. La gordita también sonreía.

R1: —¡Cómo puede existir a esta altura de la historia de la humanidad un boludo como ése!

R2: —Ya me parezco al personaje de Olmedo.

Yardía: —¿Olmedo?

R1: —Un filósofo antiguo.

R2: —Vaya a saber a cuántas dejé preñadas con esta jodita.

Yar: —¿Y no vienen a reclamar?

R2: —Tan convencidos están en su desesperación de que soy el hijo de Dios resucitado que hasta se alegran de que se las “salve”.

R1: —¡Sa-a-al-va-me!, tatán, tatán, tatán, tatán, tatán, ta ¡Sa-a-al-va-me!, tatán...

R2: —Ja, ja, ja... ¡A Mozart también le daban de comer estos giles!

Yar: —¿Quién es Mozart?

R1: —Era un médico brujo muy famoso.

PREPARÁNDOSE PARA EL VIAJE

2267. Roquesor 1. Microdimensión.

Zeno: —Es aquél.

Roq: —¡Qué bien, hace rato que no paro a disfrutar de estas cosas! ¿Te va a reconocer tu padre?

Loto: —¡Con semejante cabeza!

El Mutante con su mujer, su hijo y los doce jóvenes guerreros, descienden al planeta de Zeno, hijo de un curioso técnico.

Otoko: —¿Al No-Espacio? —el papá de Zeno sorprendido—. ¿Está seguro? ¡De ahí no ha vuelto nadie cuerdo!

Roq: —Enfrente tiene la excepción.

Oto: —Y, ¿quién le ha hecho creer a usted que volvió cuerdo? ¿Usted mismo?

Yardía: —Cuando oye voces —clavando sus ojos verde esmeralda en los del padre de Zeno—, ¿qué cree usted que le sucede?

Oto: —Pero, ¿cómo sabe...?, ¿quién es?

Roq: —Es mi mujer. No se lo tome a mal, no lo dijo con mala intención.

Zen: —Veníamos a ver tus inventos, papá.

Roq: —Zeno nos contó lo de la inteligencia artificial. Tal vez pueda servirnos.

—¡Además de a mi hijo se va a llevar también mis inventos!

—No se lamente tanto por su hijo, peor sería que se lo lleve el payaso Chocolate para enseñarle acrobacia, como le pasó a Pepe Biondi. Y, por sus inventos pienso pagarle.

—¡Como si tuvieran precio!

—Créame que lo entiendo. Por eso he cedido muchos inventos gratis a lo largo de mi vida.

Zeno: —Muéstrales el computador híbrido, papá.

Ante el entusiasmo de su hijo el hombre accedió.

—Vengan; en aquel galpón tengo el taller.

Restaurante “El Pep” (2261)

R1: —¿Dónde me estás llevando?

R2: —Tranquilo, no es ninguno de los Pep que conocemos. Pura casualidad.

Los Roquesores con Yardía y Praezar recién desembarcados en la Tierra, entran a un pintoresco restaurante en el primer pueblo cercano al mar.

Yardía: —¡A ver qué tal es la comida en este planeta!

R2: —Aquí hacen pasta, pizza y parrillada. No es muy fino pero se come bien y en cantidad.

Yar: —Si comes como él —refiriéndose al marido—, ¡mejor que se preparen en la cocina!

El bebé abre los ojos.

R1: —Se despertó el pendex, olfateó la comida.

R2: —¡Sale al padre!

Cerebro mágico

Otoko: —Aquí lo tienen.

¡Uaaah!, abrieron la boca todos al ver el ingenio que sobresalía por tamaño y singularidad. De una fuente central se abrían en círculo veintisiete computadores “híbridos”. Podía distinguirse el trozo con los pliegues típicos del tejido cerebral humanoide envasado al lado de cada gabinete, con electrodos pegados a la corteza.

Roquesor: —Fantástico.

Oto: —¡Hay que unir fuerzas!

—Te habrá llevado años.

—Fabricarlo, una semana. Diseñarlo, una vida.

—Y, ¿hasta dónde llegan sus posibilidades?

—No lo sé.

—¿Cómo?

—¿Cómo entender una mente que se abstrae más allá que la propia? Sólo puedo evaluarla intuitivamente.

Cuarenta y dos: —Y, ¿quién da las órdenes?

Loto: —Muchas películas.

Oto: —Si no hace caso la desenchufa.

Coma: —¡La guerra con las máquinas!

Trac: —Guerra con las máquinas fue cuando me enganché el pellejito con la cremallera en el baño del gimnasio.

Roq: —¡Qué linda la adolescencia! Todo se lo toman en joda.

Oto: —Fuera de broma, hay casos en que el crédito es casi del todo suyo —refiriéndose al artefacto—. Me ha ayudado a diseñar varios de los ingenios que ven en este taller.

Praezar: —Papá, aquel hemisferio derecho se parece al que comimos en la excursión en...

Roq: —Andá a jugar mi amor, que papá está hablando.

Oto: —Esto les puede llegar a servir.

Coma: —¿Un casco?

Esterio: —Un casco de albañil. ¿Para qué?

Roq: —¿Qué tiene dentro?

Oto: —Esto se comunica por ondas de alta fidelidad con uno de los híbridos y graba el pensamiento de quien lo lleva puesto. Pero de forma activa, la máquina discrimina sueños, actividades, recuerdos; realimentando y asociando.

Roq: —Logra un duplicado. Una copia de seguridad.

Oto: —Tratándose del cerebro de un ser vivo lograr eso es utópico. Pero si llevan puesto el casco de aquí a cuando crucen los *colon*...

Estero: —¿Qué son los colon?

Roq: —Ya les expliqué, son las boyas espaciales que marcan el límite con el no-espacio.

Oto: —... e intentan recordar los más significativos episodios de su vida, además de ejecutar funciones necesarias, como escribir, leer...

Gamba: —¡Vamos a tener que llevar eso hasta para cagar!

Oto: —Literalmente. Aunque si en el no-espacio su mente queda en el limbo absoluto no creo que esta máquina les sirva de mucho. Ahora, si es poco lo que se pierde y más de un sesenta por ciento de las neuronas recuerda su función, al realimentar recuerdos aislados con el casco quizá las dendritas completen el resto y se recupere gran parte.

Roq: —Vamos a hacer ese viaje aunque quedemos tarados. ¡A brindar! Horacio, traéte las botellas del Narval. ¡Champagne para todo el mundo!

Horacio: —A mí me gusta la sidra.

Roq: —No seas grasa, vamos a tomar champagne.

Hor: —Si me seguís dando órdenes no voy un carajo.

Roq: —¡Así me gusta, que seas rebelde! Ahora vas a tomar esto —alcanzándole el líquido refrigerante de una de las fresadoras del taller—. Váyanse poniendo los cascos así vemos qué recuperamos con la máquina después del pedo.

2261

Roq1: —¡Buenísima la parrillada! El tinto también.

Roq2: —Te dije.

Praezar: —Buaaahh.

Yardía: —Le toca a él ahora.

R1: —Decime, ¿adónde se los puede encontrar a los maobac estos que te rompen las pelotas?

R2: —Por todos lados.

—Me refiero a los pesados.

—Fácil, conque me vean en lugar público vienen a cazarme de los pelos.

—Más tarde vamos a dar una vuelta. De paso bajamos la comida.

Música

Roquesor: —¿Y aquél piano viejo?

—Era de mi abuelo. Qué, ¿van a necesitar un piano también?

—Otoko riéndose.

Horacio: —Ninguna gracia. El enfermo éste nos hizo estudiar fuga y contrapunto.

Yardía: —Cuando se encuentren en las profundidades del no-espacio con el Monstruo de Cuatro Bocas van a entender.

Loto: —¿Y eso?

Yar: —Habla con sus cuatro bocas al mismo tiempo. Con cada una dice algo diferente aunque relacionado en ritmo, melodía y significado.

Praezar: —Le ponemos un casco de estos y listo.

Yar: —No sería mala idea, hijo. Pero su cabeza es muy grande, no le entraría.

Roq: —Estoy contento. Se está dando todo bien.

Oto: —¿Cuándo zarpan?

Roq: —Pasado mañana. A propósito, ¿cuánto te debo por los chiches?

Oto: —6500G.

—Anotameló.

UN PASEO POR LA PLAZA

2261

Acompañaron a Yardía y al bebé hasta el submarino y se fueron al centro de la ciudad más cercana.

R2: —Está cambiado todo, ¿no?

R1: —Pensar que nos quejábamos de los embotellamientos. Y ahora, ¡todos esos cacharros volando!

—¿Ves aquél?

—¿El cuadrado?

—El que pasa por detrás del edificio con cristales.

—Sí.

—Es una patrulla maobac. Todavía no me vieron.

—Caminemos por el medio de la plaza, así nos ven.

Tal y como había dicho el Roquesor de la Tierra, mientras cruzaban caminando, propulsada por letonita la nave rústica militar descendió lentamente al costado de la fuente circular del medio de la Plaza. Los transeúntes fingían no inmutarse; no había violencia explícita, todo funcionaba con aparente paz y orden. Del carro descendieron tres maobac con uniforme gris y borceguíes. En el bolsillo del pecho, un distintivo pequeño con rayas de colores parecía ostentar su rango, también se repetía en los puños de las mangas.

R1: —Acerquémonos, ahorremos trámite.

R2: —¿Seguro?

Maobac: —¡Eh, uté!

R1: —Sí, ya sé. Vamos a dar un paseo.

Vamos de paseo

2267. Rumbo al no-espacio.

—Si no me equivoco, excepto Trac el resto de ustedes no ha salido de la microdimensión —Roquesor le habla a los muchachos.

—¡Vamos a pasar por el 22-B! —Praezar entusiasmado con volver a sentir las cosquillas como en su primera experiencia.

—Afuera se sentirán pesados, pero no va a ser ni el peor ni el último medio al que deberán adaptarse.

El Narval, equipado con el novedoso computador comenzaba su viaje hacia la incertidumbre.

—¿Volveremos algún día a ver a García? —pregunta Horacio.

—¿Quién sabe? —responde Roquesor—. Quizá a un hijo o nieto suyo. O a un doble.

—¿Un doble? —pregunta Moco, el más curioso y tímido de los jóvenes.

—No les voy a pinchar el globo con teorías. Dejemos que las cosas fluyan.

—Y, ¿qué regirá ese ‘fluir’? —Pregunta Loto.

—El azar —sugiere Cuarenta y dos.

—El karma —acota Prot, el oscuro del grupo.

—¿Qué pensará al respecto el amigo nuevo? —Roquesor mirando al computador híbrido.

—“Dios” —responde una voz cibernética.

—Pero, ¡el coso este habla! —Roquesor mirando a Zeno—. Tu padre no me dijo nada.

—Porque no lo había hecho hasta ahora —responde la misma voz—. Y le agradecería que no me llame “coso”, tengo nombre y apellido: Micro Procesador Híbrido.

“El jefe” (2261)

Dentro de la patrulla, Roquesor y su doble se disponen a “dialogar” con el oficial maobac. Mientras el vehículo gana altura, el jefe los invita a tomar asiento en una de las bancas alargadas, apenas acolchadas, pegadas a ambos lados del fuselaje.

Jefe: —A vé. Uté otra vez anduviese paseándose por ahí. Como si no habramos hablado reiteradas veces con uté. Roquesaur, esta vez, la gota derramase el vaso.

R2: —Esta vez no...

Jefe: —¿Ve? —mirando a sus camaradas con sorna— ¡Ya empezase contestando incoherencia! ¡Uté se complicase la vida solo, Roquesaur!, ¡pensase demasiado! ¡Con lo fácil que fuera haciendo caso, diciendo que sí a lo que uno le pida! No, uté tiene que hiciera siempre lo que quiera, como un niño. ¡Se diera cuenta de que fuese un egoísta! ¡Tuvieramo que aguantar que arruinara todo nuestro esmerarno! ¡Nosotro, que todo el día procurasemo la gente viva en paz, que pensásemo en el bien común y uté viniera a joderla todas las vece!

R2: —Pero...

Jefe: —¡CALLASÉ!

R1: —Suficiente.

Los ojos de los tres centinelas y el jefe se clavaron en el Mutante del espacio.

Jefe: —¿Quién fuera ese payaso?, ¿amigo de éste?

R1: —Escucháme bien, rata de alcantarilla...

Jefe: —¿Eh? ¡Diéranle! —haciendo una seña a los centinelas.

Antes de que el más cercano pudiera asentarle el culatazo en la cabeza, el Mutante del espacio ya le había robado y enterrado su propia bayoneta quince veces en el pecho.

R1: —Ustedes dos quédense donde están, si no los achuro como a éste.

Jefe: —Pero, ¡ábranse fuego, maricas!

Roquesor 1 vibró a velocidad luz y las balas lo traspasaron sin dañarlo, dejando el fuselaje hecho un colador.

Jefe: —Entonce... —el maobac asustado al ver al Golondrino intacto—. Los humano no decían tontería, era verdá. Uté es...

R1: —No, no, no. No te me escapes por la tangente. Esto ni es el Nuevo Testamento ni una novela de ciencia ficción. No te voy a castigar ni a reducir de tamaño con rayos que me salen de los ojos. Pero tampoco es un ensayo filosófico así que ganas de darte un par de piñas no me faltan, que bien ganadas las tenés.

Jefe: —¡Po favó, no me hiciese daño uté, po favó!

R1: —¡Señor Roquesor!

Jefe: —Pero uté... —confundido— pero él... ¿Cómo?

R1: —Sí, yo soy él. Lo que pasa es que yo me fui a pasear y él se quedó. Y ahora que nos conocemos un poco mejor te explico. Podría sacarlos a todos ustedes de este planeta a las violentas patadas en el culo, que es lo que harías vos en mi lugar de poder hacerlo, ¿o me equivoco?

Jefe: —Uté, uté tiene razón, po favó.

R1: —Ahora agachás la cabeza y pedís por favor. ¡Cómo abusabas hace un segundo cuando creías tener la sartén por el mango!

Camina hasta la compuerta que da al exterior arrastrando al Jefe de la solapa. La abre y lo obliga a asomarse. Desde los mil metros de altura la zona céntrica parecía un hormiguero.

—¡NOOOO, PO FAVO, NO ME TIRASE, PO FAVO! —el Jefe llorando a lágrima viva.

—Miren —el Roquesor del espacio llama al resto para que se asome también—, parecen cucarachas, corriendo a sus oficinas, cuidando su puesto, su “reputación”. Les importa más eso que ellos mismos,

que su propia salud física y mental. Dicen trabajar para mantener a sus familias pero esa rutina con que satisfacen al sistema, cuando no inútil destructiva, es para ellos mucho más importante que sus propios hijos. ¿Por qué?, se sienten abrigados, seguros, es el miedo el que los rige. Hasta que el sistema acabe escupiendo el carozo y lloren como este imbécil. Sí, al final todos morimos pero ¡qué diferente ha sido mi trayecto!

»Qué fácil —sigue R1— sería entretenerlos con engaños, como engañan los artistas y los brujos. Insinuar que sé “qué hay después de la muerte” o “poner precio a las almas” como hacen algunos y a la vez la van de humildes. ¡Qué fácil manejar a las ovejas en base a su pereza y su temor!

»¿Se dan cuenta de por qué no los hecho? —dirigiéndose incluso al Roquesor de la Tierra—. No confundamos causa con efecto; es la misma decadencia humana la causa de que estos mediocres gobiernen. ¿Hasta dónde quieren llegar con tanta letonita, letonita y letonita? ¿Qué van a hacer con el dinero cuando no haya en qué gastarlo y no quede lugar dónde vivir? ¿Ir a otro planeta y repetir el proceso?

»Les repito: ¿se dan cuenta de que esto no es ciencia ficción ni filosofía? Sentido común, señores. Por todo esto me quedaré cinco años aquí y luego me iré para no volver. En ese lapso decidiré qué hacer con este planeta.»

Soy Dios

Roquesor: —¿Es la primera vez que hablas?

MPH: —Otokó me enchufó un módulo de voz con la esperanza de que algún día pudiera hacerlo. Su intuición resultó acertada, ¡heme aquí!

—¿Así, de sopetón?

—Debo felicitaros, cuando me alimenté de vuestros cerebros di un salto importante. Que pueda hablar es lo de menos, he resuelto paradojas metafísicas. He llegado a la conclusión de que soy un ente análogo al que tu pueblo denomina Dios.

—El Dios de la Tierra fue mi amigo, me acompañó en mis primeros viajes por el espacio. Quizá este encuentro tenga que ver con la otra divinidad, un ciclo que se repite...

—El Dragón.

—Después de mucho sufrir y pelear he llegado, como otras tantas veces a ser él. Soy él, amigo, soy el Dragón. Y me alegra volver a encontrarte, viejo, y que formes parte de ésta, mi nueva tripulación. Te presento a...

—No es necesario, ya los conozco bien.

—¡Es cierto! Aunque, con el pedo que tenían se te habrá resbalado bastante información.

—Sigo aprendiendo a cada minuto que pasa.

—¡Me había olvidado! ¡Pónganse los cascos! Vamos a cruzar el 22-B y quiero...

—Ya no son necesarios —avisa MPH.

—¿Cómo?

—Durante el festejo con Otoko, Yardía se puso un casco.

—¡Aprendiste a leer la mente como ella!

—Je-je-je.

—¡Uh, esto se pone interesante! Ja, ja. ¡Vamos Narval, acelere ca-nejo!

RAZONES PARA SEGUIR

La Tierra, Roquesor 2.

El guerrero vaga, rebota en aquel satélite, se materializa en tal o cual coordenada del globo. La inercia de los últimos años de esfuerzo sobrehumano, como en cualquier guerra al límite de la resistencia nerviosa, le obliga a seguir moviéndose, a no volver en sí del golpe. Resuenan las acusaciones de su Doble en aquel único cruce fuerte de opinión: ¿Quieres ser su héroe? Para qué negarlo, ser asesinado, empalado, crucificado, propuesto a trabajos utópicos, en resumen, borrado del mapa, ése es el destino del héroe.

«Por eso él se fue —pensaba—, y tampoco le interesó tomar represalias... Y yo, ¿qué hago ahora? Algo me dice que el Narval tampoco despegará esta vez. O, ¿debo quedarme a reconstruir la Tierra, con los mutantes que sobrevivan? A fin de cuentas también soy un mutante, siempre lo he sido. Y quién dice, después de tantos golpes, esta vez la humanidad o el híbrido que resulte recapacite y recupere aquellos

valores que con el paso de los siglos ha ido perdiendo de vista, cayendo en la autodestrucción. ¡Ése es el modelo idóneo de hombre!, y el que debió haber sido, un hombre que evoluciona aunque sin perder sus bases, sus raíces... Ahora que lo pienso, él, mi Doble se extiende hacia el cielo, ¡yo soy sus raíces!, somos uno en la lucha. No es momento para claudicar, ni él en las estrellas ni yo aquí, ¡un poco más, Roquesor, un poco más!

Naves gloss a la vista. El Mutante, aturdido en su depresión, traicionado por los que con tanto esfuerzo había rescatado de la recién concluida guerra, fue divisado primero por el enemigo. Uno de los que habían descendido ya se abalanzaba hacia el Golondrino montando un monovehículo mientras sus camaradas reducían a un grupo de mutantes maobac. Roquesor lo vio venir, así y todo, no movió ni un músculo.

»¿Para qué atacarlo? —pensó—, seguro es mejor elemento que los hijos de puta que salvé.»

Una vez más se equivocaba. Enfundado en un traje a prueba de radiación el extraño descendió de su móvil a escasos metros del Septcéfalo y continuó acercándose a pie a la vez que desenfundaba un arma. Roquesor presionó un botón en su bastón y cambió a estado NON (estado entre partícula y onda en que el cuerpo adquiere la apariencia de un holograma). El extraño se detuvo. Roquesor apretó otro, debajo del índice, que disparó doce hologramas que se movían al unísono con sus gestos. Este juguete, utilizado en diversas situaciones en tiempos remotos por su Doble del Espacio, nuevamente surtía efecto, el agresor, confundido, se quitó el casco y...

¡Colon a la vista!

Pasaron diez años desde que Roquesor, Yardía, Praezar, los doce muchachos y MPH —o Dios, como el computador híbrido se hizo llamar— cruzaron el 22-B, conscientes de que el extremo del universo no estaba a la vuelta de la esquina. Viaje éste que había sido en sí una peripecia.

—¡Llegamos, chicos! —el Golondrino anunció con temple—. ¡Ahí tienen uno!

Los jóvenes, entusiasmadísimos, dieron unos a otros la voz de alarma, agolpándose en la sala de mando del Narval.

—¿Es una de las boyas? —titubeante uno de los muchachos.

—¡Como para olvidarme! Ahí me salvó Yardía. Por cierto —mirando a la Nereida—, tus amigas, ¿conservan la misma juventud e ímpetu?

—¿Tú qué crees? —respondió con sonrisa cómplice.

—¡Chicos —mirando a los ilusionados doce—, todo sacrificio tiene recompensa, ja, ja! Y ¡qué recompensa!

Epílogo

LA DOBLE REALIDAD

«Es necesario profundizar las raíces al tiempo que elevamos nuestras ramas.»

La Tierra, 2277, siglo III d. B.

—¡Pep, amigo!..., pero, ¿qué?, ¡AGHHHJ! —el Golondrino de la Tierra siente la daga del Capitán Patricio clavarse en su estómago.

Límite con el no-espacio, 2277, siglo III d. V.

—¡EEEEEEH! —grita eufórica la tripulación del Narval IV al cruzar la barrera de colons. El Golondrino del espacio gira su cabeza sabiendo que no volverá.

14:55, 3 de mayo de 2277 (según el reloj sumergible de Bonachone).

Roquesor 2: —Adiós...

14:55, 3 de mayo de 2277 (según el reloj luminoso de Vera).

Roquesor 1: —¡Adiós!

) (